

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, LIBROS DOS DE LAS RETRACCIONES.

ADVERTENCIA SOBRE LOS DOS LIBROS DE RETRACCIONES.

La causa que llevó a San Agustín a revisar y corregir sus escritos la revela su prefacio en los siguientes libros. Empezó esta tarea hacia el final de su vida, ciertamente no mucho antes del año 427 d.C., ya que en el cuarto libro de "De Doctrina Christiana", que en las Retracciones testimonia haber escrito mientras se dedicaba a esta labor, menciona que habían pasado casi ocho años o más desde su peregrinación a Cesarea, de donde se sabe que regresó hacia el año 418. Sin embargo, habiendo decidido someter a examen todos sus escritos, es decir, Libros, Cartas, Sermones, ya fueran dictados o pronunciados por él, comenzó con sus Libros: y ya había revisado todos los publicados hasta entonces cuando escribió la segunda carta a Quodvultdeus (Epístola 224), probablemente en el año 428, momento en el cual Próspero e Hilario en las Galias aún no sabían de la publicación de nada de esta obra, como se entiende de la carta de Hilario (Epístola 226), aunque Agustín responde en el libro "De Praedestinatione Sanctorum", c. 3, que había completado dos libros antes de recibir sus cartas. Por lo tanto, lo que dice Posidio en el c. 28, "Antes del día próximo a su muerte, revisó los libros que había dictado y publicado", no debe interpretarse estrictamente según el texto literal: especialmente cuando en el mismo lugar él mismo menciona que dos volúmenes sobre este asunto fueron completados antes de la irrupción de los vándalos en África.

Agustín también se dedicaba a la tarea de recopilar cartas, y ya había releído con diligencia muchas de ellas, aunque no había redactado ninguna observación escrita sobre ellas; cuando de repente escucha que han salido a la luz los últimos ocho libros de Juliano el pelagiano, y, alentado por Alipio, se dispone a refutarlos; y mientras tanto, lleva a cabo la obra comenzada con menos intensidad, la cual finalmente no pudo completar debido a que la muerte lo sorprendió.

Por su parte, el Santo Doctor organizó sus libros, generalmente revisados según el orden de los tiempos, en dos clases: aquellos que escribió desde el día de su conversión, aún no siendo obispo, fueron abarcados en un solo códice de retractaciones; el otro, de los restantes. De todos ellos, aquí sigue los títulos, tiempos, argumentos y ocasiones, y finalmente anota cuidadosamente los inicios de cada uno. Posidio dio a esta obra el título de "Sobre la Revisión de los Libros". Sin embargo, todos los libros editados y escritos se llaman "Libros de las Retracciones", con la posible excepción de un códice muy antiguo de Corbie, que, cambiando el término, al final del primer libro dice: "Termina el primer libro de las Reconocimientos". En el mismo Agustín, tanto en la carta a Quodvultdeum, como en el libro sobre la Predestinación de los Santos, capítulos 3 y 4; así como en el breve epílogo que se añade a estos libros, la obra recibe el nombre de "Retractación" o "Retracciones". Y esto es muy oportuno, para que se entienda que no solo se corrigen errores, sino que también se defienden las cosas bien dichas; y los pasajes que inquietaban a los ignorantes se fortalecen con una nueva revisión. "Revisaba", dice en la mencionada carta a Quodvultdeum, "mis opúsculos: y si algo en ellos me ofendía, o podía ofender a otros; en parte reprendiendo, en parte defendiendo, trabajaba para que se leyera y pudiera leerse". Finalmente, los antiguos celebraron esa obra con ese nombre, como Próspero, en su carta a los Excelsos de Génova; Casiodoro senador, en "Sobre la Institución de la Escritura Divina", capítulo 16; Beda, en el prefacio del libro de Retracciones en los Hechos, etc.

Prólogo.

1. Hace ya mucho tiempo que pienso y dispongo hacer lo que ahora, con la ayuda del Señor, emprendo, porque no considero que deba posponerse el revisar mis obras, ya sean en Libros, Cartas o Tratados, con cierta severidad judicial, y señalar con estilo censorial aquello que me ofende. Pues nadie, salvo un imprudente, se atrevería a criticarme por reprobar mis propios errores. Pero si alguien dice que no debí haber dicho lo que después también me desagrada, dice la verdad y actúa conmigo. Pues es crítico de aquellos errores de los que yo también lo soy. No debería, en efecto, reprobarlos si debí haberlos dicho.

2. Pero, que cada uno reciba lo que hago como quiera; sin embargo, me ha correspondido considerar aquella sentencia apostólica también en este asunto, donde dice: Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor (I Cor. XI, 31). También me aterra enormemente lo que está escrito: En el mucho hablar no faltará pecado (Prov. X, 19); no porque haya escrito mucho, o porque muchas cosas, que no fueron dictadas, sin embargo, fueron escritas por mí (pues lejos esté de mí considerar como mucho hablar cuando se dicen cosas necesarias, por más que se digan con gran cantidad y extensión de palabras): pero temo esta sentencia de la Sagrada Escritura porque de tantas de mis disputas sin duda se pueden recoger muchas cosas, que si no son falsas, al menos parecen, o incluso se demuestran no necesarias. ¿A quién de sus fieles no ha aterrorizado Cristo, cuando dice: Toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio? (Matth. XII, 36). Por eso también su apóstol Santiago dice: Sea todo hombre pronto para oír, pero tardo para hablar (Santiago I, 19). Y en otro lugar: No os hagáis muchos maestros, hermanos míos, sabiendo que recibiréis mayor juicio. Porque todos ofendemos en muchas cosas. Si alguno no ofende en palabra, este es varón perfecto (Ibid. III, 1, 2). No me atribuyo ahora esta perfección, aun siendo ya anciano: cuánto menos cuando comencé a escribir siendo joven, o a hablar ante los pueblos; y se me ha concedido tanto, que dondequiera que fuera necesario hablar al pueblo en mi presencia, raramente se me permitía callar y escuchar a otros, y ser pronto para oír, pero tardo para hablar. Por lo tanto, queda que me juzgue a mí mismo bajo un solo maestro, cuyo juicio sobre mis ofensas deseo evadir. Considero que se hacen muchos maestros cuando sienten cosas diversas y contrarias entre sí. Pero cuando todos dicen lo mismo, y dicen la verdad, no se apartan de la enseñanza de un solo maestro verdadero. Ofenden, sin embargo, no cuando dicen muchas cosas de él, sino cuando añaden las suyas propias. Así caen del mucho hablar también en el hablar falso.

3. Sin embargo, me ha parecido bien escribir esto, para ponerlo en manos de aquellos a quienes no puedo retirar ni corregir lo que ya he publicado. Tampoco omito aquellos escritos que, siendo ya catecúmeno, aunque habiendo dejado la esperanza que tenía en lo terrenal, pero aún inflado por la costumbre de las letras seculares, escribí: porque también estos han llegado al conocimiento de quienes los copian y leen, y se leen con provecho, si se perdonan algunas cosas; o si no se perdonan, al menos no se adhieran a los errores. Por lo tanto, cualquiera que lea esto, no me imite en mis errores, sino en mi progreso hacia lo mejor. Pues quienquiera que lea mis obras en el orden en que fueron escritas, tal vez encontrará cómo he progresado escribiendo. Para que esto sea posible, en esta obra, en la medida de lo posible, me esforzaré por hacerle conocer ese mismo orden.

LIBRO PRIMERO. EN EL CUAL SE REVISAN LOS LIBROS QUE ESCRIBIÓ CUANDO AÚN NO ERA OBISPO.

CAPÍTULO PRIMERO. Contra los Académicos, tres libros.

1. Por lo tanto, cuando dejé atrás tanto lo que había obtenido en los deseos de este mundo como lo que deseaba obtener, y me dediqué al retiro de la vida cristiana; aún no bautizado, escribí primero contra los Académicos o sobre los Académicos, para que sus argumentos, que infunden en muchos la desesperación de encontrar la verdad y prohíben asentir a cualquier cosa, y en absoluto aprobar algo como si fuera manifiesto y cierto para el sabio, ya que todo les parece oscuro e incierto, los apartara de mi mente, porque también me afectaban, con las razones más poderosas que pudiera. Esto se logró con la misericordia y la ayuda del Señor.

2. Pero en esos mismos tres libros míos, no me agrada haber mencionado tantas veces a la Fortuna (Lib. 1, c. 1, n. 1 y 7); aunque no quise que se entendiera con este nombre a alguna diosa, sino al evento fortuito de las cosas, ya sea en nuestro cuerpo, o en los bienes o males externos. De ahí que existan esas palabras que ninguna religión prohíbe decir: Por casualidad, quizás, tal vez, acaso, fortuitamente; lo cual, sin embargo, debe ser atribuido en su totalidad a la divina providencia. Esto tampoco lo callé allí, diciendo: Porque tal vez, lo que comúnmente se llama fortuna, se rige por un orden oculto; y no llamamos otra cosa al azar en las cosas, sino aquello cuya razón y causa es secreta. Dije esto, sin embargo, me arrepiento de haber llamado así a la fortuna, al ver que los hombres tienen la pésima costumbre de decir, donde debería decirse, Esto lo quiso Dios, decir, Esto lo quiso la fortuna. Pero lo que en algún lugar dije, Está dispuesto, ya sea por nuestros méritos, ya sea por la necesidad de la naturaleza, que el alma divina adherida a los mortales de ninguna manera sea acogida por el puerto de la filosofía, etc. (Ibid.), o no debió decirse nada de estos dos, porque incluso así el sentido podría ser completo; o era suficiente decir, por nuestros méritos, como es verdad la miseria derivada de Adán; sin añadir, ya sea por la necesidad de la naturaleza, puesto que la dura necesidad de nuestra naturaleza surgió por el mérito de la iniquidad precedente. Asimismo, allí donde dije, No debe adorarse nada en absoluto, y debe rechazarse todo lo que se percibe con los ojos mortales, todo lo que cualquier sentido toca (Ibid., n. 3); debían añadirse las palabras, para que se dijera todo lo que cualquier sentido del cuerpo mortal toca: pues también hay sentido de la mente. Pero entonces hablaba según la costumbre de aquellos que llaman sentido solo al del cuerpo, y sensibles solo a las cosas corporales. Así que dondequiera que hablé de esta manera, se evitó poco la ambigüedad, excepto entre aquellos cuya costumbre es esta forma de hablar. También dije: ¿Qué crees que es vivir felizmente, sino vivir según lo que es mejor en el hombre? Y lo que dije, que es lo mejor en el hombre, explicando poco después: ¿Quién, digo, dudaría de que no hay nada mejor en el hombre que aquella parte del alma a la que conviene que obedezcan las demás cosas en el hombre? Esta, sin que pidas otra definición, puede llamarse mente o razón (Ibid., c. 2, n. 5). Esto es ciertamente verdad; pues en cuanto a la naturaleza del hombre, no hay nada mejor en él que la mente y la razón: pero no debe vivir según ella quien quiere vivir felizmente, de lo contrario vive según el hombre, cuando debe vivir según Dios, para poder alcanzar la felicidad; para conseguirla, nuestra mente no debe contentarse consigo misma, sino que debe someterse a Dios. También respondiendo a aquel con quien se discutía: Aquí claramente, digo, no te equivocas; lo cual quisiera que fuera un presagio para lo demás (Ibid., c. 4, n. 11). Aunque esto no se dijo en serio, sino en broma, no quisiera haber usado esa palabra. No recuerdo haber leído presagio, ya sea en nuestras Sagradas Escrituras, o en el discurso de algún disputador eclesiástico: aunque de ahí se deriva la palabra abominación, que se encuentra frecuentemente en los Libros divinos.

3. En el segundo libro, sin embargo, es completamente absurda e insulsa esa especie de fábula sobre Filocalia y Filosofía, que se dice que son hermanas y engendradas por el mismo padre (Lib. 2, c. 3, n. 7). Pues o la filocalia de la que se habla no es más que en tonterías, y

por ello de ninguna manera es hermana de la filosofía: o si por eso este nombre debe ser honrado, porque traducido al latín significa amor a la belleza, y es la verdadera y suprema belleza de la sabiduría; la misma es en las cosas incorpóreas y supremas la filocalia que la filosofía, y de ninguna manera son como dos hermanas. En otro lugar, hablando del alma, dije: Más seguro de regresar al cielo (Lib. 2, c. 9, n. 22). Sin embargo, al decir que iba, más seguro dije que regresaba, por aquellos que piensan que las almas humanas, por los méritos de sus pecados, han caído o han sido arrojadas del cielo, para ser confinadas en estos cuerpos. Pero no dudé en decir esto, porque dije, al cielo, como si dijera, a Dios, que es su autor y creador, como el beato Cipriano no dudó en decir: Pues teniendo el cuerpo de la tierra, poseemos el espíritu del cielo, nosotros mismos somos tierra y cielo (Cipriano, lib. de Orat. Dom.). Y en el libro del Eclesiastés está escrito: El espíritu vuelva a Dios, que lo dio (Ecles. XII, 7). Lo cual, por supuesto, debe entenderse de tal manera que no se contradiga al Apóstol cuando dice que los que aún no han nacido no han hecho nada bueno ni malo (Rom. IX, 11). Sin controversia, por lo tanto, cierta región original de la bienaventuranza del alma es Dios mismo, quien no lo engendró de sí mismo, sino que lo creó de ninguna otra cosa, así como creó el cuerpo de la tierra. Pues en cuanto a su origen, por el cual está en el cuerpo, si es de aquel único que fue creado primero, cuando el hombre fue hecho alma viviente; o si de manera similar se hacen individualmente para cada uno, ni entonces lo sabía, ni aún lo sé.

4. En el libro tercero: "Si me preguntas qué me parece, digo; en la mente creo que está el bien supremo del hombre" (Lib. 3, c. 12, n. 27). Habría dicho más verdaderamente, en Dios: pues la mente disfruta de Él, para ser bienaventurada, como su bien supremo. Tampoco me agrada lo que dije: "Es evidente jurar por todo lo divino" (Id., c. 16, n. 35). Asimismo, lo que dije sobre los Académicos, que conocían la verdad, de la cual llamaban verosímil lo semejante, y llamé falso a ese mismo verosímil que aprobaban; por dos razones no está bien dicho: o porque era falso, lo que de algún modo era semejante a alguna verdad, ya que en su género esto también es verdad; o porque aprobaban estas falsedades, que llamaban verosímiles, cuando ellos no aprobaban nada, y afirmaban que el sabio no aprueba nada. Pero como llamaban a este mismo verosímil también probable, de ahí surgió que dijera esto sobre ellos. También me desagradó con razón la alabanza misma, con la que ensalcé tanto a Platón o a los platónicos o a los filósofos académicos (Id., c. 17, n. 37) como no debería hacerse con hombres impíos, especialmente cuando la doctrina cristiana debe ser defendida contra sus grandes errores. Aquello también que, en la comparación de los argumentos de Cicerón, que usó en sus libros Académicos, llamé mis argumentos, tonterías (Id., c. 20, n. 45), con los cuales refuté aquellos argumentos con razón certísima; aunque se dijo en broma, y parece más una ironía, no debió decirse. Esta obra comienza así: "Oh, ojalá, Romaniane, un hombre adecuado para sí mismo."

CAPÍTULO II. Sobre la Vida Bienaventurada, libro uno.

El libro sobre la Vida Bienaventurada, no lo escribí después de los libros sobre los Académicos, sino entre ellos. Surgió por la ocasión de mi cumpleaños y se completó en una discusión de tres días, como el mismo libro indica suficientemente. En este libro, se estableció entre nosotros, que buscábamos juntos, que no hay vida bienaventurada, sino en el conocimiento perfecto de Dios. Sin embargo, me desagrada que en él le atribuí a Manlio Teodoro, a quien escribí este libro, aunque era un hombre docto y cristiano, más de lo que debía (En el prefacio, n. 7, sqq.). Y que también mencioné a la Fortuna con frecuencia. Y que durante esta vida dije que la vida bienaventurada reside solo en el alma del sabio (Disput. 3), independientemente de cómo se encuentre su cuerpo; ya que el Apóstol espera el conocimiento perfecto de Dios, es decir, aquel que no puede ser mayor para el hombre, en la

vida futura, la cual es la única que debe llamarse vida bienaventurada, donde también el cuerpo incorruptible e inmortal se someterá a su espíritu sin ninguna molestia o resistencia. Ciertamente, encontré este libro interrumpido en nuestro códice, y que le faltaba no poco, y así fue copiado por algunos hermanos, y aún no lo había encontrado completo en ningún lugar, de donde pudiera corregirlo cuando hice estas revisiones. Este libro comienza así: Si al puerto de la filosofía.

CAPÍTULO III. Sobre el Orden, dos libros.

1. Por el mismo tiempo, entre aquellos que han escrito sobre los Académicos, también escribí dos libros sobre el Orden, en los cuales se trata la gran cuestión de si el orden de la divina providencia abarca todos los bienes y males. Pero al ver que el asunto era difícil de entender, y que era bastante complicado llevar a la comprensión de aquellos con quienes discutía; preferí hablar sobre el orden de estudio, mediante el cual se puede progresar de lo corporal a lo incorpóreo.

2. Sin embargo, en estos libros me desagradó a menudo el uso del término fortuna (Lib. 2, c. 9, n. 27). Y que no añadí "del cuerpo" cuando mencioné los sentidos del cuerpo (Lib. 1, cc. 1, 2, etc.). Y que atribuí mucho a las disciplinas liberales (Id., c. 8; y lib. 2, c. 14), las cuales muchos santos ignoran en gran medida; algunos incluso, que las conocen, no son santos. Y que mencioné a las Musas como si fueran algunas diosas, aunque en tono de broma (Id., c. 3, n. 6). Y que llamé a la admiración un vicio (Ibid., n. 8). Y que dije que los filósofos, no dotados de verdadera piedad, brillaron con la luz de la virtud. Y que recomendé dos mundos, uno sensible y otro inteligible (Id., c. 11, nn. 31, 32), no desde la perspectiva de Platón o de los platónicos, sino desde la mía, como si el Señor también hubiera querido significar esto, porque no dijo: Mi reino no es del mundo; sino, Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36); aunque pueda encontrarse dicho en alguna expresión; y si otro mundo fue significado por el Señor Cristo, aquel podría entenderse más adecuadamente, en el cual habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, cuando se complete lo que oramos diciendo: Venga tu reino (Mateo VI, 10). Ni siquiera Platón erró en esto, al decir que existe un mundo inteligible, si no nos fijamos en el término que no es usual en la costumbre eclesiástica para esa realidad, sino en la misma cosa. Pues él llamó mundo inteligible a la misma razón eterna e inmutable, por la cual Dios hizo el mundo. Quien niega su existencia, sigue diciendo que Dios hizo lo que hizo irracionalmente; o que cuando lo hizo, o antes de hacerlo, no sabía lo que hacía; si no había en Él una razón para hacerlo. Pero si la había, como la había, Platón parece haber llamado a esto el mundo inteligible. Sin embargo, no usaríamos este término si ya estuviéramos suficientemente instruidos en las letras eclesiásticas.

3. Tampoco me agrada aquello que, habiendo dicho: Se debe dar la máxima importancia a las mejores costumbres; añadí luego: Porque nuestro Dios no podrá escucharnos de otra manera; pero a los que viven bien los escuchará con mucha facilidad (Lib. 2, c. 20, n. 52). Pues esto se dijo como si Dios no escuchara a los pecadores; lo cual fue dicho por alguien en el Evangelio, pero por aquel que aún no conocía a Cristo, por quien ya había sido iluminado en el cuerpo (Juan IX, 30, 31). Tampoco me agrada que haya dado tanto elogio al filósofo Pitágoras (Lib. 2, c. 20, n. 53), de modo que quien lo escuche o lea pueda pensar que creí que no había errores en la doctrina pitagórica, cuando hay muchos, y de hecho, fundamentales. Esta obra comienza así: El orden de las cosas, Zenobi.

CAPÍTULO IV. Dos libros de Soliloquios.

1. Entre estas cosas, también escribí dos volúmenes según mi estudio y amor, con el propósito de indagar la verdad, sobre aquellos asuntos que más deseaba conocer, interrogándome a mí mismo y respondiéndome, como si fuéramos dos, la razón y yo, aunque estaba solo; de ahí que llamé a esta obra Soliloquios, pero quedó incompleta: sin embargo, en el primer libro se indaga, y de alguna manera se muestra, cómo debe ser quien desea alcanzar la sabiduría, que ciertamente no se percibe con los sentidos del cuerpo, sino con la mente; y al final del libro se concluye con cierta argumentación que las cosas que verdaderamente son, son inmortales. En el segundo, sin embargo, se trata extensamente sobre la inmortalidad del alma, pero no se concluye.

2. En sus libros no apruebo lo que dije en la oración: Dios, que no quisiste que los impuros conocieran la verdad (Lib. 1, c. 1, n. 2). Pues se puede responder que muchos incluso no puros saben muchas verdades: ya que no está definido aquí qué es la verdad, que solo los puros pueden conocer; y qué significa saber. Y aquello que se ha puesto allí, Dios, cuyo reino es todo el mundo, que el sentido ignora (Id., c. 1, n. 3); si se debe entender a Dios, se deberían añadir las palabras, para que se dijera, que el sentido del cuerpo mortal ignora. Pero si se ha dicho mundo, que el sentido ignora, se entiende correctamente aquel que será en el nuevo cielo y la nueva tierra: pero también aquí se deberían añadir aquellas palabras, para que se dijera; el sentido del cuerpo mortal. Pero aún hablaba de esa manera, en la que el sentido se llama propiamente del cuerpo; y no es necesario repetir constantemente lo que ya he dicho anteriormente sobre esto (Lib. 1 Retract., cc. 1, 3), sino que debe recordarse, dondequiera que esta expresión se encuentre en mis escritos.

3. Y donde dije del Padre y del Hijo, "Quien engendra, y a quien engendra, es uno" (Lib. 1, c. 1, n. 4); debí decir, "uno son", como claramente habla la misma Verdad, diciendo: "Yo y el Padre uno somos" (Juan X, 30). Tampoco me agrada lo que en esta vida dije que el alma ya es bienaventurada al entender a Dios, a menos que sea quizás por esperanza. Asimismo, lo que dije, "No se llega a la unión con la sabiduría por un solo camino" (Lib. 1, c. 13, n. 23), no suena bien; como si hubiera otro camino aparte de Cristo, quien dijo: "Yo soy el camino" (Juan XIV, 6). Por lo tanto, debía evitarse esta ofensa a los oídos religiosos; aunque hay un camino universal, y otros caminos de los que cantamos en el Salmo: "Hazme conocer, Señor, tus caminos, y enséñame tus sendas" (Salmo XXIV, 4). Y en lo que allí se dijo, "Deben evitarse por completo estas cosas sensibles" (Lib. 1, c. 14, n. 24), debía tener cuidado de que no se pensara que sosteníamos la opinión del falso filósofo Porfirio, quien dijo: "Todo cuerpo debe ser evitado". Sin embargo, no dije yo, "Todas las cosas sensibles"; sino, "estas", es decir, corruptibles; pero más bien debía decirse: "No obstante, tales cosas sensibles no existirán en el nuevo cielo y la nueva tierra del siglo futuro".

4. Asimismo, en cierto lugar dije que aquellos instruidos en las disciplinas liberales, sin duda, desentierran en sí mismos, mediante el aprendizaje, aquellas que han sido cubiertas por el olvido, y de alguna manera las desentierran (Lib. 2, c. 20, n. 35). Pero también desapruuebo esto: es más creíble que, por esta razón, incluso los inexpertos en ciertas disciplinas respondan correctamente cuando se les interroga adecuadamente, porque está presente en ellos, en la medida en que pueden comprenderlo, la luz de la razón eterna, donde contemplan estas verdades inmutables; no porque las conocieran en algún momento y las hayan olvidado, como le pareció a Platón o a otros semejantes. Contra cuya opinión, en la medida en que se me dio la oportunidad en la obra emprendida, discutí en el libro duodécimo sobre la Trinidad (Lib. 12, c. 15). Esta obra comienza así: Reflexionando sobre muchas y variadas cosas en mi interior.

CAPÍTULO V. Sobre la Inmortalidad del Alma, un libro.

1. Después de regresar del campo a Milán, tras haber escrito los libros de los Soliloquios, escribí el libro Sobre la Inmortalidad del Alma, que había querido que fuera como un recordatorio para mí mismo con el fin de terminar los Soliloquios, que habían quedado incompletos. Sin embargo, no sé cómo, salió a manos de la gente en contra de mi voluntad y se menciona entre mis obras. Este libro, debido a la densidad y brevedad de sus razonamientos, es tan oscuro que fatiga incluso mi propia atención cuando lo leo, y apenas lo entiendo yo mismo.

2. Luego, reflexionando sobre nada más que las almas de los hombres, en cierta argumentación del mismo libro dije: "No puede haber disciplina en aquel que no aprende nada". Asimismo, en otro lugar dije: "La ciencia no abarca nada que no pertenezca a alguna disciplina" (Cap. 1, n. 1), y no se me ocurrió que Dios no aprende disciplinas y posee el conocimiento de todas las cosas, en el cual también está la presciencia de los futuros. Tal es aquello que se dijo allí: "No hay vida con razón para nadie, excepto para el alma" (Cap. 4, n. 5); pues para Dios no hay vida sin razón, ya que en Él está la vida suprema y la razón suprema. Y aquello que alguna vez dije anteriormente, "Lo que se entiende, es siempre de tal modo" (Cap. 1, n. 1), aunque se entienda también el alma, que ciertamente no es siempre de tal modo. Lo que realmente dije, "El alma no puede separarse de la razón eterna porque no se le une localmente" (Cap. 6, n. 11), ciertamente no lo habría dicho si ya entonces hubiera estado tan instruido en las Sagradas Escrituras como para recordar lo que está escrito: "Vuestros pecados hacen separación entre vosotros y Dios" (Isaías LIX, 2). De donde se da a entender que también puede decirse separación de aquellas cosas que no estaban unidas por lugares, sino incorporalmente.

3. También lo que dije, que el alma si carece de cuerpo, no está en este mundo (Cap. 13, n. 22), no pude recordarlo. ¿Acaso las almas de los muertos o no carecen de cuerpo, o no están en este mundo? Como si los infiernos no estuvieran en este mundo. Pero porque puse el carecer de cuerpo en un sentido positivo, tal vez con el nombre de cuerpo me refería a las pestes corporales. Si es así, usé la palabra de manera demasiado insolente. También fue dicho temerariamente: De la esencia suprema se otorga forma al cuerpo a través del alma, por la cual es, en cualquier medida que sea. Por lo tanto, el cuerpo subsiste por el alma, y es por el hecho de ser animado, ya sea universalmente, como el mundo, o particularmente, como cada animal dentro del mundo (Cap. 15, n. 24). Todo esto fue dicho completamente de manera temeraria. Este libro comienza así: Si en algún lugar hay disciplina.

CAPÍTULO VI. Libros de disciplinas.

Durante el mismo tiempo que estuve en Milán, a punto de recibir el Bautismo, también intenté escribir libros sobre las Disciplinas, interrogando a aquellos que estaban conmigo y que no rechazaban tales estudios; deseando, a través de lo corporal, llegar o guiar hacia lo incorpóreo con ciertos pasos seguros. Pero solo pude completar el libro sobre Gramática, que más tarde perdí de nuestra biblioteca: y sobre Música, seis volúmenes; en lo que respecta a la parte que se llama Ritmo. Pero esos mismos seis libros los escribí ya bautizado y ya de regreso en África desde Italia; pues solo había comenzado esa disciplina en Milán. En cuanto a las otras cinco disciplinas que también inicié allí; sobre Dialéctica, Retórica, Geometría, Aritmética, Filosofía, solo quedaron los principios, que sin embargo también perdimos: pero creo que algunos los tienen.

CAPÍTULO VII. Sobre las Costumbres de la Iglesia Católica y sobre las Costumbres de los Maniqueos, dos libros.

1. Ya bautizado, cuando estaba en Roma, y no pudiendo soportar en silencio la jactancia de los maniqueos sobre su falsa y engañosa continencia o abstinencia, con la cual, para engañar a los ignorantes, se prefieren incluso a los verdaderos cristianos, con quienes no son comparables, escribí dos libros; uno sobre las Costumbres de la Iglesia Católica; el otro sobre las Costumbres de los Maniqueos.

2. En lo que respecta a la obra sobre las Costumbres de la Iglesia Católica, donde cité un testimonio en el que se lee: Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día; somos considerados como ovejas para el matadero (Salmo XLIII, 22; Rom. VIII, 36); la incorrección de nuestro código me engañó, siendo yo poco familiarizado con las Escrituras, en las cuales aún no estaba acostumbrado. Pues otros códigos de la misma interpretación no tienen, Por tu causa somos entregados: sino, Por tu causa somos entregados a la muerte; lo que otros expresaron con una sola palabra, somos mortificados. Esto es lo que indican los libros griegos, de los cuales se hizo la traducción al latín según los Setenta intérpretes, de las antiguas Escrituras divinas: y sin embargo, según estas palabras, es decir, Por tu causa somos entregados, dije muchas cosas discutiendo (Libro 1, c. 9, nn. 14, 15), que en esos mismos asuntos no desapruero como falsas. Sin embargo, la concordancia de las Escrituras antiguas y nuevas, que deseaba demostrar, no la demostré ciertamente con estas palabras solamente; de dónde me vino el error, lo he dicho: pero con otros testimonios mostré suficientemente esa misma concordancia (Id., c. 16, n. 26-29).

3. De manera similar, y poco después, puse un testimonio del libro de la Sabiduría, según nuestro código, en el cual estaba escrito: La sabiduría enseña la sobriedad, la justicia y la virtud (Sab. VIII, 7). Y según estas palabras, diserté sobre cosas verdaderas, pero descubiertas a partir de una ocasión de falsedad (Lib. 1, c. 16, n. 27). Pues, ¿qué puede ser más verdadero que el hecho de que la sabiduría enseña la verdad de la contemplación, que pensé estaba significada con el nombre de sobriedad; y la probidad de la acción, que quise que se entendiera por las otras dos, la justicia y la virtud? Cuando los códigos de la misma interpretación más veraces tienen: enseña la sobriedad y la sabiduría, y la justicia y la virtud. Con estos nombres, el intérprete latino nombró aquellas cuatro virtudes que suelen estar en boca de los filósofos; llamando sobriedad a la templanza, imponiendo el nombre de sabiduría a la prudencia, y enunciando la fortaleza con el vocablo de virtud, interpretó la justicia con su propio nombre. Sin embargo, encontramos mucho después en los códigos griegos que estas cuatro virtudes son llamadas por sus nombres, tal como los griegos las llaman, en el mismo libro de la Sabiduría. Asimismo, lo que puse del libro de Salomón, Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés (Ecle. I, 2); lo leí en muchos códigos, pero esto no lo tiene el griego: sin embargo, tiene vanidad de vanidades; lo cual vi después; y encontré que son más veraces los latinos que tienen vanidades, no vanitantium. Sin embargo, a partir de esta ocasión de falsedad, todo lo que diserté resulta ser verdadero en las mismas cosas (Lib. 1, c. 21, n. 39).

4. Lo que he dicho: Que amemos con plena caridad a aquel mismo a quien queremos conocer, es decir, a Dios (Lib. 1, c. 25, n. 47): sería mejor decir, con sincera, que con plena; no sea que se piense que la caridad de Dios no será mayor cuando lo veamos cara a cara. Así pues, esto debe entenderse como si se dijera plena, en el sentido de que no puede ser mayor mientras caminamos por la fe: será más plena, o mejor dicho, plenísima, pero por la visión. Asimismo, lo que he dicho sobre aquellos que ayudan a los necesitados, que son llamados misericordiosos, incluso si son tan sabios que ya no se turban por ningún dolor del alma (Id.,

c. 27, n. 53); no debe entenderse como si hubiera definido que en esta vida existen tales sabios: pues no dije, Siendo; sino que dije, incluso si lo fueran.

5. En otro lugar donde dije (Id., c. 30, n. 64), Ahora bien, cuando este amor humano ha nutrido y fortalecido el alma adherida a tus pechos, haciéndola apta para seguir a Dios, cuando su majestad comienza a revelarse en la medida suficiente para el hombre, mientras es habitante de esta tierra; nace un ardor tan grande de caridad, y se levanta un incendio tan grande de amor divino, que, consumidos todos los vicios, y santificado y purificado el hombre, aparece claramente cuán divinamente se ha dicho: «Yo soy un fuego consumidor» (Deut. IV, 24; Hebr. XII, 29); los pelagianos pueden pensar que he dicho que esta perfección puede alcanzarse en esta vida mortal. Pero no deben pensar esto: el ardor de la caridad, hecho apto para seguir a Dios, y tan grande que consume todos los vicios, puede nacer y crecer en esta vida; pero lograr aquello para lo que nace, que no haya ningún vicio en el hombre, no puede conseguirse aquí: aunque esta gran cosa se perfeccione con el mismo ardor de caridad, donde y cuando pueda ser perfeccionada; de modo que así como el lavacro de la regeneración purga del reato de todos los pecados, que la naturaleza humana ha traído y la iniquidad ha contraído; así esa perfección purgue de toda mancha de vicios, sin los cuales la debilidad humana no puede existir en este siglo. Así también debe entenderse lo que dice el Apóstol: Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella; limpiándola con el lavacro del agua en la palabra, para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (Ef. V, 25-27). Este es el lavacro del agua en la palabra con el que se limpia la Iglesia. Pero mientras toda ella dice mientras está aquí, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12); ciertamente no está aquí sin mancha ni arruga, ni cosa semejante: sin embargo, por lo que aquí recibe, es llevada a aquella gloria, que aquí no está, y a la perfección.

6. En otro libro cuyo título es, Sobre las Costumbres de los Maniqueos, aquello que dije: La bondad de Dios ordena todas las cosas que decaen de tal manera que estén donde más congruentemente puedan estar, hasta que, con los movimientos ordenados, regresen a aquello de donde decayeron (Lib. 2, c. 7, n. 9), no debe entenderse así, como si todo regresara a aquello de donde decayeron, como le pareció a Orígenes; sino aquellas cosas que regresan. No regresan a Dios de quien decayeron, aquellos que serán castigados con fuego eterno: aunque todas las cosas que decaen se ordenan de tal manera que estén donde más congruentemente puedan estar; porque también aquellos que no regresan, están congruentemente en el castigo. En otro lugar, digo: Casi nadie duda, digo, de los escarabajos, que surgen del estiércol redondeado en una bola por ellos y enterrado (Id., c. 17, n. 63); aunque muchos dudan de si esto es verdad, muchos ni siquiera lo han oído. Esta obra comienza así: En otros libros creo que hemos tratado suficientemente.

CAPÍTULO VIII. Sobre la Cantidad del Alma, un libro.---[Tomo 1]

1. En la misma ciudad escribí un diálogo en el que se investigan y discuten muchas cuestiones sobre el alma; es decir, de dónde proviene, cómo es, cuán grande es, por qué fue dada al cuerpo, cómo se convierte cuando llega al cuerpo, y cómo es cuando se separa. Pero dado que se ha discutido con la mayor diligencia y sutileza sobre cuán grande es, para mostrar, si pudiéramos, que no tiene una cantidad corporal, y sin embargo es algo grande; de esta única investigación, todo el libro recibió su nombre y fue llamado, Sobre la cantidad del alma.

2. En el libro en el que mencioné que me parece que todas las artes el alma las ha traído consigo; y que aprender no es otra cosa que recordar y recordar (Cap. 20, n. 34), no debe

interpretarse como si esto aprobara que el alma haya vivido alguna vez en otro cuerpo aquí, o en otro lugar, ya sea en un cuerpo o fuera de él; y que lo que responde cuando se le pregunta, al no haberlo aprendido aquí, lo haya aprendido en otra vida anterior. Pues puede suceder, como ya hemos dicho anteriormente en esta obra, que esto sea posible porque su naturaleza es inteligible (Sup., c. 4, n. 4), y está conectada no solo con cosas inteligibles, sino también con cosas inmutables, hechas en tal orden que, cuando se mueve hacia aquellas cosas a las que está conectada, o hacia sí misma, en la medida en que las ve, en esa medida responde verdaderamente sobre ellas. Y ciertamente no ha traído consigo todas las artes de esa manera, ni las posee consigo: pues de las artes que conciernen a los sentidos del cuerpo, como muchas de la medicina, o todo lo de la astrología, no puede hablar a menos que lo haya aprendido aquí. Pero aquellas que solo la inteligencia capta, debido a lo que he dicho, cuando ha sido bien interrogada por sí misma o por otro, responde recordando.

3. En otro lugar: Quisiera, digo, decir más aquí, y obligarme a mí mismo, mientras casi te instruyo, para que no hiciera otra cosa que devolverme a mí mismo, a quien más me debo. Donde parece que debería haber dicho más bien, Devolverme a Dios, a quien más me debo. Pero dado que primero el hombre debe devolverse a sí mismo, para que allí, como si diera un paso, se eleve y ascienda hacia Dios, así como aquel hijo menor primero regresó a sí mismo, y entonces dijo: Me levantaré e iré a mi padre (Luc. XV, 18); por eso he hablado así. De hecho, añadí enseguida: Y así convertirme en un siervo amigo del Señor (Cap. 28, n. 55). Lo que dije, a quien más me debo, lo referí a los hombres: pues más me debo a mí mismo que a los demás hombres, aunque más a Dios que a mí. Este libro comienza así: Como veo que abundas en ocio.

CAPÍTULO IX. Sobre el Libre Albedrío, tres libros.

1. Mientras aún permanecíamos en Roma, quisimos investigar mediante la discusión de dónde proviene el mal. Y discutimos de tal manera que, si nos era posible, aquello que creíamos sometidos a la autoridad divina sobre este asunto, también pudiera ser llevado a nuestra comprensión, considerando y tratando la razón con la ayuda de Dios en la medida en que pudiéramos hacerlo mediante el razonamiento. Y puesto que entre nosotros quedó establecido, tras un cuidadoso análisis racional, que el mal no surgió sino del libre albedrío de la voluntad; los tres libros que esta misma discusión produjo fueron titulados, Sobre el Libre Albedrío. De los cuales, el segundo y el tercero los concluí en África, ya ordenado presbítero en Hipona-Regia, tal como entonces pude.

2. En estos libros se han discutido tantas cosas que algunas cuestiones incidentales, que no podía resolver o que requerían una larga disertación en el momento, se pospusieron de tal manera que, desde cualquier parte o desde todas las partes de esas mismas cuestiones, en las que no aparecía qué era lo que más se ajustaba a la verdad, nuestra argumentación se concluía en que cualquiera de ellas fuera verdadera, se creía que Dios debía ser alabado o incluso demostrado. En efecto, esa discusión se emprendió por aquellos que niegan que el origen del mal provenga del libre albedrío de la voluntad, y sostienen que Dios, si es así, debe ser culpado como creador de todas las naturalezas: queriendo de esa manera, según el error de su impiedad (pues son maniqueos), introducir una naturaleza del mal inmutable y coeterna con Dios. Sobre la gracia de Dios, por la cual predestinó a sus elegidos de tal manera que Él mismo también prepara las voluntades de aquellos que ya usan el libre albedrío, no se discutió nada en estos libros debido a la cuestión planteada. Sin embargo, donde surgió la ocasión de hacer mención de esta gracia, se mencionó de pasada; no se defendió con una argumentación laboriosa, como si se tratara de eso. Pues una cosa es preguntar de dónde

proviene el mal; y otra cosa es preguntar de dónde se retorna al estado original, o cómo se alcanza un bien mayor.

3. Por lo tanto, los nuevos herejes pelagianos, que afirman el libre albedrío de tal manera que no dejan lugar a la gracia de Dios, ya que sostienen que se nos da según nuestros méritos, no se enaltezcan, como si hubiera defendido su causa; porque he dicho muchas cosas en estos libros a favor del libre albedrío, que la causa de esa discusión requería. Dije, en efecto, en el primer libro, que las malas acciones son castigadas por la justicia de Dios; y añadí: No serían castigadas justamente, si no se hicieran por voluntad (Lib. 1, c. 1, n. 1). Asimismo, cuando mostraba que la buena voluntad es un bien tan grande que con razón se antepone a todos los bienes corporales y externos, dije: Ves, por tanto, ya, según creo, que está en nuestra voluntad disfrutar o carecer de un bien tan grande y verdadero: ¿qué está tan en la voluntad como la misma voluntad? (Id., c. 12, n. 26). Y en otro lugar: ¿Qué razón hay, digo, para que dudemos, incluso si nunca antes fuimos sabios, de que con la voluntad merecemos y llevamos una vida loable y feliz, o una vida vil y miserable? (Id., c. 13, n. 28). También en otro lugar: De lo cual se concluye, digo, que quienquiera que desee vivir recta y honestamente, si lo desea por encima de las cosas efímeras, alcanzará tal cosa con tanta facilidad, que no le será otra cosa que desearlo tener lo que deseó (Id., n. 29). Y en otro lugar dije: Porque esa ley eterna, a cuya consideración ya es tiempo de volver, ha establecido con inmutable estabilidad que el mérito está en la voluntad; y en la bienaventuranza y la miseria, la recompensa y el castigo (Id., c. 14, n. 30). Y en otro lugar: Lo que cada uno elige seguir y abrazar, se ha establecido que está en la voluntad (Id., c. 16, n. 34). Y en el segundo libro: Porque el hombre mismo, digo, en cuanto es hombre, es algún bien, porque puede vivir rectamente cuando lo desea (Lib. 2, c. 1, n. 2). Y en otro lugar dije: No se puede hacer correctamente, sino con el mismo libre albedrío de la voluntad (Id., c. 18, n. 47). Y en el tercer libro: ¿Qué necesidad hay, digo, de buscar de dónde surge este movimiento, por el cual la voluntad se aparta del bien inmutable hacia el bien mutable; cuando confesamos que no es sino del alma, y voluntario, y por ello culpable: y toda disciplina útil sobre este asunto vale para que, al reprobar y contener ese movimiento, volvamos nuestra voluntad para disfrutar del bien eterno, apartándonos de la caída de las cosas temporales? (Lib. 3, c. 1, n. 2). Y en otro lugar: Muy bien, digo, la verdad clama sobre ti, porque no podrías considerar que algo está en nuestro poder, sino lo que, cuando queremos, hacemos. Por lo tanto, nada está tan en nuestro poder como la misma voluntad. Porque esta, sin intervalo alguno, está presente tan pronto como queremos (Id., c. 3, n. 7). También en otro lugar: Si tú eres alabado, digo, por ver lo que debes hacer, cuando no lo ves sino en aquel que es la verdad inmutable; cuánto más aquel que ordenó querer, proporcionó poder, y no permitió no querer impunemente. Luego añadí diciendo: Si cada uno debe lo que ha recibido, y así el hombre ha sido hecho, que necesariamente peca, debe pecar. Por lo tanto, cuando peca, hace lo que debe: lo cual, si es un crimen decirlo; nadie es obligado por su naturaleza a pecar (Id., c. 16, n. 46). Y de nuevo: ¿Qué causa puede haber, digo, antes de la voluntad para la voluntad? O bien es la misma voluntad; y no se aparta de esta raíz de la voluntad: o no es voluntad; y no tiene pecado. O bien la voluntad es la primera causa de pecar; o no hay pecado como primera causa de pecar: y no hay a quien justamente se le impute el pecado sino al que peca. Por lo tanto, no hay a quien justamente se le impute sino al que quiere (Id., c. 17, n. 49). Y poco después: ¿Quién, digo, peca en aquello que de ningún modo puede evitarse? Sin embargo, se peca: por lo tanto, puede evitarse (Id. c. 18, n. 50). Pelagio usó este testimonio mío en un cierto libro suyo. Al cual, cuando respondí, quise que el título de mi libro fuera, sobre la Naturaleza y la Gracia.

4. En estas y otras palabras mías, porque no se mencionó la gracia de Dios, de la cual no se trataba en ese momento, los pelagianos piensan, o pueden pensar, que sostenemos su opinión.

Pero en vano lo piensan. La voluntad es, en efecto, por la cual se peca y se vive rectamente: esto es lo que tratamos con estas palabras. Por lo tanto, la misma voluntad, a menos que sea liberada por la gracia de Dios de la servidumbre en la que se convirtió en esclava del pecado, y sea ayudada para superar los vicios, no puede vivir recta y piadosamente por los mortales. Y este beneficio divino por el cual se libera, a menos que la precediera, ya se le daría por sus méritos, y no sería gracia, que ciertamente se da gratuitamente. Lo cual hemos tratado suficientemente en otros de nuestros escritos, refutando a estos nuevos herejes enemigos de esta gracia; aunque también en estos libros, que no fueron escritos contra ellos en absoluto, ya que aún no existían, sino contra los maniqueos, sobre el Libre Albedrío; no hemos guardado silencio completamente sobre esta gracia de Dios, que intentan quitar con impiedad nefanda. Pues dijimos en el segundo libro, que no solo los grandes, sino incluso los pequeños bienes no pueden existir, a menos que sea por aquel de quien son todos los bienes, es decir, Dios. Y poco después: Las virtudes, digo, por las cuales se vive rectamente, son grandes bienes: pero las formas de cualquier cuerpo, sin las cuales se puede vivir rectamente, son pequeños bienes: las potencias del alma, sin las cuales no se puede vivir rectamente, son bienes medios. Nadie usa mal las virtudes: pero los demás bienes, es decir, los medios y los pequeños, no solo se pueden usar bien, sino también mal. Y por eso nadie usa mal la virtud; porque la obra de la virtud es el buen uso de aquellos, de los cuales también podemos no usar bien: pero nadie usa mal al usar bien. Por lo tanto, la abundancia y grandeza de la bondad de Dios ha provisto no solo grandes, sino también medios y pequeños bienes. Su bondad es más digna de alabanza en los grandes, que en los medios; y más en los medios, que en los pequeños bienes: pero más en todos, que si no hubiera otorgado todos (Lib. 2, c. 19, n. 50). Y en otro lugar: Tú solo, digo, mantén firme la piedad, para que ningún bien, ya sea que lo sientas, lo entiendas, o lo pienses de cualquier manera, te ocurra que no sea de Dios. Asimismo, en otro lugar dije: Pero ya que no como el hombre cayó voluntariamente, así también puede levantarse voluntariamente; mantengamos con firme fe la mano derecha extendida desde lo alto de Dios, es decir, a nuestro Señor Jesucristo (Id., c. 20, n. 54).

5. Y en el libro tercero, cuando dije aquello, en lo cual también recordé que Pelagio había usado de mis obras, "¿Quién, pues, peca en aquello que de ningún modo puede evitarse? Sin embargo, se peca: por lo tanto, puede evitarse"; inmediatamente añadí: "Y sin embargo, también algunas cosas hechas por ignorancia son desaprobadas y se juzga que deben corregirse; como leemos en las autoridades divinas. Pues dice el Apóstol: 'Alcané misericordia porque lo hice por ignorancia' (I Tim. I, 13); y dice el profeta: 'No recuerdes los pecados de mi juventud ni mis ignorancias' (Sal. XXIV, 7). También hay cosas hechas por necesidad que deben ser desaprobadas, donde el hombre quiere hacer lo correcto y no puede. Pues de dónde vienen aquellas voces: 'Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que odio, eso hago.' Y aquello: 'Querer está en mí; pero hacer el bien, no' (Rom. VII, 15, 18). Y aquello: 'La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Pues estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis' (Gál. V, 17). Pero todas estas cosas son de los hombres que vienen de aquella condenación de muerte. Pues si esto no es un castigo del hombre, sino naturaleza; no son pecados. Porque si no se aparta del modo en que fue hecho naturalmente, de tal manera que no pueda ser mejor; hace lo que debe, cuando hace estas cosas. Pero si el hombre fuera bueno, sería de otra manera; ahora, porque es así, no es bueno, ni tiene en su poder ser bueno, ya sea porque no ve cómo debe ser, o porque viendo no puede ser como ve que debe ser. ¿Quién duda que esto es un castigo? Pero todo castigo, si es justo, es castigo del pecado, y se llama suplicio. Pero si el castigo es injusto, ya que nadie duda que es un castigo; ha sido impuesto por algún injusto dominante al hombre. Además, porque dudar de la omnipotencia de Dios y de su justicia es demente, este castigo es justo, y se paga por algún pecado. Pues ningún dominador injusto pudo arrebatarse al hombre como si Dios lo

ignorara, ni extorsionarlo contra su voluntad, como si fuera más débil, ya sea aterrorizándolo o combatiéndolo, para que el hombre sufriera un castigo injusto. Por lo tanto, se concluye que este castigo justo viene de la condenación del hombre (Lib. 3, c. 18, nn. 50, 51). Y en otro lugar: "Aprobar, digo, lo falso por verdadero para que yerre involuntariamente, y no poder abstenerse de obras lujuriosas resistiendo y atormentado por el dolor del vínculo carnal, no es la naturaleza del hombre instituido, sino el castigo del condenado. Pero cuando hablamos de la libre voluntad de hacer lo correcto, hablamos de aquella en la cual el hombre fue hecho" (Ibid., n. 52).

6. He aquí que mucho antes de que surgiera la herejía pelagiana, discutimos de tal manera como si ya estuviéramos debatiendo contra ellos. Pues cuando se decía que todos los bienes provienen de Dios, es decir, los grandes, los medianos y los pequeños: en los bienes medianos se encuentra el libre albedrío, porque también podemos usarlo mal; pero, sin embargo, es tal que sin él no podemos vivir rectamente. Sin embargo, el buen uso de este ya es una virtud, que se encuentra entre los grandes bienes, de los cuales nadie puede hacer mal uso. Y dado que todos los bienes, como se ha dicho, grandes, medianos y pequeños, son de Dios; se sigue que también el buen uso del libre albedrío, que es una virtud, y se cuenta entre los grandes bienes, es de Dios. Luego se dijo que de la miseria justamente infligida a los pecadores, la gracia de Dios libera, porque el hombre, es decir, con libre albedrío, pudo caer por su propia voluntad, pero no también levantarse: a esta miseria de justa condenación pertenece la ignorancia y la dificultad, que sufre todo hombre desde el comienzo de su nacimiento; y nadie se libera de este mal, sino por la gracia de Dios (Lib. 2, c. 20; y lib. 3, c. 18): esta miseria los pelagianos no quieren que descienda de una justa condenación, negando el pecado original: aunque la ignorancia y la dificultad, incluso si fueran los principios naturales del hombre; ni así Dios sería culpable, sino digno de alabanza, como discutimos en el mismo tercer libro (Lib. 3, cc. 20, 21). Esta discusión debe tenerse contra los maniqueos, que no aceptan las Escrituras sagradas del Antiguo Testamento, en las cuales se narra el pecado original; y todo lo que de allí se lee en las Cartas apostólicas, con detestable impudencia sostienen que fue introducido por los corruptores de las Escrituras, como si no hubiera sido dicho por los Apóstoles. Contra los pelagianos, sin embargo, debe defenderse esto que ambas Escrituras recomiendan, las cuales profesan aceptar. Esta obra comienza así: Dime, te ruego, si Dios no es el autor del mal.

CAPÍTULO X. Sobre el Génesis contra los Maniqueos, dos libros.

1. Ya establecido en África, escribí dos libros sobre el Génesis contra los maniqueos. Pues aunque en los libros anteriores discutí todo lo necesario para mostrar que Dios es sumamente bueno e inmutable, creador de todas las naturalezas mutables, y que no hay ninguna naturaleza mala o sustancia, en cuanto es naturaleza y sustancia, nuestra intención vigilante estaba dirigida contra los maniqueos; sin embargo, estos dos libros fueron publicados de manera muy clara contra ellos en defensa de la antigua ley, que atacan con el vehemente fervor de su error insensato. En el primero, desde lo que está escrito, En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. I, 1), hasta que se completan los siete días, donde se lee que Dios descansó en el séptimo día. En el segundo, desde lo que está escrito, Este es el libro de la creación del cielo y la tierra (Gén. II, 4), hasta que Adán y su mujer fueron expulsados del paraíso, y se colocó la custodia en el árbol de la vida. Luego, al final del libro, opuse la fe de la verdad católica al error de los maniqueos; resumiendo brevemente y de manera clara lo que ellos dicen y lo que nosotros decimos.

2. Lo que he dicho, sin embargo, no alimenta los ojos de aves irracionales, sino los corazones puros de aquellos que creen en Dios y se apartan del amor a las cosas visibles y temporales para cumplir sus mandamientos; lo cual todos los hombres pueden hacer, si quieren (Lib. 1, c. 3, n. 6), no deben pensar los nuevos herejes pelagianos que se dice según ellos. Porque es completamente cierto que todos los hombres pueden hacerlo, si quieren; pero la voluntad es preparada por el Señor, y se incrementa tanto por el don de la caridad, que pueden: lo cual no se dijo aquí porque no era necesario para la cuestión presente. En cuanto a lo que se lee allí, que la bendición de Dios, donde se dice, Creced y multiplicaos (Gen. I, 28), debe creerse que se convirtió en fecundidad carnal después del pecado (Lib. 1, c. 19, n. 30); si no puede verse de otra manera, sino que se piense que aquellos hombres no habrían tenido hijos humanos si no hubieran pecado, en absoluto lo apruebo. Tampoco es consecuente que por eso se entienda que debe tomarse solo en alegoría, que las hierbas verdes y los árboles frutales se dan como alimento a todo tipo de bestias, y a todas las aves, y a todos los reptiles en el libro del Génesis, porque hay cuadrúpedos y aves que parecen vivir solo de carne (Id., c. 20, n. 31). Pues podría ser que fueran alimentados por los hombres incluso de los frutos de la tierra, si por la obediencia con la que los mismos hombres servían a Dios sin ninguna iniquidad, merecieran tener a todas las bestias y aves sirviéndoles de todas las maneras. También puede causar inquietud cómo dije sobre el pueblo de Israel, Aún con la circuncisión corporal y sacrificios, como en el mar de las naciones, ese pueblo servía a la ley (Id., c. 23, n. 40); puesto que entre las naciones no podían sacrificar, como ahora los vemos haber quedado sin sacrificios; a menos que tal vez lo que inmolan en la Pascua, el cordero, se considere como sacrificio.

3. En el segundo libro también mencioné que el término "pábulo" podría significar vida (Lib. 2, c. 3, n. 4), aunque los códices de mejor interpretación no tienen "pábulo", sino "heno"; no parece dicho de manera adecuada. Pues el nombre de heno no concuerda con la significación de vida, como lo hace el de pábulo. Asimismo, parece que no llamé correctamente palabras proféticas a aquellas en las que está escrito: "¿Por qué se enorgullece la tierra y la ceniza?" (Ecli. X, 9), ya que no se lee en un libro que estemos seguros de que deba llamarse profético. Tampoco entendí como quiso el Apóstol aquello donde emplea el testimonio del Génesis, diciendo: "El primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente" (I Cor. XV, 45); cuando expuse lo que está escrito: "Dios insufló en su rostro aliento de vida, y el hombre fue hecho alma viviente" (Gen. II, 7). El Apóstol empleó ese testimonio para probar que el cuerpo es animal; pero yo pensé que debía mostrarse que el hombre fue hecho primero animal, no solo el cuerpo del hombre (Lib. 2, c. 8, n. 10). Lo que dije, "ningún pecado daña a una naturaleza salvo a la suya" (Id., c. 29, n. 43), lo dije porque al justo que se le daña, no se le daña verdaderamente, ya que incluso aumenta su recompensa en los cielos; pero pecando, verdaderamente se daña a sí mismo, porque por la misma voluntad de dañar recibirá aquello que dañó. Ciertamente los pelagianos pueden arrastrar esta sentencia a su dogma, y por ello decir que los pecados ajenos no dañaron a los párvulos, porque dije que "ningún pecado daña a una naturaleza salvo a la suya"; sin considerar que los párvulos, que ciertamente pertenecen a la naturaleza humana, arrastran el pecado original, porque en los primeros hombres la naturaleza humana pecó, y por tanto, a la naturaleza humana no le dañaron pecados ajenos, sino los suyos. Pues por un solo hombre, en quien todos pecaron, el pecado entró en el mundo (Rom. V, 12): no dije que a ningún hombre, sino que a ninguna naturaleza dañan los pecados, salvo a la suya. Asimismo, en lo que dije poco después, "No hay mal natural" (Lib. 2, c. 29, n. 43), pueden buscar un refugio similar, a menos que esto se refiera a la naturaleza tal como fue creada sin defecto al principio: pues esta es verdaderamente y propiamente llamada naturaleza del hombre. Usamos el término de manera trasladada para decir naturaleza también, tal como nace el hombre, según la cual el Apóstol dijo: "Porque fuimos también

nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás" (Efes. II, 3). Esta obra comienza así: "Si los maniqueos eligieran a quienes engañar".

CAPÍTULO XI. De Música, seis libros.

1. Luego, como mencioné anteriormente (Lib. 1 Retract., c. 6), escribí seis libros sobre Música; de los cuales el sexto es el más conocido, ya que trata de un tema digno de conocimiento: cómo, a partir de los números corporales y espirituales, pero mutables, se llega a los números inmutables, que ya están en la misma verdad inmutable, y así los invisibles de Dios, a través de lo que ha sido hecho, se contemplan con entendimiento. Aquellos que no pueden hacerlo, pero viven según la fe de Cristo, llegan a contemplarlos de manera más segura y feliz después de esta vida. Sin embargo, aquellos que pueden, si les falta la fe en Cristo, quien es el único mediador entre Dios y los hombres, perecen con toda su sabiduría.

2. En este libro, lo que dije, "Los cuerpos son tanto mejores cuanto más numerosos en tales números: el alma, sin embargo, al carecer de aquellos que recibe a través del cuerpo, se hace mejor cuando se aparta de los sentidos carnales y se reforma con los divinos números de la sabiduría" (Lib. 6, c. 4, n. 7), no debe interpretarse como si no fueran a existir números corporales en los cuerpos incorruptibles y espirituales; ya que serán mucho más hermosos y decorosos: ni como si el alma no los fuera a percibir cuando sea óptima, del mismo modo que aquí, al carecer de ellos, se hace mejor. Aquí, en efecto, necesita apartarse de los sentidos carnales para captar lo inteligible, porque es débil y menos capaz de dirigir su atención a ambos al mismo tiempo: y en estas cosas corporales ahora debe evitarse la seducción, mientras el alma pueda ser atraída hacia una deleitación indigna. Pero entonces será tan firme y perfecta que los números corporales no la apartarán de la contemplación de la sabiduría, y los sentirá de tal manera que no será seducida por ellos, ni al carecer de ellos se hará mejor; sino que será tan buena y recta que no podrán ni ocultarse de ella ni ocuparla.

3. Asimismo, lo que dije, Esta salud será entonces la más firme y segura, cuando este cuerpo haya sido restituido a su estabilidad original en su debido tiempo y orden (Id., c. 5, n. 13), no debe interpretarse como si los cuerpos después de la resurrección no fueran a ser mejores que los de los primeros hombres en el paraíso, ya que aquellos ya no necesitarán ser alimentados con alimentos corporales, como estos lo eran: sino que la estabilidad original debe entenderse en el sentido de que esos cuerpos no sufrirán enfermedad alguna, tal como estos no podían sufrirla antes del pecado.

4. En otro lugar: Más laborioso es, digo, el amor de este mundo. Pues lo que el alma busca en él, a saber, la constancia y la eternidad, no lo encuentra: ya que la belleza frágil se completa con el paso de las cosas, y lo que en ella imita la constancia, es transferido por el alma desde el Dios supremo: porque la apariencia anterior es solo temporalmente mutable, más que aquella que lo es tanto en tiempo como en lugares (Id., c. 14, n. 43). Estas palabras pueden ser entendidas de tal manera que no se comprenda la belleza inferior, sino en los cuerpos de los hombres y de todos los animales que viven con el sentido del cuerpo, la razón manifiesta lo defiende. Pues en esa belleza se imita la constancia, en cuanto los cuerpos permanecen en su estructura, en la medida en que permanecen: y eso es transferido por el alma desde el Dios supremo en ella. Pues el alma sostiene la estructura misma, para que no se disuelva y se desintegre; lo cual vemos que sucede en los cuerpos de los animales cuando el alma se retira. Pero si se entiende la belleza inferior en todos los cuerpos, esta sentencia obliga a creer que incluso el mundo mismo es un animal, de modo que incluso en él, lo que en él imita la constancia, es transferido por el alma desde el Dios supremo. Pero que este mundo sea un

animal, como pensó Platón y muchos otros filósofos, no he podido indagarlo con razón cierta, ni he conocido que pueda ser persuadido por la autoridad de las Escrituras divinas. Por lo tanto, he señalado que algo así dicho por mí, que pueda ser entendido de esa manera, fue dicho temerariamente en el libro sobre la Inmortalidad del Alma (Lib. 1 Retract., c. 5, n. 3); no porque confirme que esto sea falso, sino porque no comprendo que sea verdadero, que el mundo sea un animal. Sin embargo, no dudo en retener firmemente que este mundo no es nuestro Dios, ya sea que tenga alma o no. Porque si tiene alguna, aquel que la hizo es nuestro Dios: pero si no tiene ninguna, este no puede ser el Dios de nadie; ¿cuánto menos nuestro? Sin embargo, se cree muy correctamente que existe una virtud espiritual y vital, incluso si el mundo no es un animal; virtud que en los ángeles santos sirve a Dios para adornar y administrar el mundo, y que no es comprendida por ellos; se cree muy correctamente. Con el nombre de ángeles santos, he llamado ahora a toda criatura espiritual santa, establecida en el ministerio secreto y oculto de Dios: pero la Sagrada Escritura no suele significar con el nombre de almas a los espíritus angélicos. Por lo tanto, en lo que dije hacia el final de este libro, que los números racionales e intelectuales de las almas bienaventuradas y santas, recibiendo la misma ley de Dios, sin la cual no cae una hoja del árbol y a quien nuestros cabellos están contados, transmiten hasta las leyes terrenales e infernales (Lib. 6, c. 17, n. 58), no veo cómo el término almas, según las Sagradas Escrituras, pueda ser mostrado; ya que aquí no quise que se entendiera sino a los santos ángeles, de los cuales no recuerdo haber leído en los discursos divinos canónicos que tengan almas. Este libro comienza así: Satis diu pene.

CAPÍTULO XII. Del Maestro, un libro

Por el mismo tiempo escribí un libro cuyo título es "Sobre el Maestro": en el cual se discute y se pregunta, y se encuentra que no hay otro maestro que enseñe al hombre la ciencia, sino Dios, según lo que también está escrito en el Evangelio: Uno es vuestro Maestro, Cristo (Mateo 23, 10). Este libro comienza así: ¿Qué te parece que queremos lograr cuando hablamos?

CAPÍTULO XIII. Sobre la Verdadera Religión, un libro.

1. Entonces también escribí un libro sobre la Verdadera Religión; en el cual se discute de manera múltiple y muy copiosa que el único Dios verdadero, es decir, la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, debe ser adorado con la verdadera religión: y cuánta misericordia de Él, a través de la dispensación temporal, ha sido concedida a los hombres la religión cristiana, que es la verdadera religión, y cómo debe el hombre ser adaptado a este mismo culto de Dios mediante una cierta vida suya. Sin embargo, este libro habla principalmente contra las dos naturalezas de los maniqueos.

2. En este libro, en cierto lugar: Que te sea manifiesto y perceptible, digo, que no podría haber error en la religión si el alma no adorara como su Dios al alma, al cuerpo o a sus fantasmas. Aquí he puesto el alma por toda la criatura incorpórea, no hablando al modo de las Escrituras, que cuando usan el término alma sin metáfora, no sé si quieren que se entienda otra cosa que aquella por la cual viven los animales mortales, entre los cuales están los hombres, mientras son mortales. Poco después, he expresado el mismo sentido de manera más breve y mejor, donde dije: No sirvamos, pues, a la criatura más que al Creador, ni nos desvanzcamos en nuestros pensamientos, y la religión perfecta es. Con una sola palabra he significado a la criatura, tanto espiritual como corporal. Resta lo que allí dije, o sus fantasmas: por lo cual aquí dije, ni nos desvanzcamos en nuestros pensamientos.

3. Asimismo, lo que dije, Esta es en nuestros tiempos la religión cristiana, cuyo conocimiento y seguimiento es la salvación más segura y cierta, se ha dicho según este nombre, no según la misma realidad de la cual este nombre es. Pues la realidad misma que ahora se llama religión cristiana, existía entre los antiguos, y no faltó desde el inicio del género humano, hasta que el mismo Cristo viniera en carne, de donde la verdadera religión que ya existía, comenzó a ser llamada cristiana. Pues cuando los Apóstoles comenzaron a predicarlo después de la resurrección y ascensión al cielo, y muchos creyeron, primero en Antioquía, como está escrito, los discípulos fueron llamados cristianos (Hechos 11, 26). Por eso dije, Esta es en nuestros tiempos la religión cristiana; no porque en tiempos anteriores no existiera, sino porque en tiempos posteriores recibió este nombre.

4. En otro lugar: "Presta atención, pues, digo, a lo que sigue, con diligencia y piedad, tanto como puedas; porque Dios ayuda a tales personas" (Cap. 10, n. 18-20). Esto no debe entenderse como si solo ayudara a tales personas, ya que también ayuda a los que no lo son para que lleguen a serlo, es decir, para que busquen con diligencia y piedad: a tales personas las ayuda para que encuentren. Asimismo, en otro lugar: "Luego, digo, será consecuente que después de la muerte corporal que debemos al primer pecado, en su tiempo y orden, este cuerpo sea restituido a su estabilidad original" (Cap. 12, n. 25). Esto debe entenderse así, porque incluso la estabilidad original del cuerpo que perdimos al pecar tenía tal felicidad que no se inclinaba hacia el deterioro de la vejez. Por lo tanto, este cuerpo será restituido a esa estabilidad original en la resurrección de los muertos. Pero tendrá más, ya que no será sostenido por alimentos corporales; sino que será vivificado suficientemente solo por el espíritu, cuando resucite en un espíritu vivificante, por lo cual también será espiritual. Sin embargo, lo que fue al principio, aunque no iba a morir a menos que el hombre pecara, fue hecho animal en un alma viviente.

5. Y en otro lugar: Digo que el pecado voluntario es tan malo, que de ningún modo es pecado si no es voluntario (Cap. 14, n. 27). Esta definición puede parecer falsa; pero si se examina cuidadosamente, se encontrará que es verdaderísima. Pues debe considerarse aquel pecado que es solamente pecado, no el que es también pena del pecado, como mostré anteriormente, cuando recordé algunas cosas del libro tercero sobre el Libre albedrío (Lib. 1 Retract., c. 9, n. 5). Aunque también aquellos que no sin razón se llaman pecados no voluntarios, porque son cometidos por ignorantes o forzados, no pueden cometerse de ningún modo sin voluntad: ya que incluso el que peca ignorando, lo hace ciertamente con voluntad, al pensar que debe hacer lo que no debe hacerse. Y aquel que, con la carne deseando contra el espíritu, no hace lo que quiere, ciertamente desea sin querer, y en eso no hace lo que quiere: pero si es vencido, consiente a la concupiscencia queriendo, y en eso no hace sino lo que quiere, siendo libre de la justicia y esclavo del pecado. Y aquello que se llama pecado original en los niños, cuando aún no usan el albedrío de la voluntad, no se llama absurdamente voluntario, porque contraído de la mala voluntad del primer hombre, se ha hecho de algún modo hereditario. No es, por tanto, falso lo que dije, que el pecado voluntario es tan malo, que de ningún modo es pecado si no es voluntario. Por eso, con la gracia de Dios no solo se disuelve la culpa de todos los pecados pasados en todos los que son bautizados en Cristo, lo cual se realiza por el Espíritu de regeneración; sino que también en los adultos la misma voluntad es sanada y preparada por el Señor, lo cual se realiza por el espíritu de fe y caridad.

6. En otro lugar, en lo que dije sobre el Señor Jesucristo, "Nada hizo por la fuerza, sino todo persuadiendo y aconsejando" (Cap. 16, n. 31), no se me ocurrió que expulsó del templo a los vendedores y compradores azotándolos. Pero, ¿qué es esto, o cuánto importa? Aunque

también expulsó a los demonios de los hombres, no con palabras de persuasión, sino con el poder de su autoridad. Asimismo, en otro lugar: "Primero, digo, deben ser seguidos aquellos que afirman que hay un solo Dios supremo, el único verdadero Dios y el único digno de adoración: si entre ellos no resplandece la verdad, entonces, y solo entonces, se debe migrar." Esto puede parecer dicho como si hubiera dudado de la verdad de esta religión. Sin embargo, lo dije de acuerdo con la persona a quien escribía. Así dije, "si entre ellos no resplandece la verdad," sin dudar de que resplandecería entre ellos; tal como dice el Apóstol, "Si Cristo no resucitó" (I Cor. XV, 14), no dudando en absoluto de que resucitó.

7. Asimismo, lo que dije, que aquellos milagros no se permitieron durar en nuestros tiempos, para que el alma no buscara siempre lo visible, y por la costumbre de ellos se enfriara el género humano, que ardió con su novedad (Cap. 25, nn. 46, 47), es ciertamente verdad: pues ahora, cuando se impone la mano a los bautizados, no reciben el Espíritu Santo de tal manera que hablen en las lenguas de todas las naciones; ni ahora los enfermos son sanados con la sombra de los predicadores de Cristo que pasan; y si algunas cosas de este tipo se hicieron entonces, es evidente que después cesaron. Pero no debe entenderse lo que dije como si ahora no se creyera que se hacen milagros en el nombre de Cristo. Pues yo mismo, cuando escribí este mismo libro, ya sabía que en la misma ciudad de Milán un ciego había sido iluminado en los cuerpos de los mártires, y otros no pocos, tales que tantos también se hacen en estos tiempos, que ni podemos conocerlos todos, ni enumerar los que conocemos.

8. Y en otro lugar aquello que dije, como dice el Apóstol, «Todo orden proviene de Dios», el Apóstol no lo dijo con estas mismas palabras, aunque el sentido parece ser el mismo. Pues él dice: Las que existen, han sido ordenadas por Dios (Rom. XIII, 1). Y en otro lugar: En verdad, digo, que nadie nos engañe: todo lo que se critica correctamente, se rechaza en comparación con algo mejor (Cap. 41, nn. 77, 78). Esto se dijo sobre las sustancias y las naturalezas: pues de eso se discutía, no sobre las buenas acciones y los pecados. Asimismo, en otro lugar: Pero tampoco, digo, debe el hombre ser amado por el hombre como se ama a los hermanos carnales, o a los hijos, o a los cónyuges, o a cualquier pariente: o afines, o ciudadanos, pues también este amor es temporal. No tendríamos tales relaciones que ocurren al nacer y morir, si nuestra naturaleza permaneciera en los preceptos y la imagen de Dios, y no fuera relegada a esta corrupción (Cap. 46, n. 88). Rechazo completamente este sentido, que ya anteriormente rechacé en el primer libro de Génesis contra los Maniqueos (Lib. 1 Retract., c. 10, n. 2). Pues esto lleva a creer que aquellos primeros cónyuges no habrían engendrado descendencia humana si no hubieran pecado; como si fuera necesario que nacieran mortales si fueran engendrados por el concubito de hombre y mujer. Pues aún no había visto que podría haber sido posible que nacieran inmortales de inmortales, si con aquel gran pecado no se hubiera cambiado para peor la naturaleza humana: y por lo tanto, si tanto en los padres como en los hijos hubiera permanecido la fecundidad y la felicidad, hasta un cierto número de santos, que Dios predestinó, nacerían hombres no para suceder a los padres que mueren, sino para reinar con los que viven. Por lo tanto, también existirían estas relaciones de parentesco y afinidad, si nadie pecara y nadie muriera.

9. Asimismo, en otro lugar: Al tender hacia un solo Dios, digo, y al unir nuestras almas a Él, de donde se cree que se deriva el término religión, debemos evitar toda superstición (Cap. 55, n. 111). En estas palabras mías, la razón que se ha dado sobre el origen del término religión me ha complacido más. Pues no ignoro que otros autores del idioma latino han expuesto un origen diferente de este nombre, diciendo que se llama religión porque se relige: palabra compuesta de legendo, es decir, eligiendo, de modo que en latín parece religo como eligo. Este libro comienza así: Cuando todo camino de vida buena y bienaventurada.

CAPÍTULO XIV. Sobre la Utilidad de creer, a Honorato, un libro.

1. Ya en Hipona, siendo presbítero, escribí un libro sobre la Utilidad de creer, dirigido a un amigo mío que, engañado por los maniqueos, aún sabía que estaba retenido en ese error y se burlaba de la enseñanza de la fe católica, porque se ordenaba a los hombres creer, pero no se les enseñaba con razón certísima qué era la verdad. En este libro dije (Cap. 3, n. 9): En cuyos preceptos y mandamientos de la ley, que ahora no es lícito para el cristiano usar; como el sábado, la circuncisión, los sacrificios, y cualquier cosa semejante; se contienen tantos misterios, que todo piadoso entiende que no hay nada más pernicioso que tomar cualquier cosa de allí al pie de la letra, es decir, literalmente: pero nada más saludable que ser revelado por el espíritu. De ahí, «La letra mata; pero el espíritu vivifica» (II Cor. III, 6). Pero expuse de otra manera estas palabras del apóstol Pablo, y según me parece, o más bien según lo muestran los mismos hechos, de manera mucho más conveniente en ese libro que se titula Sobre el Espíritu y la Letra: aunque este sentido tampoco debe ser rechazado.

2. También dije, hay dos tipos de personas en la religión que son dignas de alabanza. Una de ellas es la de aquellos que ya han encontrado; a quienes también es necesario juzgar como los más bienaventurados: la otra es la de aquellos que buscan con el mayor esmero y rectitud. Los primeros, por tanto, ya están en la misma posesión; los otros están en el camino, por el cual, sin embargo, se llega con certeza. En mis palabras, si aquellos que ya han encontrado, a quienes ya dijimos que están en la misma posesión, son considerados tan bienaventurados, que no en esta vida, sino en aquella que esperamos y hacia la cual nos dirigimos por el camino de la fe, están; este sentido no tiene error: pues ellos deben ser juzgados como aquellos que han encontrado lo que se debe buscar, quienes ya están allí adonde nosotros deseamos llegar buscando y creyendo, es decir, manteniendo el camino de la fe. Pero si se piensa que están o estuvieron en esta vida, no me parece que sea verdad: no porque en esta vida no se pueda encontrar nada de verdad que se contemple con la mente, no se crea con fe; sino porque lo que sea que sea, no hace a los más bienaventurados. Pues lo que dice el Apóstol, Ahora vemos por espejo en enigma, y, Ahora conozco en parte; no se contempla con la mente: se contempla claramente, pero aún no hace bienaventurados. Pues aquello que hace bienaventurados es lo que dice: Entonces, empero, cara a cara; y, Entonces conoceré como fui conocido (I Cor. XIII, 12). Aquellos que han encontrado esto, deben ser llamados como quienes están en la posesión de la bienaventuranza, a la cual conduce el camino de la fe que mantenemos, y a donde deseamos llegar creyendo. Pero quiénes son esos bienaventurados, que ya están en esa posesión a la que conduce este camino, es una gran cuestión. Y de los ángeles santos que están allí, no hay cuestión alguna. Pero sobre los santos hombres ya fallecidos, si al menos ellos deben ser llamados como quienes ya están en esa posesión, es una cuestión que merece ser investigada. Pues ya están despojados del cuerpo corruptible, con el cual el alma es agravada; pero aún ellos mismos esperan la redención de su cuerpo, y su carne descansa en esperanza, aún no resplandece en la futura incorruptibilidad. Pero si para contemplar con los ojos del corazón la verdad, como se ha dicho, cara a cara, no tienen nada menos por esto, no es este el lugar para investigar disputando. También lo que dije, Pues saber cosas grandes y honestas o incluso divinas, es ser bienaventurado, debemos referirlo a esa misma bienaventuranza. Pues en esta vida, por mucho que se sepa, aún no es bienaventurado; ya que incomparablemente es mucho más lo que de ello se desconoce.

3. Y lo que dije, que hay mucha diferencia entre si algo se sostiene con la razón cierta de la mente, lo que decimos saber; o si se recomienda útilmente a la posteridad por la fama o las letras; y poco después, que lo que sabemos, lo debemos a la razón: lo que creemos, a la

autoridad (Cap. 11, n. 25), no debe interpretarse de tal manera que temamos decir que sabemos lo que creemos a testigos idóneos. Pues, propiamente hablando, decimos saber solo aquello que comprendemos con la firme razón de la mente. Sin embargo, cuando hablamos con palabras más adecuadas a la costumbre, como también habla la Sagrada Escritura, no dudamos en decir que sabemos tanto lo que percibimos con los sentidos de nuestro cuerpo, como lo que creemos a testigos dignos de fe; siempre y cuando entendamos la diferencia entre esto y aquello.

4. Asimismo, lo que dije, Nadie duda que todos los hombres son o necios o sabios (Cap. 12, n. 27), puede parecer contrario a lo que se lee en el libro tercero sobre el Libre Albedrío, Como si la naturaleza humana no pudiera recibir ninguna afección intermedia entre la necedad y la sabiduría (Cap. 24, n. 71). Pero aquello se dijo allí, donde se preguntaba si el primer hombre fue creado sabio, necio, o ninguno de los dos: ya que de ninguna manera podíamos llamar necio a quien fue creado sin defecto, puesto que la necedad es un gran defecto; y no parecía claro cómo podríamos llamar sabio a quien pudo ser engañado. Por eso quise decir brevemente, como si la naturaleza humana no pudiera recibir ninguna afección intermedia entre la necedad y la sabiduría. Pues también consideraba a los pequeños, a quienes, aunque confesamos que llevan el pecado original, sin embargo, no podemos propiamente llamar ni sabios ni necios, ya que aún no usan el libre albedrío, ni para bien ni para mal. Ahora, sin embargo, he dicho que todos los hombres son o sabios o necios, queriendo referirme a aquellos que ya usan la razón, por la cual se distinguen de los animales, para ser hombres, así como decimos que todos los hombres desean ser bienaventurados. ¿Acaso tememos que en esta sentencia tan verdadera y manifiesta se entienda también a los pequeños, que aún no pueden desear esto?

5. En otro lugar, cuando recordé lo que el Señor Jesús hizo cuando estaba aquí en la carne, añadí diciendo: ¿Por qué, preguntas, no suceden estas cosas ahora? Y respondí: Porque no moverían si no fueran maravillosas; pero si fueran habituales, no serían maravillosas (Cap. 16, n. 34). Sin embargo, dije esto, no porque no sucedan ahora en absoluto, sino porque no suceden tantas ni todas ahora.

6. Al final del libro: Pero dado que este nuestro discurso, digo, se ha extendido mucho más de lo que pensaba, aquí pongamos fin al libro, en el cual quiero que recuerdes que aún no he comenzado a refutar a los maniqueos, ni he abordado esas tonterías, ni he revelado algo grande sobre la misma Iglesia Católica: sino que solo he querido, si pudiera, erradicar de ti la falsa opinión sobre los verdaderos cristianos que nos ha sido maliciosamente o ignorantemente insinuada, y elevarte a aprender ciertas cosas grandes y divinas. Por lo tanto, que este volumen se mantenga así: y con tu ánimo más apaciguado, quizás seré más dispuesto en los demás (Cap. 18, n. 36). No he dicho esto como si aún no hubiera escrito nada contra los maniqueos, o no hubiera consignado nada sobre la doctrina católica en escritos, ya que tantos volúmenes publicados anteriormente atestiguan que no he guardado silencio sobre ambos temas: pero en este libro escrito para él aún no había comenzado a refutar a los maniqueos, ni había abordado esas tonterías, ni había revelado algo grande sobre la misma Iglesia Católica; porque esperaba, habiendo hecho este inicio, haber escrito a él mismo lo que aquí aún no había escrito. Este libro comienza así: Si para mí, Honorato, una y la misma cosa pareciera ser.

CAPÍTULO XV. Contra los Maniqueos, un libro sobre las Dos Almas.

1. Después de este libro, escribí aún siendo presbítero contra los Maniqueos sobre las Dos Almas, de las cuales dicen que una es parte de Dios y la otra de la gente de las tinieblas, que no fue creada por Dios y que es coeterna con Él; y deliran diciendo que ambas almas, una buena y otra mala, están en un solo hombre: a saber, esta mala, dicen que es propia de la carne, la cual también afirman que es de la gente de las tinieblas; mientras que la buena, es de la parte adventicia de Dios, que ha combatido con la gente de las tinieblas y ha mezclado a ambas: y atribuyen todos los bienes del hombre a esa alma buena; y todos los males a esa alma mala. En este libro, lo que dije, que no hay vida alguna, por más que sea, que no pertenezca al supremo manantial y principio de la vida en cuanto es vida, lo dije de tal manera que se entienda que pertenece al Creador como criatura, pero no que se considere que es parte de Él.

2. Además, lo que dije, a saber, que el pecado no está en ninguna parte sino en la voluntad, los pelagianos pueden interpretarlo a su favor, debido a los niños pequeños, a quienes niegan tener pecado que deba ser perdonado en el Bautismo, porque aún no usan el libre albedrío. Como si el pecado que decimos que ellos heredan originalmente de Adán, es decir, implicados en su culpa y por ello sujetos a castigo, pudiera estar en alguna parte excepto en la voluntad, con la cual se cometió cuando se transgredió el mandamiento divino. También podría considerarse falsa la sentencia que dijimos, que el pecado no está en ninguna parte sino en la voluntad, porque el Apóstol dijo: "Si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí". Este pecado, de hecho, no está en la voluntad, ya que dice: "Hago lo que no quiero". ¿Cómo, entonces, no está el pecado en ninguna parte sino en la voluntad? Pero este pecado del que habló el Apóstol se llama pecado porque fue causado por el pecado y es el castigo del pecado; ya que esto se dice de la concupiscencia de la carne, lo cual aclara en lo que sigue diciendo: "Sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien: porque el querer está presente en mí, pero no el realizar el bien" (Rom. VII, 16-18). La perfección del bien es que ni siquiera la concupiscencia del pecado esté en el hombre, a quien, cuando vive bien, la voluntad no consiente: sin embargo, no perfecciona el bien, porque aún está presente la concupiscencia a la que la voluntad se opone; cuya culpa se disuelve en el Bautismo, pero la debilidad permanece, a la que, hasta que sea sanada, todo fiel que progresa bien se resiste con gran diligencia. Pero el pecado que no está en ninguna parte sino en la voluntad, debe entenderse principalmente como aquel que ha sido seguido por una justa condena. Porque este entró en el mundo por un solo hombre: aunque también este pecado al que se consiente la concupiscencia del pecado, no se comete sino por la voluntad. Por esto, en otro lugar dije: "Por lo tanto, no se peca sino por la voluntad" (Cap. 9, n. 12).

3. Asimismo, en otro lugar definí la voluntad diciendo: La voluntad es un movimiento del alma, sin que nadie la obligue, hacia algo que no se quiere perder o que se desea alcanzar. Esto se dijo para que, mediante esta definición, se pudiera distinguir entre el que quiere y el que no quiere, y así se refiriera la intención a aquellos que fueron los primeros en el paraíso, origen del mal para el género humano, pecando sin que nadie los obligara, es decir, pecando con libre voluntad, ya que hicieron conscientemente lo contrario al mandamiento, y aquel tentador persuadió para que se hiciera, no obligó. Pues incluso quien peca sin saberlo, no incongruentemente puede decirse que no quiso pecar, aunque lo que hizo sin saberlo, lo hizo queriendo; así tampoco pudo ser su pecado sin voluntad. Esta voluntad, tal como ha sido definida, fue un movimiento del alma, sin que nadie la obligara, hacia algo que no se quiere perder o que se desea alcanzar. Porque si no hubiera querido, no lo habría hecho, no fue obligado a hacerlo. Por lo tanto, lo hizo porque quiso, aunque no porque quiso pecó, sin saber que lo que hizo era pecado: así tampoco pudo ser tal pecado sin voluntad, sino con voluntad del hecho, no con voluntad del pecado, lo cual, sin embargo, fue un hecho pecaminoso; pues

se hizo lo que no debía hacerse. Pero quien peca a sabiendas, si puede resistir sin pecado a quien lo obliga a pecar, y sin embargo no lo hace, ciertamente peca queriendo; porque quien puede resistir, no es obligado a ceder. Pero quien no puede resistir con buena voluntad a la concupiscencia que lo obliga, y por eso actúa contra los preceptos de la justicia, ya es un pecado tal que es también castigo del pecado. Por lo tanto, es muy cierto que el pecado no puede existir sin voluntad.

4. Asimismo, la definición de pecado que hemos mencionado, "El pecado es la voluntad de retener o conseguir lo que la justicia prohíbe, y de lo cual es libre abstenerse" (Cap. 11, n. 15), es verdadera porque se ha definido aquello que es únicamente pecado, no lo que también es pena del pecado. Pues cuando es tal que es a la vez pena del pecado, ¿qué valor tiene la voluntad bajo el dominio de la concupiscencia, a menos que, si es piadosa, ore por ayuda? En la medida en que es libre, es porque ha sido liberada, y en esa medida se llama voluntad. De lo contrario, toda es concupiscencia, que propiamente debe llamarse voluntad: la cual no es, como los maniqueos insensatamente piensan, un añadido de una naturaleza ajena, sino un vicio nuestro que no se sana sino por la gracia del Salvador. Y si alguien dice que incluso la misma concupiscencia no es otra cosa que la voluntad, pero viciosa y esclava del pecado, no se debe resistir, ni hacer controversia sobre las palabras cuando el asunto está claro. Pues así también se muestra que sin voluntad no hay pecado, ya sea en la obra o en el origen.

5. Nuevamente, en lo que dije, ya había comenzado a preguntar si ese género de almas malas, antes de mezclarse con el bien, había tenido alguna voluntad. Pues si no la tenía, era sin pecado e inocente, y por lo tanto de ningún modo malo (Cap. 16, n. 17). ¿Por qué, entonces, dicen ellos, llamáis pecado a los de los pequeños, cuya voluntad no consideráis culpable? Se responde que no se les considera culpables por la propiedad de la voluntad, sino por el origen. Pues, ¿qué es todo hombre terrenal en su origen, sino Adán? Ahora bien, Adán ciertamente tenía voluntad, y con esa voluntad, cuando pecó, el pecado entró en el mundo a través de él.

6. Asimismo, en cuanto a lo que dije, que la naturaleza del alma mala de ningún modo puede ser, si se pregunta cómo debemos entender lo que dice el Apóstol: Fuimos por naturaleza hijos de ira, como también los demás (Efesios II, 3); respondemos que quise que se entendiera por naturaleza en estas palabras más aquella que propiamente se llama naturaleza, en la cual fuimos creados sin defecto. Pues esta se llama naturaleza por razón del origen: el cual origen ciertamente tiene un defecto, que es contra la naturaleza. Y nuevamente, en cuanto a lo que se dijo, que es de suma iniquidad y locura que alguien sea considerado culpable de pecado porque no hizo lo que no pudo hacer, preguntan: ¿Por qué, entonces, los pequeños son considerados culpables? Se responde que son considerados culpables por el origen de aquel que no hizo lo que pudo hacer, es decir, guardar el mandato divino. Pero lo que dije, que aquellas almas, cualquier cosa que hagan, si lo hacen por naturaleza y no por voluntad, es decir, si carecen del movimiento libre del ánimo tanto para hacer como para no hacer, si finalmente no se les concede poder alguno para abstenerse de su obra, no podemos considerar su pecado (Cap. 12, n. 17): por eso no perturba la cuestión sobre los pequeños, porque son considerados culpables por el origen de aquel que pecó por voluntad, cuando no carecía del movimiento libre del ánimo tanto para hacer como para no hacer, y tenía el máximo poder para abstenerse de la obra mala. Lo que los maniqueos no dicen sobre la gente de las tinieblas, a la cual introducen de manera sumamente fabulosa, y sostienen que esa naturaleza siempre fue mala, nunca buena.

7. Sin embargo, se puede preguntar cómo dije: "Aunque existan almas, lo cual por ahora es incierto, dedicadas a oficios corporales, no por pecado, sino por naturaleza, y que, aunque

sean inferiores, nos tocan con cierta cercanía interior; no deben ser consideradas malas por eso, porque cuando las seguimos y amamos lo corpóreo, somos malos"; ya que dije esto sobre aquellas de las que había comenzado a hablar anteriormente diciendo: "Aunque incluso si se concede que somos atraídos a lo vil por otro tipo inferior de almas, no concluyen de ahí que ellas sean malas por naturaleza, ni que estas sean el sumo bien" (Cap. 13, n. 20). Pues llevé la discusión sobre estas hasta este punto, donde dije: "Aunque existan almas, lo cual por ahora es incierto, dedicadas a oficios corporales, no por pecado, sino por naturaleza", etc. Por lo tanto, se puede preguntar por qué dije "lo cual por ahora es incierto", cuando no debería haber dudado en absoluto de que no existen tales almas. Pero dije esto porque he encontrado quienes afirman que el diablo y sus ángeles son buenos en su género, y en la naturaleza en la que Dios los creó, en su propio orden, tal como son: pero que es malo para nosotros si somos atraídos y seducidos por ellos; si, sin embargo, los evitamos y vencemos, es decoroso y glorioso. Y quienes dicen esto, parecen pensar que para probarlo, aportan testimonios adecuados de las Escrituras; ya sea lo que está escrito en el libro de Job (XL, 14), cuando se describía al diablo: "Este es el principio de la creación del Señor que hizo para ser burlado por sus ángeles"; o aquello, "Este dragón que formaste para burlarte de él" (Salmo CIII, 26). Esta cuestión, que no debería ser abordada contra los maniqueos que no lo sienten así, sino contra otros que sí lo sienten, no quise tratarla y resolverla entonces, para no hacer el libro mucho más largo de lo que deseaba: ya que veía que incluso si se concediera esto, los maniqueos deberían y ya podrían ser convencidos, introduciendo con un error muy insano, la naturaleza del mal coeterna al bien eterno. Por eso dije "lo cual por ahora es incierto", no porque yo dudara de ello, sino porque entre mí y aquellos que encontré pensando así, esta cuestión aún no estaba resuelta; la cual, sin embargo, resolví con la mayor claridad posible en otros libros míos mucho más posteriores sobre el Génesis al pie de la letra, según las Sagradas Escrituras.

8. En otro lugar, por tanto, digo que pecamos al amar lo corporal, porque se nos manda amar lo espiritual y la justicia, y por naturaleza podemos hacerlo, y entonces somos los mejores y más bienaventurados en nuestro género (Cap. 13, n. 20). Aquí se puede preguntar por qué dije "por naturaleza" y no "por Gracia". Pero la cuestión se trataba contra los maniqueos sobre la naturaleza. Y ciertamente, la gracia actúa para que la naturaleza, una vez sanada, pueda hacer lo que viciada no puede, a través de aquel que vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Sin embargo, recordando esa gracia, oré por mis más íntimos amigos que aún estaban atrapados en ese error mortal, y dije: Dios grande, Dios omnipotente, Dios de suma bondad, a quien es lícito creer y entender como inviolable e incorruptible, Trinidad en Unidad, a quien la Iglesia católica venera, te suplico humildemente, habiendo experimentado tu misericordia en mí, que no permitas que los hombres con quienes desde mi infancia he tenido la más alta concordia en toda convivencia, disientan de mí en tu culto (Cap. 15, n. 24). Así, al orar, ya retenía por fe que no solo los convertidos a Dios son ayudados por su gracia para que progresen y se perfeccionen, donde aún se puede decir que esta gracia se da por el mérito de su conversión; sino también que el convertirse a Dios pertenece a la misma gracia de Dios: ya que oré por aquellos que estaban muy alejados de Él, y oré para que se convirtieran a Él. Este libro comienza así: Con la ayuda de la misericordia de Dios.

CAPÍTULO XVI. Actas contra Fortunato Maniqueo, un libro.

1. En el mismo tiempo de mi presbiterado, disputé contra un tal Fortunato, presbítero de los maniqueos, quien había vivido mucho tiempo en Hipona y había seducido a tantos, que por ellos le agradaba habitar allí. Esta disputa fue registrada por notarios mientras discutíamos, como si se estuvieran confeccionando Actas; pues tiene tanto el día como el cónsul. Nos

encargamos de compilarla en un libro para la memoria. La cuestión que se trata allí es de dónde proviene el mal: yo afirmando que el mal del hombre surgió del libre albedrío de la voluntad; mientras él intentaba persuadir que la naturaleza del mal era coeterna con Dios. Pero al día siguiente finalmente confesó que no encontraba nada que pudiera decir contra nosotros. Sin embargo, no se hizo católico, pero sí se marchó de Hipona.

2. En este libro, he dicho que el alma ha sido creada por Dios, al igual que todas las demás cosas que han sido creadas por Dios; y entre aquellas que el Dios omnipotente ha hecho, se ha dado un lugar principal al alma (Disput. 1, n. 13), lo he dicho de tal manera que quería que esto se entendiera en general sobre toda la criatura racional, aunque en las Sagradas Escrituras no se encuentre fácilmente que las almas sean llamadas de los ángeles, o no se pueda encontrar en absoluto, como ya hemos dicho antes. Asimismo, en otro lugar: Digo, repito, que no es pecado si no se peca por voluntad propia (Disput. 2, n. 21). Donde quise que se entendiera ese pecado que no es también castigo del pecado: pues sobre tal castigo he dicho en otro lugar de la misma disputa, lo que debía decirse (Disput. 1, n. 15). También dije: Para que después esa misma carne, que nos atormentó con penas mientras permanecíamos en pecados, se someta a nosotros en la resurrección, y no nos sacuda con ninguna adversidad, de modo que no dejemos de guardar la ley y los mandamientos divinos (Disput. 2, n. 22). Lo cual no debe entenderse de tal manera que en aquel reino de Dios, donde tendremos un cuerpo incorruptible e inmortal, debemos tomar la ley y los mandamientos de las Escrituras divinas: sino porque allí se guardará perfectamente la ley eterna, y aquellos dos mandamientos de amar a Dios y al prójimo, no los mantendremos en la lectura, sino en el mismo amor perfecto y eterno. Esta obra comienza así: Quinto día antes de las calendas de septiembre, siendo cónsules Arcadio Augusto por segunda vez y Rufino, hombres clarísimos.

CAPÍTULO XVII. Sobre la Fe y el Símbolo, libro uno.

Por el mismo tiempo, ante los obispos que me lo ordenaron, quienes celebraban un concilio plenario de toda África en Hipona sobre la Fe y el Símbolo, discutí como presbítero. Esta discusión, a petición insistente de algunos de ellos que nos apreciaban más familiarmente, la convertí en un libro; en el cual se trata de los mismos temas de tal manera que no se hace aquella conexión de palabras que se enseña de memoria a los catecúmenos. En este libro, cuando se trataba de la resurrección de la carne: Resucitará, según la fe cristiana, que no puede engañar. A quien esto le parece increíble, atiende a cómo es ahora la carne, pero no considera cómo será en el futuro: porque en aquel tiempo de transformación angélica, ya no será carne y sangre, sino solamente cuerpo (Cap. 10, n. 23); y las demás cosas que allí discutí sobre la transformación de los cuerpos terrenales en cuerpos celestiales, ya que el Apóstol dijo, cuando hablaba de ello, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. Pero quien lo entienda de tal manera que piense que el cuerpo terrenal, tal como lo tenemos ahora, se transformará en un cuerpo celestial en la resurrección, de modo que ni estos miembros ni la sustancia de la carne existirán; sin duda debe ser corregido, recordando el cuerpo del Señor, quien después de la resurrección apareció en los mismos miembros no solo para ser visto con los ojos, sino también para ser tocado con las manos, y afirmó con palabras que tenía carne, diciendo: Tocad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39). De donde se deduce que el Apóstol no negó que la sustancia de la carne existirá en el reino de Dios; sino que o llamó carne y sangre a los hombres que viven según la carne, o a la misma corrupción de la carne, que entonces ciertamente no existirá. Pues cuando dijo, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios; se entiende bien que, como explicando lo que dijo, añadió inmediatamente: Ni la corrupción heredará la incorrupción (I Cor. XV, 50). Sobre este asunto, difícil de persuadir a los incrédulos, quien lea el último libro

de La Ciudad de Dios encontrará que he discutido con la mayor diligencia posible. Este libro comienza así: Porque está escrito.

CAPÍTULO XVIII. Sobre el Génesis al pie de la letra, libro incompleto, uno.

Cuando escribí dos libros sobre el Génesis contra los maniqueos, ya que había tratado las palabras de la Escritura según su significado alegórico, no me atreví a exponer los grandes secretos de las cosas naturales literalmente, es decir, cómo podrían entenderse según la propiedad histórica lo que allí se dice. Quise intentar en esta obra tan laboriosa y difícil ver de qué era capaz; pero en la exposición de las Escrituras, mi inexperiencia sucumbió bajo tan gran carga. Y sin haber terminado un libro, descansé del esfuerzo que no podía soportar. Pero al revisar mis obras, este mismo, aunque estaba incompleto, llegó a mis manos; no lo había publicado y había decidido eliminarlo, ya que después escribí doce libros cuyo título es "Sobre el Génesis al pie de la letra". En los cuales, aunque muchas cosas parecen más buscadas que encontradas, sin embargo, este de ninguna manera es comparable a ellos. Sin embargo, después de revisarlo, quise que permaneciera como un índice, en mi opinión, no inútil de mis rudimentos en el análisis y escrutinio de las divinas escrituras, y quise que su título fuera "Sobre el Génesis al pie de la letra, incompleto". Lo encontré dictado hasta estas palabras: "El Padre es solo Padre, y el Hijo no es otra cosa que Hijo; porque incluso cuando se dice semejanza del Padre, aunque muestra que no hay disimilitud, sin embargo, no es solo el Padre si tiene semejanza" (Cap. 16, n. 60). Después de esto, repetí las palabras de la Escritura para ser consideradas y tratadas nuevamente: "Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. I, 26). Hasta aquí había dejado el libro dictado e incompleto. Lo que sigue allí, pensé en añadirlo cuando lo revisé; pero incluso con esto añadido, lo dejé incompleto. Pues si lo hubiera completado, al menos habría discutido sobre todas las obras y palabras de Dios que pertenecen al sexto día. En este libro, señalar lo que me desagradaba o defender lo que a otros puede desagradar por no ser bien entendido, me pareció superfluo. Más bien, brevemente aconsejo que se lean esos doce libros, que escribí mucho después como obispo, y que se juzgue este a partir de ellos. Aquí, por tanto, comienza así: "Sobre las oscuridades de las cosas naturales, que sentimos hechas por el Dios omnipotente como artífice, debe tratarse no afirmando, sino buscando".

CAPÍTULO XIX. Sobre el Sermón del Señor en el monte, dos libros.

1. Por el mismo tiempo escribí dos volúmenes sobre el Sermón del Señor en el monte, según Mateo. En el primero de ellos, debido a lo que está escrito: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5, 9); la Sabiduría, digo, conviene a los pacificadores, en quienes ya todo está ordenado, y ningún movimiento rebelde va contra la razón, sino que todo obedece al espíritu del hombre, cuando él mismo obedece a Dios (Libro 1, capítulo 4, número 11). Esto con razón suscita la cuestión de cómo lo he dicho. Pues a nadie le puede suceder en esta vida que la ley que lucha contra la ley de la mente no esté en absoluto en los miembros. Ya que incluso si el espíritu del hombre le resistiera de tal manera que no cayera en ningún consentimiento de ella, no por eso dejaría de oponerse. Por lo tanto, lo que se ha dicho, que no hay ningún movimiento rebelde contra la razón, puede entenderse correctamente en aquellos que ahora actúan como pacificadores, dominando las concupiscencias de la carne, para que algún día se llegue a esta paz plenísima.

2. Por lo tanto, cuando en otro lugar, al repetir la misma sentencia evangélica, dije: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. V, 9); añadí diciendo: Y esto ciertamente puede cumplirse en esta vida, como creemos que se

cumplió en los Apóstoles (Lib. 1, c. 4, n. 12): debe entenderse así, no como si pensáramos que en los Apóstoles, mientras vivían aquí, ningún movimiento de la carne se oponía al espíritu; sino que estas cosas pueden cumplirse aquí en la medida en que creemos que se cumplieron en los Apóstoles, es decir, en la medida de la perfección humana que puede existir en esta vida. No se dijo, Estas cosas pueden cumplirse en esta vida, porque creemos que se cumplieron en los Apóstoles; sino que se dijo, como creemos que se cumplieron en los Apóstoles, para que se cumplan de la misma manera que se cumplieron en ellos, es decir, con una cierta perfección de la cual esta vida es capaz, no como deben cumplirse aquellas cosas que esperamos en la paz plenísima, cuando se dirá: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 55.)

3. En otro lugar (Lib. 1, c. 6, n. 17) el testimonio que intercalé, No en efecto da Dios el espíritu con medida (Juan III, 34), aún no había entendido que se refería propiamente y más verdaderamente a Cristo. Pues si a otros hombres no se les diera el espíritu con medida, Eliseo no habría pedido el doble de lo que fue en Elías. Asimismo, lo que está escrito, Ni una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se cumpla (Mat. V, 18), cuando lo expuse, no dije que pudiera entenderse de otra manera, sino como una expresión vehemente de perfección (Lib. 1, c. 8, n. 20). Donde con razón se pregunta si esta perfección puede entenderse de tal manera que, sin embargo, sea verdad que nadie que use el libre albedrío viva aquí sin pecado. Pues, ¿quién puede cumplir la ley hasta el último ápice, sino aquel que realiza todos los mandamientos divinos? Pero en esos mismos mandamientos también se nos ordena decir, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12): oración que toda la Iglesia dice hasta el fin del mundo. Por lo tanto, todos los mandamientos se consideran cumplidos cuando se perdona todo lo que no se hace.

4. Ciertamente, lo que dice el Señor, "Cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe," y así sucesivamente, hasta el lugar donde dice, "Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 5, 18-20); lo he expuesto mucho mejor y más adecuadamente en otros sermones posteriores míos, lo cual aquí sería largo de repetir. Sin embargo, este sentido se lleva allí (Libro 1, c. 9, n. 21), para que su justicia sea mayor que la de los escribas y fariseos, quienes dicen y hacen. Pues de los escribas y fariseos el mismo Señor dice en otro lugar: "Porque dicen, y no hacen" (Mateo 23, 3). También entendimos mejor después lo que está escrito: "Quien se enoja con su hermano" (Mateo 5, 22). Los códices griegos no tienen "sin causa", como aquí está puesto; aunque el sentido es el mismo. Pues dijimos que debe observarse qué significa enojarse con su hermano; porque no se enoja con el hermano quien se enoja con el pecado del hermano. Quien, por tanto, se enoja con el hermano y no con el pecado, se enoja sin causa.

5. Asimismo, lo que dije, esto debe entenderse también respecto al padre, a la madre y a los demás lazos de sangre, de manera que odiamos en ellos lo que el género humano ha heredado al nacer y al morir (Lib. 1, c. 15, n. 41), suena como si estas relaciones no existieran si, sin ningún pecado precedente de la naturaleza humana, nadie muriera; un sentido que ya he desaprobado anteriormente. Pues ciertamente existirían parentescos y afinidades, incluso si, sin la existencia de ningún pecado original, el género humano creciera y se multiplicara sin muerte. Por lo tanto, la cuestión debe resolverse de otra manera, sobre por qué el Señor mandó amar a los enemigos (Mat. V, 44), mientras que en otro lugar manda odiar a los padres y a los hijos (Luc. XIV, 26), no como se resolvió aquí, sino como la hemos resuelto posteriormente en varias ocasiones: es decir, que amemos a los enemigos para ganarlos para el reino de Dios, y odiamos en los parientes si nos impiden el reino de Dios.

6. También sobre el precepto que prohíbe despedir a la esposa, salvo por causa de fornicación, he discutido aquí con sumo escrúpulo (Lib. 1, c. 91). Pero qué tipo de fornicación quiere el Señor que se entienda, por la cual se permite despedir a la esposa; si se refiere a aquella que es condenada por adulterio, o a aquella de la que se dice, "Perdiste a todo el que fornicar lejos de ti" (Salmo LXII, 27), en la cual ciertamente también está incluida esta (pues no deja de fornicar contra el Señor quien, quitando los miembros de Cristo, los hace miembros de una prostituta); es algo que debe ser considerado y examinado repetidamente. No deseo que el lector piense, en un asunto tan grande y difícil de discernir, que esta nuestra discusión le debe bastar: sino que lea también otros escritos, ya sean nuestros que fueron escritos después, o de otros que han sido mejor considerados y tratados; o que él mismo, si puede, examine con una mente más vigilante e inteligente aquellas cosas que aquí pueden justamente suscitar dudas. No porque todo pecado sea fornicación; pues Dios no destruye a todo pecador, ya que diariamente escucha a sus santos diciendo, "Perdona nuestras deudas" (Mateo VI, 12): mientras que destruye a todo el que fornicar lejos de Él. Pero hasta qué punto debe entenderse y delimitarse esta fornicación, y si también por esta razón se permite despedir a la esposa, es una cuestión sumamente compleja. Sin embargo, no hay duda de que se permite por aquella que se comete en adulterio. Y donde dije que esto está permitido, no ordenado, no presté atención a otra Escritura que dice: "El que retiene a una adúltera, es necio e impío" (Proverbios XVIII, 22). Y ciertamente no diría que aquella mujer debía ser considerada adúltera, incluso después de haber escuchado del Señor, "Ni yo te condeno; vete, y no peques más" (Juan VIII, 11), si escuchó esto obedientemente.

7. En otro lugar, el pecado del hermano que lleva a la muerte, del cual habla el apóstol Juan, "No digo que se ruegue por él" (1 Juan 5, 16), lo he definido de tal manera que dije: Creo que el pecado del hermano que lleva a la muerte es cuando, después de haber conocido a Dios por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, alguien ataca a la fraternidad y, contra la misma gracia por la cual fue reconciliado con Dios, es agitado por las llamas de la envidia (Lib. 1, c. 22, n. 73). Esto, sin embargo, no lo he confirmado, ya que dije que lo creo así; pero, sin embargo, debía añadirse que si en esta tan perversa maldad de mente termina esta vida; ya que de cualquiera que esté en esta vida, por muy malvado que sea, no se debe desesperar, ni se ora imprudentemente por aquel de quien no se desespera.

8. En el segundo libro: Digo que a nadie le será lícito ignorar el reino de Dios, ya que su Unigénito no solo vino inteligiblemente, sino también visiblemente en el hombre del Señor desde el cielo, para juzgar a vivos y muertos (Lib. 2, c. 6, n. 20). Pero no veo si es correcto decir hombre del Señor al que es mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, siendo Él ciertamente el Señor: ¿quién en su santa familia no puede ser llamado hombre del Señor? Y esto, de hecho, lo leí en algunos tratadistas católicos de las palabras divinas. Pero dondequiera que lo dije, desearía no haberlo dicho. Después vi que no debía decirse, aunque pueda defenderse con alguna razón. También lo que dije, Casi ninguna conciencia puede odiar a Dios (Lib. 2, c. 14, n. 48), no veo que debiera haberse dicho. Pues hay muchos de los que está escrito: La soberbia de los que te odian (Salmo LXXIII, 23).

9. En otro lugar, en lo que dije, que el Señor dijo: «Basta a cada día su propio mal» (Mat. VI, 34), porque la misma necesidad nos urge a tomar alimentos, la cual creo que se llama malicia porque es una pena para nosotros; pues pertenece a esta fragilidad que merecimos al pecar (Lib. 2, c. 17, n. 56), no consideré que también a los primeros hombres se les dieron alimentos corporales en el paraíso, antes de que merecieran esta pena de muerte al pecar. Pues eran inmortales en un cuerpo aún no espiritual, sino animal, de modo que en esa

inmortalidad usaban de alimentos corporales. Asimismo, lo que dije (Id., c. 19, n. 66), que Dios eligió para sí «una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga» (Efes. V, 27), no lo dije porque ahora ya sea así en todos sus aspectos; aunque no se duda que fue elegida para ser así cuando Cristo aparezca, pues entonces también ella aparecerá con Él en gloria; por esta gloria se dice que la Iglesia es gloriosa. Asimismo, cuando el Señor dice: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá», consideré necesario explicar detalladamente en qué se diferencian estas tres cosas entre sí (Lib. 2, c. 21); pero es mucho mejor referir todo a la petición más insistente. Esto lo muestra cuando concluye todo con la misma palabra, diciendo: «Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden» (Mat. VII, 7, 11); pues no dijo, a los que piden, buscan y llaman. Esta obra comienza así: «El discurso que el Señor pronunció».

CAPÍTULO XX. Salmo contra la parte de Donato.

Deseando también que la causa de los Donatistas llegara al conocimiento del pueblo más humilde y completamente ignorante e iletrado, y que, en la medida de lo posible, se fijara en su memoria a través de nosotros, hice un Salmo que se les cantara, en letras latinas: pero solo hasta la letra V. A estos se les llama abecedarios. Sin embargo, omití las tres últimas letras; pero en su lugar añadí un epílogo final, como si la Iglesia, cual madre, les hablara. El hypopsalma que se respondería, y el prólogo de la causa, que igualmente se cantaría, no están en el orden de las letras: pues el orden de estas comienza después del prólogo. Además, no quise hacerlo en ningún tipo de métrica poética, para que la necesidad métrica no me obligara a usar palabras que son menos comunes para el pueblo. Este Salmo comienza así: Todos los que os alegráis por la paz, juzgad ahora con verdad; lo cual es su hypopsalma.

CAPÍTULO XXI. Contra la Epístola de Donato el hereje, un libro.---[No existe.]

1. También escribí un libro contra la Epístola de Donato, quien fue el segundo obispo de la parte de Donato después de Majorino en Cartago, durante el mismo tiempo de mi presbiterado; en la cual epístola él sostiene que no se debe creer que el bautismo de Cristo existe sino en su comunión: a lo cual nosotros nos oponemos en este libro. Dije en cierto lugar sobre el apóstol Pedro, que la Iglesia está fundada sobre él como sobre una roca; este sentido también se canta en boca de muchos en los versos del beatísimo Ambrosio, donde sobre el gallo dice: Esta misma roca de la Iglesia, al cantar, lava la culpa. Pero sé que después he expuesto muchas veces lo que el Señor dijo, Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia; de manera que se entienda sobre aquel a quien Pedro confesó diciendo, Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mateo XVI, 18, 16): y así Pedro, llamado por esta roca, figuraría la persona de la Iglesia, que se edifica sobre esta roca, y recibió las llaves del reino de los cielos. Pues no se le dijo a él, Tú eres roca; sino, Tú eres Pedro. La roca, sin embargo, era Cristo; a quien confesó Simón, así como lo confiesa toda la Iglesia, fue llamado Pedro. De estas dos sentencias, el lector elija cuál es más probable.

2. En otro lugar dije: Dios no busca la muerte de nadie; lo cual debe entenderse así, porque el hombre se procuró la muerte al abandonar a Dios, y la adquiere quien no recurre a Dios, según está escrito: Dios no hizo la muerte (Sab. I, 13). Pero también es igualmente cierto: La vida y la muerte son del Señor Dios (Ecli. XI, 14): la vida, ciertamente, del que da, la muerte, del que castiga.

3. Asimismo, lo que dije que Donato, cuya carta estaba refutando, había pedido al Emperador que designara obispos transmarinos como jueces entre él y Ceciliano; se encuentra más

probable que no fue él, sino otro Donato, aunque del mismo cisma, quien hizo esto. Sin embargo, aquel no era el obispo donatista de Cartago, sino de Casis-nigris, quien fue el primero en cometer el nefando cisma en Cartago. Ciertamente, Donato de Cartago no instituyó que los cristianos fueran rebautizados; lo cual yo había creído que él había instituido cuando respondía a su carta. Tampoco él eliminó del libro del Eclesiástico las palabras necesarias para el asunto de la sentencia media, donde está escrito: "Quien se bautiza de un muerto, y nuevamente lo toca, ¿de qué le sirve su lavado?" (Id. XXXIV, 30); él lo puso como si estuviera escrito: "Quien se bautiza de un muerto, ¿de qué le sirve su lavado?" Sin embargo, nosotros, incluso antes de que existiera la parte de Donato, teníamos muchos códices, aunque africanos, que no tenían en medio "y nuevamente lo toca", lo aprendimos después. Si lo hubiera sabido entonces, no habría dicho tantas cosas contra él como si fuera un ladrón del divino elocuente, o un violador. Este libro comienza así: "Te había escuchado a ti mismo presente."

CAPÍTULO XXII. Contra Adimanto, discípulo de Maniqueo, un libro.

1. En el mismo tiempo llegaron a mis manos ciertas disputas de Adimanto, quien había sido discípulo de Maniqueo, las cuales escribió contra la Ley y los Profetas, intentando demostrar que eran contrarias a los escritos evangélicos y apostólicos. A este, por tanto, le respondí, colocando sus palabras y dando mi respuesta a las mismas. Esta obra la concluí en un solo volumen, y en ella respondí a ciertas cuestiones no una, sino dos veces, ya que lo que primero había respondido se perdió, y fue encontrado cuando ya había respondido de nuevo. Algunas de estas mismas cuestiones las resolví en sermones eclesiásticos populares: aún hay algunas a las que no he respondido; algunas quedaron pendientes, ya que fueron omitidas por asuntos más urgentes, sumándose también el cúmulo del olvido.

2. Por tanto, dije esto: Porque aquel pueblo que recibió el Antiguo Testamento estaba sujeto a ciertas sombras y figuras de las cosas antes de la venida del Señor, según una distribución de los tiempos admirable y muy ordenada; sin embargo, en él hay tanta predicación y anuncio del Nuevo Testamento, que no se encuentran en la doctrina evangélica y apostólica, aunque sean preceptos y promesas arduas y divinas, que falten también en esos Libros antiguos (Cap. 3, n. 4). Pero debía añadirse, Casi, y decir, Que casi no se encuentran en la doctrina evangélica y apostólica, aunque sean preceptos y promesas arduas y divinas, que falten también en esos Libros antiguos. Pues, ¿qué es lo que el Señor dice en el sermón evangélico en el monte, Habéis oído que fue dicho a los antiguos esto; pero yo os digo (Mat. V, 21); si Él no mandó nada más de lo que fue mandado en esos Libros antiguos? Además, no leemos que al pueblo le fue prometido el reino de los cielos en lo que fue prometido en la Ley dada por Moisés en el monte Sinaí (Éxodo XIX, 3-6), lo que propiamente se llama el Antiguo Testamento; que el Apóstol dice que fue prefigurado por la sierva de Sara y su hijo: pero también allí fue figurado el Nuevo por la misma Sara y su hijo (Gálatas IV, 22-31). Por lo tanto, si se examinan las figuras, se encuentran profetizadas allí todas las cosas que han sido presentadas, o se espera que sean presentadas por Cristo. No obstante, debido a ciertos preceptos no figurados, sino propios, que no se encuentran en el Antiguo Testamento, sino en el Nuevo, sería más cauteloso y moderado decir, Casi ninguna, que ninguna aquí que no esté también allí; aunque allí estén esos dos preceptos sobre el amor a Dios y al prójimo, a los cuales se refieren muy correctamente todas las cosas legales, proféticas, evangélicas y apostólicas.

3. Asimismo, lo que dije, que el nombre de hijos se toma de tres maneras en las Sagradas Escrituras (Cap. 5, n. 1), fue dicho con menos consideración. Y ciertamente hemos omitido

otros modos; como se dice hijo del infierno (Mat. XXIII, 15), o hijo adoptivo (Rom. VIII, 14, 15): que ciertamente no se dicen ni según la naturaleza, ni según la doctrina, ni según la imitación. De estos tres modos dimos ejemplos como si fueran los únicos; según la naturaleza, como los judíos hijos de Abraham (Juan VIII, 37); según la doctrina, como el Apóstol llama hijos suyos a aquellos que el Evangelio enseñó (I Cor. IV, 14); según la imitación, como nosotros somos hijos de Abraham, cuya fe imitamos (Gál. IV, 28). Pero lo que dije (Cap. 12, n. 5), Cuando haya revestido la incorruptibilidad y la inmortalidad, ya no será carne y sangre (I Cor. XV, 54); se dijo según la corrupción carnal que la carne no será, no según la sustancia, según la cual el cuerpo del Señor incluso después de la resurrección fue llamado carne (Luc. XXIV, 39).

4. En otro lugar (Cap. 26), digo: A menos que cada uno cambie su voluntad, no puede hacer el bien, lo cual se enseña que está en nuestro poder en otro lugar, donde dice: «O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo» (Mat. XII, 33). Esto no va en contra de la gracia de Dios que predicamos. En efecto, está en el poder del hombre cambiar su voluntad para mejor; pero ese poder no existe a menos que sea dado por Dios, de quien se ha dicho: Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Pues cuando algo está en nuestro poder, lo hacemos cuando queremos, nada está tan en nuestro poder como la misma voluntad; pero la voluntad es preparada por el Señor. De este modo, Él da el poder. Así debe entenderse también lo que dije después, que está en nuestro poder merecer ser injertados por la bondad de Dios, o ser cortados por su severidad; porque en nuestro poder no está más que lo que sigue a nuestra voluntad: la cual, cuando es fuerte y poderosa, es preparada por el Señor, y la obra de piedad se realiza fácilmente, incluso aquello que fue difícil e imposible. Este libro comienza así: Sobre lo que está escrito, «En el principio creó Dios el cielo y la tierra.»

CAPÍTULO XXIII. Exposición de algunas proposiciones de la Epístola del Apóstol a los Romanos.

1. Cuando aún era presbítero, sucedió que en Cartago, entre nosotros que estábamos juntos, se leyó la Epístola del Apóstol a los Romanos, y los hermanos me hicieron algunas preguntas: a las cuales, como pude, respondí, y quisieron que se escribiera lo que decía, en lugar de dejarlo sin registro escrito. Al obedecerles, se añadió un libro a mis obras anteriores. En ese libro, dije: "Lo que dice, 'Sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal', muestra claramente que la Ley no puede ser cumplida sino por los espirituales, tales como los hace la gracia de Dios". Esto, ciertamente, no quise que se entendiera desde la persona del Apóstol, quien ya era espiritual, sino del hombre puesto bajo la Ley, aún no bajo la gracia. Así entendía estas palabras al principio; pero después de leer a algunos tratadistas de las Escrituras divinas, cuya autoridad me movió, lo consideré con más cuidado y vi que también se podía entender sobre el mismo Apóstol lo que dice: "Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal", lo cual he mostrado con la mayor diligencia posible en los libros que escribí recientemente contra los Pelagianos. En este libro, por tanto, lo que se dijo, "Pero yo soy carnal", y luego lo demás hasta el lugar donde dice: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 14-25): dije que se describe a un hombre aún bajo la Ley, no constituido bajo la gracia, queriendo hacer el bien, pero vencido por la concupiscencia de la carne, haciendo el mal (Prop. 41-46). Del dominio de esta concupiscencia no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, por el don del Espíritu Santo, por el cual la caridad difundida en nuestros corazones vence las concupiscencias de la carne, para que no consintamos en ellas para hacer el mal, sino que más bien hagamos el bien. De donde ya se derrumba la herejía pelagiana, que quiere

que la caridad con la que vivimos bien y piadosamente no sea de Dios para nosotros, sino de nosotros mismos. Pero en aquellos libros que publicamos contra ellos, también mostramos que estas palabras pueden entenderse mejor en el hombre espiritual ya constituido bajo la gracia, debido al cuerpo de carne, que aún no es espiritual, pero lo será en la resurrección de los muertos; y debido a la misma concupiscencia de la carne, con la cual los santos luchan, no consintiendo en el mal, aunque no carecen de sus movimientos, a los cuales resisten en esta vida: pero no los tendrán en aquella, donde la muerte será absorbida en victoria. Por esta concupiscencia y sus movimientos, a los cuales se resiste de tal manera que, sin embargo, están en nosotros, cualquier santo ya puesto bajo la gracia puede decir todas estas cosas, que aquí dije que son palabras de un hombre aún no puesto bajo la gracia, sino bajo la Ley. Mostrar esto aquí sería largo, y se ha dicho donde lo he mostrado (Cap. 6).

2. Asimismo, al discutir qué eligió Dios en el que aún no había nacido, a quien dijo que el mayor serviría; y qué en el mismo mayor, igualmente aún no nacido, reprobó, de quienes por esto se recuerda, aunque mucho después se pronunció el testimonio profético, "A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí" (Rom. IX, 13): llevé el razonamiento a decir: "Por tanto, Dios no eligió las obras de nadie en la presciencia, que Él mismo habría de dar; sino que eligió la fe en la presciencia, para que a quien previó que creería en Él, a ese eligió para darle el Espíritu Santo, para que obrando bien también alcanzara la vida eterna" (Prop. 60). Aún no había investigado con más diligencia, ni había encontrado todavía cuál es la elección de la gracia; de la cual el mismo Apóstol dice, "El resto fue salvo por la elección de la gracia" (Rom. XI, 5): que ciertamente no es gracia si la preceden méritos, para que lo que se da no se retribuya según la gracia, sino que se devuelva más bien como deuda a los méritos que se done. Por lo tanto, lo que dije a continuación, "Porque el mismo apóstol dice, 'el mismo Dios que obra todo en todos'" (I Cor. XII, 6); pero en ninguna parte se ha dicho, Dios cree todo en todos: y luego añadí, "Lo que creemos, es nuestro; pero lo que obramos bien, es de aquel que da el Espíritu Santo a los creyentes" (Prop. 61); ciertamente no lo diría, si ya supiera que incluso la misma fe se encuentra entre los dones de Dios; que se dan en el mismo Espíritu. Por lo tanto, ambos son nuestros por el libre albedrío de la voluntad, y ambos, sin embargo, son dados por el Espíritu de fe y caridad. Pues no solo la caridad, sino como está escrito, "Caridad con fe de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo" (Ephes. VI, 23).

3. Y lo que dije poco después, Porque es nuestro creer y querer, pero es de Él dar a los creyentes y a los que quieren la facultad de obrar bien por el Espíritu Santo, por quien la caridad se difunde en nuestros corazones (Prop. 61), es ciertamente verdadero, pero bajo la misma regla, ambos son de Él, porque Él prepara la voluntad; y ambos son nuestros, porque no se realiza sino con nuestro querer. Y por lo tanto, lo que también dije después, Porque no podemos querer a menos que seamos llamados; y cuando después de la llamada queremos, nuestra voluntad y carrera no son suficientes, a menos que Dios también proporcione fuerzas a los que corren, y los lleve a donde llama; y luego añadí, Es manifiesto, por lo tanto, que no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16), que obramos bien: es completamente verísimo. Pero hablé poco sobre la misma vocación, que se hace según el propósito de Dios: pues no es tal en todos los que son llamados, sino solo en los elegidos. Así que lo que dije poco después, Porque así como en aquellos que Dios elige, no las obras sino la fe inicia el mérito, para que por el don de Dios obren bien; así en aquellos que condena, la infidelidad y la impiedad inician el mérito del castigo, para que por el mismo castigo también obren mal; lo dije muy verdaderamente: pero el mérito de la fe también es un don de Dios, y no consideré necesario buscarlo, ni lo dije.

4. Y en otro lugar: Porque a quien tiene misericordia, digo, le hace obrar bien; y a quien endurece (Ibid., 18), le deja para que obre mal. Pero esa misericordia se atribuye al mérito previo de la fe; y ese endurecimiento a la impiedad previa (Prop. 62). Lo cual es cierto; pero aún quedaba por investigar si también el mérito de la fe proviene de la misericordia de Dios, es decir, si esta misericordia se realiza en el hombre solo porque es fiel, o si también se hizo para que fuera fiel. Pues leemos, según dice el Apóstol, Alcancé misericordia para ser fiel (I Cor. VII, 25): no dice, Porque era fiel. Por lo tanto, se da al fiel, pero también se le dio para que fuera fiel. Muy acertadamente, por tanto, en otro lugar del mismo libro dije, Porque si no por las obras, sino por la misericordia de Dios somos llamados a creer, y a los creyentes se les concede obrar bien, no es envidiable esta misericordia para los gentiles (Prop. 64): aunque allí traté con menos diligencia sobre esa vocación que se realiza por el propósito de Dios. Este libro comienza así: Estos son los sentidos en la Epístola de Pablo a los Romanos.

CAPÍTULO XXIV. Exposición de la Epístola a los Gálatas, un libro.

1. Después de este libro, expuse la Epístola del mismo apóstol a los Gálatas, no de manera fragmentaria, es decir, omitiendo algunas partes, sino de manera continua y completa. Esta exposición la comprendí en un solo volumen. En el cual se dice: Por tanto, los primeros apóstoles son veraces, quienes no fueron enviados por hombres, sino por Dios a través de un hombre, es decir, por Jesucristo aún mortal. También es veraz el último apóstol, quien fue enviado por Jesucristo, ya completamente Dios después de su resurrección, lo cual se dice debido a la inmortalidad, ya completamente Dios, que comenzó a tener después de la resurrección; no por la divinidad siempre inmortal, de la cual nunca se apartó, en la cual era completamente Dios, incluso cuando aún iba a morir. Este sentido lo manifiestan las siguientes palabras; añadí diciendo: Los primeros son los demás apóstoles por Jesucristo aún en parte hombre, es decir, mortal: el último es el apóstol Pablo por Jesucristo ya completamente Dios, es decir, en toda parte inmortal (Num. 2). Esto lo dije, exponiendo lo que dice el Apóstol, No por hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre: como si ya Jesucristo no fuera hombre. Pues sigue, Quien lo resucitó de entre los muertos (Gál. I, 1): para que de aquí se vea por qué dijo, Ni por hombre. Por tanto, debido a la inmortalidad ya no es hombre Cristo Dios: pero por la sustancia de la naturaleza humana, en la cual ascendió al cielo, también ahora es mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), ya que así vendrá como lo vieron quienes lo vieron ir al cielo (Hech. I, 11).

2. También lo que dije, la Gracia de Dios es por la cual se nos perdonan los pecados, para que seamos reconciliados con Dios: la paz con la que somos reconciliados con Dios (Núm. 3), debe entenderse de tal manera que sepamos que ambas cosas pertenecen a la gracia general de Dios: como en el pueblo de Dios, Israel es una cosa especial, y Judá otra; y sin embargo, ambos son generalmente Israel. También cuando expuse, ¿Qué pues? ¿La Ley fue propuesta por causa de las transgresiones? (Gál. III, 19), pensé que debía distinguirse de tal manera que la pregunta fuera, ¿Qué pues? y luego la respuesta, La Ley fue propuesta por causa de las transgresiones (Núm. 24). Lo cual no se aleja de la verdad; pero me parece mejor esta distinción, que la pregunta sea, ¿Qué pues la ley? y se introduzca la respuesta, Fue propuesta por causa de las transgresiones. Lo que dije: Muy ordenadamente añadí, «Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley»: para que entendamos que están bajo la Ley aquellos cuyo espíritu desea contra la carne, de modo que no hacen lo que quieren; es decir, no se mantienen invictos en la caridad de la justicia, sino que son vencidos por la carne que desea contra ellos (Núm. 47); esto es del sentido en el que entendía lo que se dijo, La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: porque estas cosas se oponen entre sí;

para que no hagáis lo que queréis (Gál. V, 17, 18), se refiere a aquellos que están bajo la Ley, aún no bajo la gracia. Pues aún no había entendido que estas palabras también se aplican a aquellos que están bajo la gracia, no bajo la Ley, porque incluso ellos no querían tener deseos de la carne, contra los cuales desean en espíritu, aunque no consientan en ellos, si pudieran no tenerlos. Y por eso no hacen todo lo que quieren, porque desean carecer de ellos, y no pueden. Pues no los tendrán cuando tampoco tengan carne corruptible. Este libro comienza así: La causa por la cual escribe el Apóstol.

CAPÍTULO XXV. Exposición comenzada de la Epístola a los Romanos, un libro.

También había emprendido la exposición de las Epístolas a los Romanos, al igual que a los Gálatas. Pero si esta obra se completara, habría de ser en varios libros; de los cuales, uno lo concluí únicamente en la discusión de la misma salutación, desde el principio hasta donde dice: Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Sucedió que nos detuvimos al intentar resolver la cuestión más difícil que surgió en nuestro discurso sobre el pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero. Pero luego dejé de añadir otros volúmenes exponiendo toda la Epístola, desalentado por la magnitud y el esfuerzo de la obra, y me dirigí a otras más fáciles. Así fue que dejé solo el libro que había hecho primero, al cual quise titular: Exposición Iniciada de la Epístola a los Romanos. Donde dije que la gracia está en la remisión de los pecados, y la paz en la reconciliación con Dios, dondequiera que lo dije, no debe entenderse como si la paz misma y la reconciliación no pertenecieran a la gracia general, sino que especialmente con el nombre de gracia se significara la remisión de los pecados. Así como decimos la Ley de manera especial, según lo dicho, Ley y Profetas (Mateo XXII, 40); y de manera general, para incluir también a los Profetas. Este libro comienza así: En la Epístola que el apóstol Pablo escribió a los Romanos.

CAPÍTULO XXVI. Sobre Diversas Cuestiones en ochenta y tres, un libro.

Entre las obras que hemos escrito, hay una obra extensa que, sin embargo, se considera un solo libro cuyo título es: "De Diversis Quaestionibus octoginta tribus". Cuando estas cuestiones fueron dispersadas en muchas hojas, ya que desde el primer momento de mi conversión, después de llegar a África, las dicté sin ningún orden, según me preguntaban los hermanos cuando me veían desocupado; ordené, ya siendo obispo, que se reunieran y se hiciera un libro de ellas, añadiendo números para que cualquiera que desee leerlas pueda encontrarlas fácilmente. La primera de estas cuestiones es si el alma es por sí misma. La segunda, sobre el libre albedrío. La tercera, si el hombre es peor por obra de Dios. La cuarta, cuál es la causa de que el hombre sea peor. La quinta, si un animal irracional puede ser feliz. La sexta, sobre el mal. La séptima, qué se dice propiamente del alma en un ser animado. La octava, si el alma se mueve por sí misma. La novena, si la verdad puede ser percibida por los sentidos corporales. En la cual dije que todo lo que el sentido corporal toca, lo que también se llama sensible, se cambia sin interrupción de tiempo, lo cual sin duda no es cierto en los cuerpos de la resurrección incorruptibles; pero ahora ninguno de nuestros sentidos corporales los toca, a menos que algo así sea revelado divinamente. La décima, si el cuerpo es de Dios. La undécima, por qué Cristo nació de una mujer. La duodécima, en el lugar donde está el título, Sentencia de un sabio; no es mía: pero como se dio a conocer a algunos hermanos a través de mí, quienes entonces recopilaban estas cosas con gran diligencia, y les agradó, quisieron escribirla entre las nuestras. Es de un tal Fonteio Cartaginés, sobre la purificación de la mente para ver a Dios, que aunque lo escribió como pagano, murió bautizado como cristiano. La decimotercera es, por qué documento se demuestra que los hombres son

superiores a las bestias. La decimocuarta, que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo no fue un fantasma. La decimoquinta, sobre el intelecto. La decimosexta, sobre el Hijo de Dios. La decimoséptima, sobre la ciencia de Dios. La decimoctava, sobre la Trinidad. La decimonovena, sobre Dios y la criatura. La vigésima, sobre el lugar de Dios. La vigésima primera, si Dios no es autor del mal. Donde debe considerarse, para que no se entienda mal lo que dije, que no es autor del mal, porque es autor de todo lo que es; porque en cuanto son, en tanto son buenos: y para que no se piense que la pena de los malos, que ciertamente es un mal para los que son castigados, no es de Él. Pero esto lo dije como se dice, Dios no hizo la muerte (Sab. I, 13); aunque en otro lugar está escrito: La muerte y la vida son del Señor Dios (Ecli. XI, 14). Por lo tanto, la pena de los malos, que es de Dios, es un mal para los malos; pero está en las buenas obras de Dios, porque es justo que los malos sean castigados, y ciertamente es bueno todo lo que es justo. La vigésima segunda, que Dios no sufre necesidad. La vigésima tercera, sobre el Padre y el Hijo. Donde dije que Él mismo engendró la sabiduría, por la cual se dice sabio: pero tratamos mejor esta cuestión en el libro sobre la Trinidad. La vigésima cuarta, si tanto el pecado como la acción recta están en el libre albedrío de la voluntad. Lo cual es absolutamente verdadero: pero para que sea libre para hacer el bien, es liberado por la gracia de Dios. La vigésima quinta, sobre la cruz de Cristo. La vigésima sexta, sobre la diferencia de los pecados. La vigésima séptima, sobre la providencia. La vigésima octava, por qué Dios quiso hacer el mundo. La vigésima novena, si hay algo arriba o abajo en el universo. La trigésima, si todo fue creado para la utilidad del hombre. La trigésima primera, tampoco es mía, sino de Cicerón (Tullius, De Offic., lib. 1): pero como también esta se dio a conocer a los hermanos a través de mí, la escribieron entre las cosas que recopilaban, queriendo saber cómo las virtudes del alma fueron divididas y definidas por él. La trigésima segunda, si alguien entiende una cosa más que otro, y así la inteligencia de la misma cosa se extiende infinitamente. La trigésima tercera, sobre el miedo. La trigésima cuarta, si no debe amarse otra cosa que estar libre de miedo. La trigésima quinta, qué debe amarse. En la cual dije que debe amarse aquello que no es otra cosa que conocer, lo cual no apruebo del todo. Pues no es que no tuvieran a Dios aquellos a quienes se les dijo, ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (I Cor. III, 16) ni tampoco lo conocían, o no como debe ser conocido. También dije, Nadie, por tanto, conoce la vida bienaventurada y es miserable, Conoce, dije, cómo debe ser conocida. Pues, ¿quién de aquellos que ya usan la razón no sabe que quieren ser felices? La trigésima sexta, sobre el cultivo de la caridad. Donde dije: Por lo tanto, Dios y el alma por la cual se ama, se dice propiamente caridad purísima y consumada, si no se ama otra cosa. Si esto es verdad, ¿cómo entonces dice el Apóstol: Nadie jamás odió su propia carne (Efes. V, 29)? Y de esto advierte que se amen las esposas. Pero se dice propiamente amor, porque se ama la carne, aunque no propiamente, sino por el alma a la que está sujeta para su uso. Pues aunque parece amarse por sí misma, cuando no queremos que sea deforme, su belleza debe referirse a otra cosa, a aquello de lo cual todas las cosas son hermosas. La trigésima séptima, sobre el siempre nacido. La trigésima octava, sobre la conformación del alma. La trigésima novena, sobre los alimentos. La cuadragésima, si la naturaleza de las almas es una, de dónde vienen las diversas voluntades de los hombres. La cuadragésima primera, si Dios hizo todo, por qué no lo hizo todo igual. La cuadragésima segunda, cómo la Sabiduría de Dios, el Señor Jesucristo, estaba tanto en el vientre de su madre como en los cielos. La cuadragésima tercera, por qué el Hijo de Dios apareció en un hombre, y el Espíritu Santo en una paloma (Mat. III, 16). La cuadragésima cuarta, por qué el Señor Jesucristo vino tan tarde. Donde, al recordar las edades del género humano como de un solo hombre, dije: No convenía que viniera divinamente el maestro, cuya imitación formara en las mejores costumbres, sino en el tiempo de la juventud. Y añadí que esto vale lo que dice el Apóstol, bajo la Ley como bajo un pedagogo los niños fueron custodiados (Gál. III, 23). Pero puede mover por qué en otro lugar dijimos que Cristo

vino en la sexta edad del género humano como en la vejez (Lib. 1 de Gen. contra Manich., c. 23, n. 40). Esto que se dijo de la juventud se refiere al vigor y fervor de la fe, que obra por el amor; pero lo de la vejez, al número de los tiempos. Pues puede entenderse ambos en la totalidad de los hombres, lo que no puede en las edades individuales: así como en el cuerpo no puede haber simultáneamente juventud y vejez, en el alma puede; aquella por la vivacidad, esta por la gravedad. La cuadragésima quinta, contra los matemáticos. La cuadragésima sexta, sobre las ideas. La cuadragésima séptima, si alguna vez podremos ver nuestros pensamientos. Donde dije que los cuerpos angélicos, como los que esperamos tener, deben creerse muy luminosos y etéreos; si esto se entiende sin los miembros que ahora tenemos, y sin la sustancia, aunque incorruptible, sin embargo de carne, se yerra. Pero mucho mejor se trató esta cuestión en la obra sobre la Ciudad de Dios, sobre ver nuestros pensamientos (Lib. 22, c. 29). La cuadragésima octava, sobre los creíbles. La cuadragésima novena, por qué los hijos de Israel sacrificaban visiblemente víctimas de ganado. La quincuagésima, sobre la igualdad del Hijo. La quincuagésima primera, sobre el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios. Donde, ¿qué es lo que dije, El hombre sin vida no se llama correctamente; cuando se llama hombre incluso al cadáver del hombre? Por lo tanto, al menos debí decir, No se dice propiamente; donde dije, no se dice correctamente. También dije: No se distingue insensatamente, que una cosa es la imagen y semejanza de Dios, otra a imagen y semejanza de Dios, como entendemos que el hombre fue hecho. Lo cual no debe entenderse como si el hombre no se llamara imagen de Dios, cuando el Apóstol dice, El hombre no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios (I Cor. XI, 7): pero también se dice a imagen de Dios, lo que no se dice del Unigénito, que es solo imagen, no a imagen. La quincuagésima segunda, sobre lo que se dijo, Me arrepiento de haber hecho al hombre (Gen. VI, 6, 7). La quincuagésima tercera, sobre el oro y la plata que los israelitas tomaron de los egipcios (Éxodo III, 22; y XII, 35). La quincuagésima cuarta, sobre lo que está escrito, Pero para mí, estar cerca de Dios es bueno (Sal. LXXII, 28): Donde dije, Lo que es mejor que toda alma, eso llamamos Dios, debí decir más bien, Mejor que todo espíritu creado. La quincuagésima quinta, sobre lo que está escrito, Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin número (Cant. VI, 7). La quincuagésima sexta, sobre los cuarenta y seis años de construcción del templo. La quincuagésima séptima, sobre los ciento cincuenta y tres peces. La quincuagésima octava, sobre Juan el Bautista. La quincuagésima novena, sobre las diez vírgenes. La sexagésima, sobre el día y la hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre, sino solo el Padre (Mat. XXIV, 36). La sexagésima primera, sobre lo que está escrito en el Evangelio, que el Señor alimentó a las multitudes en el monte con cinco panes (Id. XIV, 15-21). Donde dije que los dos peces significan esas dos personas, la real y la sacerdotal, a las que también pertenecía aquella unción sagrada; debí decir más bien, Principalmente pertenecía, ya que leemos que también los profetas fueron ungidos. También dije, Lucas, que insinuó a Cristo como sacerdote ascendiendo después de la abolición de los pecados, asciende a David por Natán (Luc. III, 31): porque Natán el profeta fue enviado, cuya corrección David obtuvo la abolición de ese pecado al arrepentirse, no debe entenderse como si él fuera Natán el profeta, que era hijo de David: porque tampoco aquí se dijo, porque él fue el profeta enviado; sino que se dijo, porque Natán el profeta fue enviado, para que el misterio no se entienda en la misma persona, sino en el mismo nombre. La sexagésima segunda, sobre lo que está escrito en el Evangelio, que Jesús bautizaba más que Juan; aunque él mismo no bautizaba, sino sus discípulos (Juan IV, 1, 2). Donde dije, Aquel ladrón a quien se le dijo: «En verdad te digo; hoy estarás conmigo en el paraíso» (Luc. XXIII, 43); que ni siquiera recibió el bautismo: esto lo encontramos también en las cartas de otros rectores de la santa Iglesia antes que nosotros; pero con qué documentos se puede mostrar suficientemente que ese ladrón no fue bautizado, lo ignoro. Sobre este asunto se discutió más diligentemente en algunas de nuestras obras posteriores, especialmente en la que escribimos a Vicente Víctor

sobre el Origen del Alma (Lib. 3 de *Animae Orig.*, c. 9, n. 43). La sexagésima tercera, sobre el Verbo. La sexagésima cuarta, sobre la mujer samaritana. La sexagésima quinta, sobre la resurrección de Lázaro. La sexagésima sexta, sobre lo que está escrito, ¿No sabéis, hermanos (pues hablo a los que conocen la Ley), que la Ley domina al hombre mientras vive? hasta el lugar donde está escrito: Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. VII-VIII, 11). Donde lo que dijo el Apóstol, Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, queriendo exponerlo, dije, Es decir, consiento a la carne, aún no liberado por la gracia espiritual: lo cual no debe entenderse como si el hombre espiritual ya bajo la gracia no pudiera decir esto de sí mismo, y demás hasta el lugar donde se dijo, Miserable de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? (Id. VII, 14-24)? lo cual aprendí después, como ya he confesado antes. Nuevamente, exponiendo lo que dijo el Apóstol, El cuerpo está muerto a causa del pecado (Id. VIII, 10): Muerto, digo, el cuerpo, mientras es tal que la necesidad de cosas temporales molesta al alma. Pero mucho mejor me pareció después que se dijo cuerpo muerto porque ya tiene la necesidad de morir, que no tenía antes del pecado. La sexagésima séptima, sobre lo que está escrito, Porque considero que los sufrimientos de este tiempo no son dignos de la gloria venidera que se revelará en nosotros; hasta lo que se dijo, Porque en esperanza fuimos salvados (Ibid., 18-24). Donde al exponer lo que está escrito, Y la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción; dije: Y la misma creación, es decir, el mismo hombre, cuando ya con el sello de la imagen perdido por el pecado quedó solo como creación. Lo cual no debe entenderse como si el hombre hubiera perdido todo lo que tenía de la imagen de Dios. Pues si no hubiera perdido nada, no habría razón para que se dijera, Reformáos en la novedad de vuestra mente (Rom. XII, 2); y, somos transformados en la misma imagen (II Cor. III, 18): pero de nuevo, si hubiera perdido todo, no quedaría nada de lo que se dijera, Aunque el hombre camine en imagen, sin embargo, en vano se turba (Sal. XXXVIII, 7). También dije que los ángeles superiores viven espiritualmente, y los inferiores animalmente; lo cual se dijo con más audacia de lo que puede mostrarse con las Escrituras sagradas o con las mismas cosas: porque aunque tal vez pueda, es muy difícil. La sexagésima octava, sobre lo que está escrito: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? (Rom. IX, 20). Donde dije: Porque aunque alguien sea digno de la misericordia de Dios por pecados más leves, o ciertamente por más graves y muchos, sin embargo, con gran gemido y dolor de arrepentimiento; no es de él, quien si fuera dejado, perecería, sino del Dios misericordioso, quien acude a sus súplicas y dolores. Pues no es suficiente querer, a menos que Dios tenga misericordia; pero Dios no tiene misericordia de quien llama a la paz, a menos que la voluntad haya precedido a la paz. Esto se dijo después del arrepentimiento. Pues hay una misericordia de Dios que también precede a la misma voluntad, que si no existiera, no se prepararía la voluntad por el Señor. A esa misericordia pertenece también la misma vocación que incluso precede a la fe. De la cual poco después, cuando traté, dije: Pero esta vocación que opera ya sea en individuos, ya sea en pueblos y en el mismo género humano a través de las oportunidades de los tiempos, es de una ordenación alta y profunda. A lo cual pertenece también aquello, «En el vientre te santifiqué» (Jerem. I, 5); Y, «Cuando estabas en los lomos de tu padre, te vi;» Y, «A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí» (Rom. IX, 13; Malach. I, 2, 3), y demás. Aunque ese testimonio, Cuando estabas en los lomos de tu padre, te vi; de donde me vino como si estuviera escrito, no lo sé. La sexagésima novena, sobre lo que está escrito. Entonces también el Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas (I Cor. XV, 28). La septuagésima, sobre lo que dice el Apóstol: Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley (Ibid., 54, 55). La septuagésima primera, sobre lo que está escrito: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gál. VI, 2). La septuagésima segunda, sobre los tiempos eternos. La septuagésima tercera, sobre lo que está escrito: Y en forma hallado como hombre

(Filip. II, 7). La septuagésima cuarta, sobre lo que está escrito en la Epístola de Pablo a los Colosenses: En quien tenemos redención y remisión de pecados, que es imagen del Dios invisible (Colos. I, 14, 15). La septuagésima quinta, sobre la herencia de Dios. La septuagésima sexta, sobre lo que dice el apóstol Santiago: ¿Quieres saber, oh hombre vano, que la fe sin obras es muerta? (Santiago II, 20). La septuagésima séptima, sobre el temor; si es pecado. La septuagésima octava, sobre la belleza de las imágenes. La septuagésima novena, por qué los magos del faraón hicieron algunos milagros como Moisés, el siervo de Dios (Éxodo VII, 22). La octogésima, contra los apolinaristas. La octogésima primera, sobre la Cuaresma y la Quincuagésima. La octogésima segunda, sobre lo que está escrito: Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). La octogésima tercera, sobre el matrimonio, en lo que el Señor dice: Si alguno deja a su esposa, excepto por causa de fornicación (Mat. XIX, 9). Esta obra comienza así: Si el alma es por sí misma.

CAPÍTULO XXVII. Sobre la Mentira, un libro.

He escrito un libro sobre la Mentira, que aunque se entiende con algún esfuerzo, ofrece sin embargo un ejercicio no inútil de ingenio y mente, y contribuye más a los hábitos para amar la verdad. También había decidido retirar este de mis obras, porque me parecía oscuro, complicado y completamente molesto, razón por la cual no lo había publicado. Luego, cuando escribí otro cuyo título es, Contra la Mentira, había decidido mucho más no conservar este y había ordenado que se eliminara, pero no se hizo. Así que en esta revisión de mis obras, al encontrarlo intacto, ordené que también este permaneciera revisado: principalmente porque en él hay algunas cosas necesarias que no están en el otro. Por eso el título de aquel es, Contra la Mentira; y el de este, Sobre la Mentira: ya que en el primero toda la obra es una abierta oposición a la mentira; mientras que en este, gran parte se centra en la discusión de la investigación. Sin embargo, ambos se dirigen al mismo fin. Este libro comienza así: Gran cuestión es la de la Mentira.

LIBRO SEGUNDO. EN EL CUAL SE REVISAN LOS LIBROS QUE ESCRIBIÓ EL OBISPO.

CAPÍTULO PRIMERO. A Simpliciano, dos libros.

1. De los libros que como obispo he elaborado, los dos primeros están dirigidos a Simpliciano, prelado de la Iglesia de Milán, quien sucedió al beatísimo Ambrosio, sobre diversas cuestiones, de las cuales dos provienen de la Epístola del apóstol Pablo a los Romanos, y las he incluido en el primer libro. La primera de ellas trata sobre lo que está escrito: ¿Qué diremos entonces? ¿La ley es pecado? De ninguna manera; hasta donde dice: ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 7-25). En la cual expuse aquellas palabras del Apóstol, La ley es espiritual; pero yo soy carnal, etc., donde se muestra que la carne lucha contra el espíritu, de tal manera que se describe al hombre aún bajo la Ley, no constituido aún bajo la gracia. Pues mucho después reconocí que estas palabras también pueden referirse al hombre espiritual (y esto es más probable). La cuestión posterior en este libro es, desde el lugar donde dice: No solo esto, sino también Rebeca, que concibió de un solo acto de Isaac nuestro padre; hasta donde dice: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, habríamos sido como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Id. IX, 10-29). En la solución de esta cuestión se trabajó ciertamente en favor del libre albedrío de la voluntad humana; pero prevaleció la gracia de Dios: y no se pudo llegar a otra conclusión que entender con clarísima verdad que el Apóstol dijo: Pues ¿quién te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías

como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Lo cual también quiso mostrar el mártir Cipriano, definiendo todo esto con el mismo título, diciendo: No debemos gloriarnos en nada, ya que nada es nuestro (Cipriano, lib. 3, testim. 4).

2. En el segundo libro se tratan las demás cuestiones, y según nuestra capacidad, por pequeña que sea, se resuelven, todas ellas referentes a la escritura que se llama de los Reyes. La primera de estas es sobre lo que está escrito: "Y el espíritu del Señor vino sobre Saúl" (I Reg. X, 10); mientras que en otro lugar se dice: "Y el espíritu malo del Señor vino sobre Saúl" (Ibid. XVI, 14). Al explicar esto, dije: "Aunque está en el poder de cada uno lo que quiere, no está en el poder de nadie lo que puede" (Lib. 2, quaest. 1). Esto se dice porque no afirmamos que algo esté en nuestro poder, a menos que, cuando lo deseamos, suceda; donde primero y principalmente está el mismo querer. Sin ningún intervalo de tiempo, la voluntad misma está presente cuando queremos; pero también recibimos de lo alto este poder para vivir bien, cuando la voluntad es preparada por el Señor. La segunda cuestión es cómo se dice: "Me pesa haber constituido rey a Saúl" (I Reg. XV, 11). La tercera, si el espíritu inmundo que estaba en la pitonisa pudo hacer que Samuel fuera visto por Saúl y hablara con él (Ibid. XXVIII, 7-20). La cuarta, sobre lo que está escrito: "Entró el rey David y se sentó ante el Señor" (II Reg. VII, 18). La quinta, sobre lo que dijo Elías: "Oh Señor, testigo de esta viuda con la que habito: tú has hecho mal en matar a su hijo" (III Reg. XVII, 20). Esta obra comienza así: "Gratissimam plane."

CAPÍTULO II. Contra la Epístola que llaman del Fundamento, un libro.

Libro contra la Epístola de Maniqueo, que llaman del Fundamento, solo refuta sus principios; pero en las demás partes de la misma se han añadido anotaciones donde parecía necesario, con las cuales se subvierte por completo, y con las cuales se me recordaría, si alguna vez tuviera tiempo para escribir contra toda ella. Este libro comienza así: Un solo Dios verdadero.

CAPÍTULO III. Sobre la Lucha Cristiana, un libro.

El libro sobre el Combate Cristiano fue escrito en un lenguaje sencillo para los hermanos no instruidos en el latín, conteniendo la regla de la fe y los preceptos de vida. En él se menciona que no debemos escuchar a aquellos que niegan la futura resurrección de la carne, y que recuerdan lo que dijo el apóstol Pablo: «la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios»; sin entender lo que el mismo Apóstol dice: «Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad» (I Cor. XV, 50, 53); pues cuando esto haya sucedido, ya no será carne y sangre, sino un cuerpo celestial (Cap. 32, n. 34): no debe interpretarse como si no hubiera una futura sustancia de carne, sino que bajo el nombre de carne y sangre, el Apóstol debe ser entendido como refiriéndose a la corrupción misma de la carne y la sangre; la cual ciertamente no existirá en aquel reino, donde la carne será incorruptible. Aunque también puede entenderse de otra manera, que el Apóstol se refirió a las obras de la carne y la sangre como carne y sangre, y que no poseerán el reino de Dios aquellos que persistentemente las amen. Este libro comienza así: Corona de la victoria.

CAPÍTULO IV. De la Doctrina Cristiana, cuatro libros.

1. Libros de Doctrina Cristiana, al encontrar que estaban incompletos, preferí completarlos antes que dejarlos así y pasar a revisar otros asuntos. Por lo tanto, terminé el tercero, que había sido escrito hasta el lugar (Cap. 25, n. 36) donde se menciona el testimonio del Evangelio sobre la mujer que escondió la levadura en tres medidas de harina hasta que todo

quedó fermentado (Luc. XIII, 21). También añadí el último libro, y completé la obra con cuatro libros; los primeros tres ayudan a entender las Escrituras, mientras que el cuarto trata sobre cómo debemos expresar lo que entendemos.

2. En el segundo libro sobre el autor del libro, que muchos llaman Sabiduría de Salomón, que también se dice que fue escrito por Jesús Sirach como el Eclesiástico, aprendí posteriormente que no está tan claro como lo había afirmado (Cap. 8, n. 13), y descubrí que es mucho más probable que él no sea el autor de dicho libro. Donde dije, "Con estos cuarenta y cuatro libros del Antiguo Testamento se termina la autoridad," lo llamé Antiguo Testamento según la costumbre con la que ya habla la Iglesia; sin embargo, el Apóstol parece no llamar Antiguo Testamento sino a lo que fue dado en el monte Sinaí (Gálatas IV, 24). Y en lo que dije, "Sobre la historia de los tiempos, San Ambrosio resolvió la cuestión" (Cap. 28, n. 43), como si Platón y Jeremías hubieran sido contemporáneos; me falló la memoria. Pues lo que el obispo dijo sobre este asunto se lee en su libro, que escribió sobre los sacramentos o sobre la filosofía. Esta obra comienza así: "Hay ciertos preceptos."

CAPUT V. Contra la Parte de Donato, dos libros.---[No existen.]

Existen dos libros míos, cuyo título es, Contra la Parte de Donato. En el primer libro de ellos dije que no me agradaba que los cismáticos fueran forzados violentamente a la comunión por el impulso de ningún poder secular. Y verdaderamente en ese entonces no me agradaba, porque aún no había experimentado cuánto mal podía atreverse a hacer su impunidad, o cuánto podría contribuir a su cambio para mejor la diligencia de la disciplina. Esta obra comienza así: Puesto que los Donatistas nos.

CAPÍTULO VI. Los trece libros de las Confesiones.

1. Los trece libros de mis Confesiones alaban a Dios justo y bueno tanto por mis males como por mis bienes, y elevan el intelecto y el afecto humano hacia Él; mientras tanto, en lo que a mí respecta, lograron esto en mí cuando fueron escritos, y lo siguen logrando cuando son leídos. Lo que otros piensen de ellos, que lo juzguen ellos mismos; sin embargo, sé que a muchos hermanos les han agradado mucho y les siguen agradando. Desde el primero hasta el décimo están escritos sobre mí: en los tres restantes, sobre las Sagradas Escrituras, desde lo que está escrito, En el principio creó Dios el cielo y la tierra, hasta el descanso del sábado (Gén. I, 1; II, 2).

2. En el cuarto libro, cuando confesaba la miseria de mi alma por la muerte de un amigo, diciendo que nuestra alma de alguna manera se había hecho una a partir de dos, y por eso, digo, temía morir, no fuera que muriera todo aquel a quien había amado mucho (Cap. 6): esto me parece más una ligera declamación que una grave confesión, aunque esta necedad esté de algún modo atenuada por lo que se añadió, tal vez. Y en el libro decimotercero, lo que dije, Firmamento hecho entre las aguas espirituales superiores y las corporales inferiores (Cap. 32); no está dicho con suficiente consideración: sin embargo, el asunto es muy profundo. Esta obra comienza así: Grande eres, Señor.

CAPÍTULO VII. Contra Fausto el maniqueo, treinta y tres libros.

1. Contra Fausto maniqueo que blasfema contra la Ley y los Profetas, y su Dios, y la encarnación de Cristo; y que dice que las Escrituras del Nuevo Testamento, por las cuales es refutado, han sido falsificadas, escribí una gran obra, presentando sus palabras y

respondiendo a ellas. Son treinta y tres disputaciones; ¿por qué no habría de llamarlas también libros? Pues aunque algunas de ellas son muy breves, sin embargo, son libros. Uno de ellos, en el cual defendemos la vida de los Patriarcas contra sus acusaciones, es de tal extensión que casi ninguno de mis libros lo iguala.

2. En el tercer libro, al resolver la cuestión de cómo pudo José tener dos padres, dije que había nacido de uno y había sido adoptado por otro (Cap. 3); pero también debí explicar el tipo de adopción: pues lo que dije suena como si otro padre lo hubiera adoptado en vida. Sin embargo, la ley permitía la adopción de hijos incluso por los muertos, ordenando que el hermano del difunto sin hijos tomara a su esposa y levantara descendencia para el hermano fallecido (Deut. XXV, 5, 6): lo cual ciertamente ofrece una explicación más clara de los dos padres de un solo hombre. Fueron hermanos uterinos en quienes ocurrió que uno de ellos, llamado Helí, falleció, y el otro, es decir, Jacob, tomó a su esposa, de quien Mateo narra que José fue engendrado: pero lo engendró para su hermano uterino, cuyo hijo Lucas dice que fue José, no engendrado, sino adoptado según la Ley. Esto se encontró en los escritos de aquellos que, poco después de la ascensión del Señor, escribieron sobre este asunto. Pues incluso el nombre de la misma mujer que dio a luz a Jacob, padre de José, de su primer marido Mathán, quien fue padre de Jacob, abuelo de José, según Mateo; y de su segundo marido Melquí, dio a luz a Helí, de quien José era adoptivo, no lo omitió Africano. Esto, cuando respondía a Fausto, aún no lo había leído; pero, sin embargo, no podía dudar de que por adopción pudiera ocurrir que un hombre tuviera dos padres.

3. En el duodécimo y decimotercero, sobre el segundo hijo de Noé, que es llamado Cam, se ha discutido de tal manera, como si no hubiera sido maldecido por su padre en su hijo Canaán, como lo demuestra la Escritura, sino en sí mismo (Lib. 12, c. 23; y lib. 13, c. 10). En el decimocuarto, sobre el sol y la luna, se han dicho cosas tales, como si sintieran, y por eso toleraran a sus vanos adoradores (Cap. 12): aunque las palabras allí puedan ser tomadas de lo animado a lo inanimado, en un modo de expresión que en griego se llama metáfora; como está escrito sobre el mar que ruga en el vientre de su madre, queriendo avanzar (Job. 38, 8, según LXX), cuando en realidad no tiene voluntad. En el vigésimo noveno, Digo, lejos esté que haya en los miembros de los santos, incluso en los genitales, alguna deshonra. Se les llama ciertamente deshonestos, porque no tienen esa apariencia de decoro que tienen los miembros que están a la vista (Cap. 4): pero una razón más probable se ha dado en otros escritos nuestros posteriores, de por qué también el Apóstol los llamó deshonestos (I Cor. XII, 23), a saber, por la ley en los miembros que se opone a la ley de la mente (Rom. VII, 23), que ocurre por el pecado, no por la primera institución de nuestra naturaleza. Esta obra comienza así: Hubo un cierto Fausto.

CAPÍTULO VIII. Contra Félix el maniqueo, dos libros.

Contra un cierto maniqueo llamado Félix, en presencia del pueblo, disputé durante dos días en la iglesia. Pues había venido a Hipona, con la intención de sembrar el mismo error; era uno de sus doctores, aunque sin educación en letras liberales, pero más astuto que Fortunato. Se trata de actas eclesiásticas, pero se cuentan entre mis libros. Son, por tanto, dos libros, en el segundo de los cuales se discutió sobre el libre albedrío de la voluntad, ya sea para obrar el mal o el bien: pero sobre la gracia por la cual verdaderamente se hacen libres, de quienes está escrito, Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 36), no fuimos compelidos por ninguna necesidad a discutir más diligentemente, ya que tal era con quien tratábamos. Esta obra comienza así: Honorio Augusto siendo cónsul por sexta vez, el séptimo día antes de los idus de diciembre.

CAPÍTULO IX. Sobre la Naturaleza del Bien, libro único.

El libro "De Natura Boni contra los Maniqueos" muestra que Dios es la naturaleza inmutable y el sumo bien, y que de Él provienen las demás naturalezas, ya sean espirituales o corporales, y que todas, en cuanto son naturalezas, son buenas. También aborda qué es el mal o de dónde proviene, y cuántos males los maniqueos atribuyen a la naturaleza del bien y cuántos bienes a la naturaleza del mal, naturalezas que su error ha inventado. Este libro comienza así: El sumo bien, por encima del cual no hay nada, es Dios.

CAPÍTULO X. Contra Secundino maniqueo, un libro.

Cierto Secundino, no de aquellos a quienes los maniqueos llaman elegidos, sino de aquellos a quienes llaman oyentes, a quien ni siquiera conocía de vista, me escribió como amigo, reprochándome honoríficamente por atacar con escritos aquella herejía, y advirtiéndome que no lo hiciera, exhortándome más bien a seguirla, con su defensa y la reprensión de la fe católica. Le respondí; pero como en el encabezado de esa obra no puse quién escribía a quién, no se encuentra en mis epístolas, sino en los libros. Allí, desde el principio, también está escrita su carta. El título de este volumen mío es, Contra Secundino maniqueo: que, en mi opinión, fácilmente antepongo a todo lo que pude escribir contra esa plaga. Este libro comienza así: Tu benevolencia hacia mí.

CAPÍTULO XI. Contra Hilario, un libro.---[No existe.]

Entre estas circunstancias, un tal Hilario, un hombre de rango tribunicio, laico católico, irritado por alguna razón contra los ministros de Dios, como suele suceder, criticaba con maledicencia la costumbre que había comenzado en Cartago de recitar himnos en el altar del libro de los Salmos, ya sea antes de la ofrenda o cuando se distribuía al pueblo lo que había sido ofrecido, afirmando que no debía hacerse. A este le respondí, a petición de los hermanos, y el libro se llama Contra Hilarum. Este libro comienza así: Los que mencionan el Antiguo Testamento.

CAPÍTULO XII. Cuestiones de los Evangelios, dos libros.

Existen ciertas exposiciones de algunos pasajes del Evangelio según Mateo, y otras de manera similar según Lucas; aquellas han sido recopiladas en un libro, estas en otro. El título de esta obra es: Cuestiones de los Evangelios. Pero por qué solo se han expuesto aquellos pasajes de los mencionados libros evangélicos que se contienen en mis libros, y cuáles son estos, mi prólogo lo indica suficientemente, añadiendo y enumerando las mismas cuestiones, de modo que cualquiera que desee leer lo que quiera, siguiendo los números, lo encuentre. En el primer libro (Cuest. 27), en lo que se ha puesto, que el Señor relató su pasión aparte a dos discípulos (Mat. XX, 17), nos engañó un error del códice: pues está escrito doce; no, dos. En el segundo libro, queriendo exponer cómo pudo José tener dos padres, cuya esposa se dice que fue la virgen María; aquello que se afirma que un hermano tomó por esposa a la viuda de su hermano difunto, para suscitarle descendencia según la ley (Deut. XXV, 5), por eso dije que era débil, ya que la Ley ordenaba que el nacido tomara el nombre del difunto (Cuest. 5): no es verdad. Pues el nombre del difunto que se dijo, la Ley ordenó que valiera para que se le llamara hijo de él; no para que se le llamara con el mismo nombre. Esta obra comienza así: Esta obra no está escrita de esta manera.

CAPÍTULO XIII. Anotaciones sobre Job, un libro.

El libro cuyo título es "Anotaciones sobre Job", si debe considerarse mío, o más bien de aquellos que, como pudieron o quisieron, lo compilaron en un solo cuerpo a partir de las notas de los códices, no podría decirlo fácilmente. Pues son agradables para muy pocos que entienden, quienes sin embargo necesariamente se ofenderán por muchas cosas que no comprenden; porque ni siquiera las palabras que se exponen están descritas de tal manera en muchos lugares que se vea claramente qué se está exponiendo. Además, a la brevedad de las sentencias le sigue tal oscuridad que el lector apenas puede soportarla, quien necesariamente debe pasar por alto muchas cosas no entendidas. Finalmente, encontré la obra misma tan defectuosa en nuestros códices que no pude corregirla, ni querría que se dijera que fue publicada por mí, salvo porque sé que los hermanos la tienen, a quienes no se pudo negar por su dedicación. Este libro comienza así: Y tenía grandes obras sobre la tierra.

CAPÍTULO XIV. Sobre la Catequesis de los Principiantes, libro uno.

Nuestro libro sobre la Catequesis de los principiantes está titulado de esta manera. En dicho libro, donde dije: Ni el ángel que, junto con otros espíritus seguidores suyos, al enorgullecerse abandonó la obediencia a Dios y se convirtió en diablo, causó daño alguno a Dios, sino a sí mismo: pues Dios sabe ordenar las almas que lo abandonan (Cap. 18, n. 30); sería más adecuado decir, "los espíritus", ya que se trataba de los Ángeles. Este libro comienza así: Me pediste, hermano Deogratias.

CAPÍTULO XV. Sobre la Trinidad, quince libros.

1. Escribí quince libros sobre la Trinidad, que es Dios, a lo largo de varios años. Pero cuando aún no había terminado el duodécimo, y los retuve más tiempo del que podían soportar aquellos que ardientemente deseaban tenerlos, me fueron sustraídos menos corregidos de lo que deberían y podrían haber estado cuando hubiera querido publicarlos. Después de enterarme de esto, ya que también quedaron otros ejemplares de ellos con nosotros, había decidido no publicarlos yo mismo, sino mantenerlos así para mencionar en alguna otra obra mía lo que me había sucedido con ellos. Sin embargo, urgido por los hermanos, a quienes no pude resistir, los corregí tanto como consideré necesario, los completé y los publiqué, añadiéndoles al principio una carta que escribí al venerable Aurelio, obispo de la Iglesia de Cartago; en la cual, a modo de prólogo, expuse tanto lo que había sucedido, como lo que había querido hacer según mi pensamiento, y lo que había hecho impulsado por la caridad de los hermanos.

2. En cuyo libro undécimo, cuando trataba sobre el cuerpo visible, dije: Por lo tanto, amar eso es alienarse (Cap. 5, n. 9). Lo cual se dijo según aquel amor, por el cual algo se ama de tal manera que, al disfrutarlo, quien lo ama considera ser feliz. Pues no es alienarse amar la belleza corporal en alabanza al Creador, de modo que, disfrutando del mismo creador, uno sea verdaderamente feliz. Asimismo, en el mismo libro, donde dije: Ni recuerdo un ave cuadrúpeda, porque no la he visto; pero fácilmente contemplo tal fantasía, cuando a alguna forma volátil, como la que he visto, le añado otros dos pies, como los que también he visto (Cap. 10, n. 17), al decir esto no pude recordar las aves cuadrúpedas que la Ley menciona (Levítico XI, 20). Pues no cuenta como pies los dos miembros posteriores con los que saltan las langostas, a las que llama puras, y por eso las distingue de los volátiles impuros, que no saltan con esos miembros, como los escarabajos. En efecto, todos estos volátiles cuadrúpedos son llamados así en la Ley.

3. En el duodécimo (Cap. X, n. 15), como una exposición de las palabras del Apóstol, donde dice: Todo pecado que el hombre cometa es fuera del cuerpo, no me satisface; ni creo que deba entenderse así lo que se dijo: Pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo (I Cor. VI, 18), como si lo hiciera aquel que, para obtener lo que se percibe a través del cuerpo, pone en estas cosas el fin de su bien, hace algo. Pues esto abarca muchos más pecados que aquella fornicación que se comete con un concúbito ilícito, de la cual parece que el Apóstol hablaba al decir esto. Esta obra, excepto la carta que posteriormente se añadió a su comienzo, comienza así: El que va a leer estas cosas que disertamos sobre la Trinidad.

CAPÍTULO XVI. Sobre el Consenso de los Evangelistas, en cuatro libros.

Durante los mismos años en los que poco a poco dictaba los libros sobre la Tristeza, también escribí otros con trabajo continuo, intercalándolos en los tiempos de aquellos, entre los cuales están los cuatro libros sobre el Consenso de los Evangelistas, para aquellos que los calumnian como si estuvieran en desacuerdo: el primer libro de los cuales fue escrito contra aquellos que, pretendiendo honrar a Cristo como el más sabio, no quieren creer en el Evangelio porque no fue escrito por ÉL, sino por sus discípulos, a quienes consideran que erróneamente le atribuyeron la divinidad, por la cual se le creería Dios. En este libro, lo que dije, que la nación de los Hebreos comenzó con Abraham (Cap. 14, n. 21); es ciertamente creíble que los Hebreos, como si fueran llamados Abrahæos, se consideren así: pero más verdaderamente se entiende que fueron llamados por aquel que se llamaba Heber, como si fueran Heberæos, sobre lo cual he discutido suficientemente en el libro dieciséis de la Ciudad de Dios (Cap. 11). En el segundo, cuando traté sobre los dos padres de José, dije que fue engendrado por uno y adoptado por el otro (Cap. 3, n. 5). Pero debí decir que fue adoptado por el otro. Pues, al fallecer, lo que es más creíble, fue adoptado según la Ley; ya que quien lo engendró, había tomado por esposa a la madre de él, la esposa del hermano fallecido. Asimismo, donde dije, Lucas en verdad asciende hasta el mismo David por medio de Natán, por quien el profeta Dios expió su pecado (Cap. 4, n. 12); debí decir por el profeta de cuyo nombre, para que no se pensara que era el mismo hombre, ya que fue otro, aunque también se llamara así. Esta obra comienza así: Entre todas las autoridades divinas.

CAPÍTULO XVII. Contra la Epístola de Parmeniano, tres libros.

En los tres libros contra la Epístola de Parmeniano, obispo de Cartago de los Donatistas y sucesor de Donato, se trata y resuelve una gran cuestión: si en la unidad y comunión de los mismos Sacramentos los malos contaminan a los buenos, y se discute cómo no los contaminan, debido a la Iglesia difundida por todo el mundo, a la cual calumniando hicieron cisma. En el tercer libro de ellos, al discutirse cómo debe entenderse lo que dice el Apóstol, "Apartad al malvado de entre vosotros" (I Cor. V, 13); aquello que dije, "Que cada uno aparte el mal de sí mismo" (Cap. 1, n. 2), no debe entenderse de esa manera, sino más bien que el hombre malo sea apartado de entre los hombres buenos, lo cual se realiza mediante la disciplina eclesiástica, lo indica suficientemente la lengua griega, donde está escrito sin ambigüedad, para que se entienda, "A este malvado", no, "A este mal", aunque también según este entendimiento respondí a Parmeniano. Esta obra comienza así: "Muchas cosas en otras ocasiones contra los Donatistas."

CAPÍTULO XVIII. Sobre el Bautismo, siete libros.

Contra los Donatistas, intentando defenderse con la autoridad del beatísimo obispo y mártir Cipriano, escribí siete libros sobre el Bautismo; en los cuales enseñé que nada es tan eficaz para refutar a los Donatistas y cerrar completamente sus bocas, para que no defiendan su cisma contra la Iglesia Católica, como las cartas y el hecho de Cipriano. Sin embargo, dondequiera que en estos libros mencioné (Lib. 1, c. 17; lib. 3, c. 18; y lib. 4, cc. 3, 4), que la Iglesia no tiene mancha ni arruga (Ef. V, 27); no debe entenderse como si ya lo fuera, sino que se está preparando para serlo, cuando también aparecerá gloriosa. Pues ahora, debido a ciertas ignorancias y debilidades de sus miembros, tiene razón para decir cada día: Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). En el cuarto libro, cuando decía que la pasión puede tener el lugar del Bautismo (Cap. 22, n. 29), no puse un ejemplo suficientemente adecuado de aquel ladrón, de quien es incierto si no fue bautizado. En el séptimo libro, sobre los vasos de oro y plata establecidos en la gran casa (Cap. 51, n. 99), seguí el sentido de Cipriano, quien entendió esto en los buenos; y en los malos, los de madera y barro (Cipriano, Epístola 51, a Máximo, etc.): refiriendo aquello que se dijo, Algunos para honra; y a estos lo que se dijo, Otros para deshonra (II Tim. II, 20). Pero apruebo más lo que después encontré o advertí en Ticonio, que en ambos se debe entender que algunos son para honra, no solo los de oro y plata; y nuevamente en ambos, algunos para deshonra, no solo los de madera y barro. Esta obra comienza así: En aquellos libros que contra la Epístola de Parmeniano.

CAPÍTULO XIX. Contra lo que presentó Centurio de los Donatistas, un libro.---[No existe.]

Cuando en numerosas discusiones nos enfrentábamos a la parte de Donato, un cierto laico de ellos trajo a la Iglesia algunos escritos o dictados en nuestra contra, en pocos testimonios, que ellos creen que apoyan su causa: a estos respondí brevemente. El título de este libelo es: Contra lo que trajo Centurio de los Donatistas. Y comienza así: Dices lo que está escrito por Salomón: «Apártate del agua ajena.»

CAPÍTULO XX. A las Investigaciones de Enero, dos libros.

Los dos libros, cuyo título es "A las Inquisiciones de Enero", contienen muchas discusiones sobre los Sacramentos, ya sea las que la Iglesia observa universalmente o las que observa parcialmente, es decir, no de manera uniforme en todos los lugares: sin embargo, no se pudo mencionar todo; pero se ha respondido adecuadamente a las preguntas planteadas. El primer libro de estos es una epístola; pues tiene al principio quién escribe y a quién se dirige: pero esta obra se cuenta entre los libros porque el siguiente, que no lleva nuestros nombres, es mucho más extenso y en él se tratan muchos más temas. En el primero, por lo tanto, lo que dije sobre el maná, "Porque a cada uno le sabía en la boca según su propia voluntad" (Cap. 3, n. 4), no se me ocurre de dónde pueda probarse, salvo del libro de la Sabiduría (Sab. XVI, 20), que los judíos no aceptan como autoridad canónica; lo cual, sin embargo, pudo suceder a los fieles, no a aquellos murmuradores contra Dios, quienes ciertamente no desearían otros alimentos si el maná les supiera a lo que quisieran. Esta obra comienza así: "A lo que me preguntaste".

CAPÍTULO XXI. Sobre la Obra de los Monjes, un libro.

Para escribir el libro sobre la Obra de los Monjes, me impulsó la necesidad de que, cuando comenzaron a existir monasterios en Cartago, algunos se dedicaban a trabajar con sus propias manos, obedeciendo al Apóstol; mientras que otros querían vivir de las ofrendas de los fieles, sin hacer nada para obtener o suplir lo necesario, creyendo y proclamando que así cumplían el precepto evangélico donde el Señor dice: "Mirad las aves del cielo y los lirios del campo"

(Mateo 6, 26). Por esta razón, incluso entre los laicos de menor compromiso, pero fervorosos en su devoción, comenzaron a surgir disputas tumultuosas que perturbaban a la Iglesia, con unos defendiendo una cosa y otros otra. A esto se sumaba que algunos de los que decían que no era necesario trabajar llevaban el cabello largo. De ahí que las contiendas, por un lado de los que reprendían y por otro de los que pretendían justificarse, se intensificaban por el fervor de las partes. Por estas razones, el venerable anciano Aurelio, obispo de la Iglesia de esa ciudad, me ordenó que escribiera algo al respecto; y lo hice. Este libro comienza así: "A tu mandato, santo hermano Aurelio."

CAPÍTULO XXII. Sobre el Bien del Matrimonio, un libro.

1. La herejía de Joviniano, al equiparar el mérito de las vírgenes sagradas con la castidad conyugal, tuvo tal impacto en la ciudad de Roma que se decía que incluso había llevado a algunas religiosas, sobre cuya castidad no había habido sospecha previa, a contraer matrimonio. Esto lo lograba principalmente al presionarlas con el argumento: ¿Eres tú, entonces, mejor que Sara, mejor que Susana o Ana? y mencionando a otras mujeres muy recomendadas por el testimonio de la Sagrada Escritura, con las cuales ellas no podían imaginarse ser mejores, ni siquiera iguales. De esta manera, también debilitaba el santo celibato de los hombres santos, mediante la mención y comparación con los padres casados. A este monstruo, la santa Iglesia que está allí, se opuso con la mayor fidelidad y fortaleza. Sin embargo, estas disputas tuyas permanecieron en ciertos discursos y murmullos, que nadie se atrevía a promover abiertamente. Pero incluso con los venenos propagándose en secreto, fue necesario enfrentarlos con la facultad que el Señor otorgaba: especialmente porque se jactaba de que a Joviniano no se le podía responder con alabanza, sino con vituperio del matrimonio. Por esta razón, publiqué un libro titulado "De Bono Conjugali". Donde la cuestión de la procreación de los hijos antes de que los hombres merecieran la muerte por pecar, ya que el concubito de cuerpos mortales parece un asunto, se dejó de lado: pero en otras cartas nuestras posteriores, se explica suficientemente, según creo.

2. Dije también en cierto lugar: Porque así como el alimento es para la salud del hombre, así es el concubito para la salud del género; y ambos no están exentos de deleite carnal, que sin embargo, moderado y refrenado por la templanza, reducido a su uso natural, no puede ser lujuria (Cap. 16, n. 18). Esto se dijo porque la lujuria no es un uso bueno y recto de la libido. Pues así como es malo usar mal de los bienes, así es bueno usar bien de los males: sobre este asunto, especialmente contra los nuevos herejes pelagianos, he discutido con más detalle en otros escritos. Sobre lo que dije de Abraham, De esta obediencia aquel padre Abraham, que no estuvo sin esposa, estuvo dispuesto a estar sin su único hijo y a verlo muerto por su propia mano (Cap. 23, n. 31), no lo apruebo del todo. Más bien, se debe creer que él creyó que su hijo, si hubiera sido muerto, le sería devuelto inmediatamente por resurrección, como se lee en la Epístola a los Hebreos (Hebr. XI, 19). Este libro comienza así: Porque cada hombre es parte del género humano.

CAPÍTULO XXIII. Sobre la Santa Virginidad, un libro.

Después de haber escrito sobre el Bien del Matrimonio, se esperaba que escribiera sobre la Santa Virginidad, y no lo postergué: y mostré en un solo volumen, como pude, ese don de Dios, y cuán grande es, y con cuánta humildad debe ser custodiado. Este libro comienza así: Recientemente publicamos el libro sobre el Bien del Matrimonio.

CAPÍTULO XXIV. Sobre el Génesis al pie de la letra, doce libros.

1. Durante el mismo tiempo, escribí doce libros sobre el Génesis desde el principio, hasta que Adán fue expulsado del paraíso y se colocó la espada flamígera para guardar el camino del árbol de la vida. Sin embargo, cuando ya había completado hasta el undécimo libro, añadí un duodécimo, en el cual se discutió más detalladamente sobre el paraíso. El título de esos libros es "Sobre el Génesis al pie de la letra": es decir, no según significados alegóricos, sino según la propiedad de los hechos históricos. En esta obra se plantearon más cuestiones de las que se resolvieron: y de las que se resolvieron, pocas se confirmaron; las demás se presentaron como si aún debieran ser investigadas. Comencé estos libros más tarde, pero los terminé antes que los de la Trinidad: por eso ahora los menciono en el orden en que los comencé.

2. En el quinto libro (Cap. 19, n. 38), y dondequiera que en esos libros puse, Sobre la descendencia a la que se prometió, que fue dispuesta por los Ángeles en mano de un mediador (Gálatas III, 19); no lo tiene así el Apóstol, como después inspeccioné en códices más veraces, especialmente griegos. Pues se dijo de la Ley, lo que muchos códices latinos tienen como si se hubiera dicho de la descendencia, por error del intérprete. En el sexto libro, lo que dije, que Adán perdió la imagen de Dios, según la cual fue hecho, por el pecado (Cap. 27, n. 28), no debe ser entendido así, como si en él no hubiera quedado nada, sino que quedó tan deformada, que necesitaba ser reformada. En el duodécimo sobre los infiernos (Cap. 33, n. 62), más bien creo que debí enseñar que están bajo la tierra, que dar razón de por qué se cree o se dice que están bajo la tierra, como si no fuera así. Esta obra comienza así: Toda la Escritura divina está dividida en dos partes.

CAPÍTULO XXV. Contra las Cartas de Petiliano, tres libros.

Antes de que terminara los libros sobre la Trinidad y los libros sobre el Génesis al pie de la letra, surgió la necesidad de responder a las Cartas de Petiliano, el donatista, que escribió contra la Iglesia Católica, lo cual no pude posponer. Y escribí sobre este asunto tres volúmenes, en el primero de los cuales respondí con la mayor rapidez y veracidad posible a la primera parte de su Epístola, que escribió a los suyos, ya que no había llegado completa a nuestras manos, sino solo una pequeña parte inicial de ella. Esta misma Epístola también está dirigida a los nuestros, pero se considera entre los libros porque los otros dos libros tratan sobre la misma causa. Después encontramos la totalidad de la Epístola, y le respondí con tanta diligencia como a Fausto el maniqueo; es decir, colocando primero sus palabras bajo su nombre, parte por parte, y bajo el mío, mi respuesta a cada una. Pero lo que había escrito antes de encontrarla completa llegó a Petiliano: y, enojado, intentó responder, diciendo lo que le placía sobre mí, pero fallando completamente en la causa: lo cual, al comparar nuestros escritos, se podía notar fácilmente; sin embargo, me preocupé por demostrarlo respondiendo para aquellos más lentos; así se añadió un tercer libro a nuestra obra. Esta obra comienza en el primer libro de la siguiente manera: "Sabes que a menudo hemos querido". En el segundo, así: "A las primeras partes de la Epístola de Petiliano". Y en el tercero, así: "He leído, Petiliano, tus cartas".

CAPÍTULO XXVI. A Cresconio, gramático de la parte de Donato, cuatro libros.

Un gramático donatista llamado Cresconio, al encontrar mi carta en la que refutaba las primeras partes de la Epístola de Petiliano que habían llegado a nuestras manos, pensó que debía responderme, y así lo hizo escribiéndome. A su obra respondí con cuatro libros, de tal manera que en tres de ellos abordé lo que toda la respuesta requería. Pero al darme cuenta de que solo con el caso de los Maximianistas, a quienes condenaron como sus propios

cismáticos y luego readmitieron a algunos en sus honores, sin repetir el Bautismo que habían administrado fuera de su comunión, se podía responder a todo lo que escribió; añadí un cuarto libro, en el cual, en la medida de mis posibilidades, lo mostré con diligencia y claridad. Cuando escribí estos cuatro libros, el emperador Honorio ya había promulgado leyes contra los Donatistas. Esta obra comienza así: Cuando ignoraba cuándo mis escritos podrían llegar a ti, Cresconio.

CAPÍTULO XXVII. Un libro de Pruebas y Testimonios contra los Donatistas.---[No existe]

Después de esto, para llegar a los Donatistas con los documentos necesarios contra su error y a favor de la verdad católica, me ocupé de reunirlos, ya sea de los Hechos eclesiásticos, de los públicos, o de las Escrituras canónicas. Y primero dirigí las mismas promesas a ellos, para que ellos mismos, si fuera posible, las solicitaran. Cuando llegaron a manos de algunos de ellos, no sé quién surgió que escribió en contra de estos documentos sin mencionar su nombre, confesándose donatista, como si eso fuera un título. A quien yo, respondiendo, escribí otro libro. Aquellos documentos que había prometido, los uní al mismo librito en el que había hecho las promesas, y quise que ambos fueran uno solo; y así lo publiqué, para que se leyera expuesto en las paredes de la basílica que había sido de los Donatistas, cuyo título es: Pruebas y Testimonios contra los Donatistas. En este libro no colocamos la absolución de Félix de Aptunga, el consagrador de Ceciliano, en el orden que después nos quedó claro, al examinar cuidadosamente los Cónsules, sino como si hubiera sido absuelto después de Ceciliano, cuando en realidad fue antes. También, al mencionar el testimonio del apóstol Judas, donde dice: Estos son los que se separan a sí mismos, hombres sensuales, que no tienen el Espíritu (Judas 19), añadí diciendo: De los cuales también el apóstol Pablo dice: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (I Cor. II, 14); no deben ser igualados a aquellos que el cisma ha cortado completamente de la Iglesia. Pues el mismo apóstol Pablo llama a estos niños en Cristo, que aún no pueden recibir alimento sólido, pero que son alimentados con leche (Id. III, 1, 2): sin embargo, aquellos deben ser contados no entre los hijos pequeños, sino entre los muertos y perdidos, de modo que si alguno de ellos es corregido y unido a la Iglesia, se pueda decir correctamente de él: Estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Luc. XV, 32). Este libro comienza así: Vosotros que teméis consentir con la Iglesia católica.

CAPÍTULO XXVIII. Contra un cierto Donatista, un libro.---[No existe]

Quise que el título del otro libro que mencioné anteriormente fuera Contra un cierto Donatista: donde, de manera similar, el verdadero orden del tiempo sobre la absolución del ordenante de Ceciliano no se mantiene. También lo que dije: A la multitud de cizañas, donde se entienden todas las herejías, le falta una conjunción necesaria: pues debió decirse, Donde se entienden también todas las herejías; o, Donde se entienden y todas las herejías. Ahora bien, se ha dicho de tal manera que parece que las cizañas están solamente fuera de la Iglesia, y no también dentro de la Iglesia, siendo esta el reino de Cristo, del cual sus Ángeles recogerán, en el tiempo de la siega, todos los escándalos (Mat. XIII, 36-42). Por lo cual también el mártir Cipriano dice: Aunque parezca que hay cizañas en la Iglesia, no debe ser impedida ni nuestra fe ni nuestra caridad, de modo que, porque vemos que hay cizañas en la Iglesia, nosotros mismos salgamos de la Iglesia (Cipriano, Epístola 51, a Máximo, etc.). Este sentido también lo defendimos en otras ocasiones, y especialmente contra los mismos Donatistas presentes, en la conferencia. Este libro comienza así: Prometimos pruebas de cosas necesarias recopiladas en un breve compendio.

CAPÍTULO XXIX. Admonición a los Donatistas sobre los Maximianistas, libro uno.---[No existe]

Al ver que muchos se ven impedidos en su aprendizaje por el esfuerzo de la lectura, y que la parte de Donato carece de razón y verdad, he compuesto un librito muy breve. En él, consideré necesario advertirles únicamente sobre los Maximianistas, para que, gracias a la facilidad de su transcripción, pudiera llegar a manos de muchos, y por su misma brevedad, ser más fácilmente recordado. A este le he dado el título: Advertencia a los Donatistas sobre los Maximianistas. Este libro comienza así: Cualquiera que se vea afectado por las calumnias y acusaciones de los hombres.

CAPÍTULO XXX. Sobre la Adivinación de los Demonios, un libro.

Por el mismo tiempo, me surgió la necesidad, a partir de cierta discusión, de escribir un librito sobre la Adivinación de los Demonios, cuyo título es precisamente ese. En cierto lugar de este, donde dije: Los demonios a veces aprenden con toda facilidad no solo las disposiciones de los hombres expresadas en voz alta, sino también las concebidas en pensamiento, cuando se manifiestan ciertos signos desde el alma en el cuerpo (Cap. 5, n. 9); afirmé algo muy oculto con más audacia de la que debía: pues se ha comprobado por algunos experimentos que estas cosas llegan al conocimiento de los demonios. Pero si ciertos signos se dan desde el cuerpo de los que piensan, sensibles para ellos pero ocultos para nosotros, o si los conocen por otra fuerza y esta espiritual, es algo que o muy difícilmente puede ser descubierto por los hombres, o no puede ser descubierto en absoluto. Este libro comienza así: Un día en los días santos de las Octavas.

CAPÍTULO XXXI. Cuestiones planteadas contra los Paganos, en número de seis.

Entre tanto, me fueron enviadas desde Cartago seis cuestiones, propuestas por un amigo a quien deseaba convertir al cristianismo, para que fueran resueltas contra los paganos, especialmente porque dijo que algunas de ellas fueron planteadas por el filósofo Porfirio. Sin embargo, no creo que se trate de Porfirio de Sicilia, cuya fama es muy conocida. He reunido las discusiones de estas cuestiones en un solo libro, no extenso, cuyo título es: Seis cuestiones expuestas contra los paganos. La primera de ellas trata sobre la resurrección; la segunda, sobre el tiempo de la religión cristiana; la tercera, sobre la distinción de los sacrificios; la cuarta, sobre lo que está escrito: "Con la medida con que midáis, se os medirá" (Mateo VII, 2); la quinta, sobre el Hijo de Dios según Salomón; la sexta, sobre el profeta Jonás. En la segunda cuestión, lo que dije: "La salvación de esta religión, por la cual sola se promete verdadera salvación de manera veraz, nunca ha faltado a quien fue digno; y a quien le faltó, no fue digno"; no lo dije como si alguien fuera digno por sus propios méritos, sino como dice el Apóstol: "No por las obras, sino por el que llama, se dijo: El mayor servirá al menor" (Rom. IX, 12, 13); afirmando que esta vocación pertenece al propósito de Dios. Por eso dice: "No según nuestras obras, sino según su propósito y gracia" (II Tim. I, 9). Por eso también dice: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados santos" (Rom. VIII, 28). Sobre esta vocación dice: "Para que os tenga por dignos de su santa vocación" (II Tes. I, 11). Este libro, después de la carta que fue añadida posteriormente desde el principio (Epístola 102, a Deogratias), comienza así: "Algunos se sienten movidos, y preguntan".

CAPÍTULO XXXII. Exposición de la Epístola de Santiago a las doce tribus.---[No existe.]

Entre mis escritos encontré una exposición de la Epístola de Santiago, que al revisarla noté que eran más bien anotaciones de ciertos expositores de algunos de sus pasajes, recopiladas en un libro por la diligencia de los hermanos, quienes no quisieron que estuvieran al frente del códice. Por lo tanto, ayudan en algo, salvo que la misma Epístola, que leíamos cuando dicté esto, no la teníamos bien interpretada del griego. Este libro comienza así: A las doce tribus que están en la dispersión, salud.

CAPÍTULO XXXIII. Sobre los Méritos y la Remisión de los Pecados, y sobre el Bautismo de los Niños, a Marcellino, tres libros.

También llegó la necesidad que me obligó a escribir contra la nueva herejía pelagiana; contra la cual antes, cuando era necesario, actuábamos no con escritos, sino con sermones y conversaciones, según cada uno de nosotros podía o debía. Por tanto, al recibir de Cartago las cuestiones de ellos que debía resolver respondiendo, escribí primero tres libros, cuyo título es "De los Méritos y Remisión de los Pecados": donde se discute principalmente sobre el bautismo de los niños debido al pecado original: y sobre la gracia de Dios por la cual somos justificados, es decir, hechos justos; aunque en esta vida nadie guarda los mandamientos de la justicia de tal manera que no le sea necesario decir orando por sus pecados: Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). Contra todo lo cual, aquellos que sienten de manera diferente fundaron una nueva herejía. Sin embargo, en estos libros consideré que aún debía omitir los nombres de ellos, esperando que así pudieran corregirse más fácilmente: incluso en el tercer libro, que es una carta, pero incluida entre los libros por los dos a quienes pensé que debía conectarla, mencioné el nombre del mismo Pelagio no sin algún elogio (Cap. 3, n. 5); porque su vida era alabada por muchos: y refuté aquello que en sus escritos no presentó como propio, sino que expuso lo que otros decían; lo cual, sin embargo, después defendió ya como hereje con la más obstinada animosidad. Su discípulo Celestio, por tales afirmaciones, ya había merecido la excomunión en un juicio episcopal en Cartago, donde yo no estuve presente. En el segundo libro, en cierto lugar, digo: "Esto concederá a algunos al final, para que no sientan la muerte por un cambio repentino" (Cap. 31, n. 50), reservando el lugar para una investigación más diligente sobre este asunto. O bien no morirán; o de esta vida a la muerte, y de la muerte a la vida eterna, por un cambio rapidísimo como en un abrir y cerrar de ojos, no sentirán la muerte. Esta obra comienza así: "Aunque en medio de grandes y numerosas preocupaciones".

CAPÍTULO XXXIV. Sobre el Único Bautismo, contra Petiliano a Constantino, libro uno.

En aquel tiempo, un amigo mío recibió un libro sobre el Único Bautismo de un presbítero donatista, cuyo nombre desconozco, indicando que lo había escrito su obispo Petiliano de Constantina. Él me lo trajo y me rogó encarecidamente que le respondiera; y así lo hice. Quise que mi libro, en el cual respondí, tuviera el mismo título, es decir, sobre el Único Bautismo. En este libro mencioné que el emperador Constantino, al ser acusado por los Donatistas de haber ordenado a Ceciliano a través de Félix de Aptunga, no negó el lugar de la acusación, aunque había descubierto que eran calumniosos en los falsos crímenes contra Ceciliano (Cap. 16, n. 28). Sin embargo, al considerar posteriormente el orden de los tiempos, se encontró de otra manera. Pues el mencionado Emperador primero hizo que la causa de Félix fuera escuchada por el procónsul, donde se lee que fue absuelto; y después, al escuchar a Ceciliano junto con sus acusadores, lo encontró inocente, donde descubrió que eran calumniosos en sus acusaciones. Este orden de los tiempos, aclarado por los cónsules, demuestra con mucha más fuerza las calumnias de los Donatistas en esa causa, y las refuta completamente: lo hemos mostrado en otro lugar. Este libro comienza así: Responder a los que piensan de manera contraria.

CAPÍTULO XXXV. Sobre los Maximianistas contra los Donatistas, un libro.---[No existe.]

También escribí un libro, entre otros, contra los Donatistas, no tan breve como antes, sino extenso, con mucho más cuidado; en el cual se muestra cómo su error impío y sumamente soberbio contra la Iglesia católica es completamente destruido solo por la causa de los Maximianistas, que fue un cisma surgido de la misma parte de Donato. Este libro comienza así: Ya hemos dicho mucho, ya hemos escrito mucho.

CAPÍTULO XXXVI. Sobre la Gracia del Nuevo Testamento, un libro dirigido a Honorato.

En el mismo tiempo en que éramos fuertemente ejercitados contra los Donatistas, y ya comenzábamos a serlo contra los Pelagianos, un amigo me envió cinco cuestiones desde Cartago, y me pidió que se las explicara por escrito; las cuales son: ¿Qué significa esa voz del Señor, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo XXI, 1; Mateo XXVII, 46). ¿Y qué quiere decir el Apóstol cuando dice, Para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad (Efesios III, 17, 18). ¿Y quiénes son las cinco vírgenes necias, y quiénes las prudentes (Mateo XXV, 1-12). ¿Y qué son las tinieblas exteriores (Id. XXII, 13). ¿Y cómo debe entenderse, El Verbo se hizo carne (Juan I, 14). Pero yo, considerando la mencionada nueva herejía enemiga de la gracia de Dios, me propuse una sexta cuestión sobre la Gracia del Nuevo Testamento. Discutiendo sobre esto, intercalé la exposición del salmo veintiuno, en cuya cabecera está escrito lo que el Señor exclamó en la cruz, que ese amigo me propuso explicar en primer lugar; resolví todas esas cinco (Epístola 140, a Honorato): no en el orden en que fueron propuestas, sino como pudieron surgir congruentemente en sus lugares mientras disertaba sobre la gracia del Nuevo Testamento. Este libro comienza así: Me propusiste cinco cuestiones para tratar.

CAPÍTULO XXXVII. Sobre el Espíritu y la Letra, a Marcelino, un libro.

Al cual escribí tres libros, cuyo título es "Sobre los Méritos y el Perdón de los Pecados", donde se discute diligentemente también sobre el bautismo de los niños, me respondió que se había sentido conmovido por haber dicho que es posible que un hombre esté sin pecado, si su voluntad no falta, con la ayuda de la gracia divina; aunque nadie ha sido, es, o será de tan perfecta justicia en esta vida. Preguntó cómo dije que algo es posible si no hay ejemplo de ello. Por esta pregunta suya escribí un libro cuyo título es "Sobre el Espíritu y la Letra", tratando la sentencia apostólica donde dice: "La letra mata, pero el Espíritu vivifica" (II Cor. III, 6). En este libro, tanto como Dios me ayudó, disputé con firmeza contra los enemigos de la gracia de Dios, por la cual el impío es justificado. Sin embargo, cuando trataba sobre las observancias de los judíos, que se abstienen de ciertos alimentos según la antigua ley, dije: "Ceremonias de ciertos alimentos" (Cap. 21, n. 36), un término que no está en uso en las Escrituras sagradas; sin embargo, me pareció adecuado porque recordaba que las ceremonias, llamadas así por la carencia, eran como carimonias, ya que los observantes carecen de las cosas de las que se abstienen. Si hay otro origen de este nombre que repugna a la verdadera religión, no hablé según ese, sino según el que mencioné anteriormente. Este libro comienza así: "Leídas las obras que recientemente elaboré para ti, querido hijo Marcelino."

CAPÍTULO XXXVIII. De la Fe y las Obras, un libro.

Entretanto, me fueron enviados por algunos hermanos laicos, aunque estudiosos de las Sagradas Escrituras, ciertos escritos que distinguían la fe cristiana de las buenas obras de tal manera que se sugería que sin aquella no se podía, pero sin estas sí se podía alcanzar la vida eterna. Respondiendo a ellos, escribí un libro cuyo nombre es "De la Fe y las Obras". En él discutí no solo cómo deben vivir los regenerados por la gracia de Cristo, sino también qué tipo de personas deben ser admitidas al baño de la regeneración. Este libro comienza así: A algunos les parece.

CAPÍTULO XXXIX. Breve Resumen de la Conferencia con los Donatistas, tres libros.

Después de que se llevó a cabo nuestra conferencia con los donatistas, resumí brevemente lo que se realizó y lo recogí por escrito según los tres días en los que nos reunimos con ellos. Consideré que esta obra sería útil para que cualquiera, al ser informado, sepa sin esfuerzo lo que se discutió, o al consultar los números que anoté para cada asunto, pueda leer en los mismos Actos lo que desee; ya que la excesiva longitud de aquellos escritos fatiga al lector. El título de esta obra es Breviculus Collationis. Esta obra comienza así: Cuando los obispos católicos y de la parte de Donato.

CAPÍTULO XL. Después de la Conferencia contra los Donatistas, un libro.

También escribí un libro extenso, que considero bastante diligente, dirigido a los mismos Donatistas, después de la conferencia que tuvimos con sus obispos, para que no fueran seducidos por ellos nuevamente. En él respondí también a algunas de sus vanidades, que pudieron llegar a nosotros, las cuales, vencidos, alardeaban donde y como podían; además de lo que dije sobre los Actos de la conferencia, de donde se pudiera conocer brevemente lo que se hizo. Sin embargo, hice esto de manera mucho más breve en una carta dirigida nuevamente a ellos. Pero como en el concilio de Numidia a todos los que estábamos allí nos pareció bien hacerlo, no está en mis cartas. Así comienza: Silvano anciano, Valentín, Inocencio, Maximino, Optato, Agustín, Donato, y los demás obispos del concilio de Zerta a los Donatistas. Este libro comienza así: ¿Por qué aún, Donatistas, os dejáis seducir?

CAPÍTULO XLI. Sobre la Visión de Dios, un libro.

He escrito un libro sobre la visión de Dios (Epístola 147, a Paulina), donde puse una investigación más detallada sobre el cuerpo espiritual que existirá en la resurrección de los santos, para considerar si o cómo Dios, que es espíritu, también puede ser visto a través de tal cuerpo; pero más tarde, en el último, es decir, en el vigésimo segundo libro de La Ciudad de Dios (Capítulo 29, n. 1, y siguientes), creo haber explicado suficientemente esta cuestión, que es ciertamente muy difícil. También encontré en un cierto códice nuestro, en el que está este libro, una especie de recordatorio que hice sobre este asunto al obispo Fortunatiano de Sicca; el cual no está anotado en el índice de mis obras, ni entre los libros, ni entre las epístolas. Este libro comienza así: Memor debiti. Sin embargo, aquello: Sicut praesens rogavi.

CAPÍTULO XLII. De la Naturaleza y la Gracia, un libro.

También llegó entonces a mis manos un cierto libro de Pelagio, donde defiende la naturaleza humana contra la gracia de Dios, por la cual el impío es justificado y por la cual somos cristianos, con la mayor argumentación posible. Por lo tanto, el libro con el que respondí a esto, defendiendo la gracia, no contra la naturaleza, sino por la cual la naturaleza es liberada y gobernada, lo titulé De Natura et Gratia. En el cual defendí ciertas palabras que Pelagio

presentó como si fueran del obispo y mártir romano Sixto, como si realmente fueran de dicho Sixto; pues eso había creído: pero después leí que eran del filósofo Sexto, no del cristiano Sixto. Este libro comienza así: El libro que enviasteis.

CAPÍTULO XLIII. De la Ciudad de Dios, veintidós libros.

1. Mientras tanto, Roma fue devastada por la irrupción de los godos, actuando bajo el rey Alarico, y por el ímpetu de una gran calamidad; cuya destrucción los adoradores de los falsos dioses, a quienes llamamos con el nombre habitual de paganos, intentaron atribuir a la religión cristiana, comenzando a blasfemar contra el verdadero Dios con más amargura y acritud de lo habitual. Por lo cual, ardiendo yo en celo por la casa de Dios, decidí escribir libros sobre la Ciudad de Dios en contra de sus blasfemias y errores. Esta obra me ocupó durante varios años, ya que surgían muchas otras cosas que no debían ser postergadas y que me ocupaban antes de poder resolverlas. Sin embargo, esta gran obra sobre la Ciudad de Dios fue finalmente completada en veintidós libros. Los primeros cinco refutan a aquellos que desean que los asuntos humanos prosperen de tal manera que consideran necesario el culto a muchos dioses, a los que los paganos acostumbra adorar; y porque se prohíbe, sostienen que surgen y abundan estos males. Los siguientes cinco libros hablan contra aquellos que admiten que estos males nunca han faltado ni faltarán a los mortales, y que varían en magnitud, lugar, tiempo y personas: pero argumentan que el culto a muchos dioses, al que se les sacrifica, es útil para la vida futura después de la muerte. Por lo tanto, en estos diez libros se refutan estas dos vanas opiniones contrarias a la religión cristiana.

2. Pero para que nadie nos reproche que solo hemos refutado lo ajeno y no hemos afirmado lo nuestro, la otra parte de esta obra, que se compone de doce libros, se ocupa de ello. Aunque donde es necesario, también en los primeros diez afirmamos lo que es nuestro, y en los doce posteriores refutamos lo adverso. Los primeros cuatro de los doce libros siguientes contienen el origen de dos ciudades, de las cuales una es de Dios y la otra de este mundo. Los segundos cuatro tratan de su desarrollo o progreso. Los terceros, que son también los últimos, de sus fines debidos. Así, aunque los veintidós libros están escritos sobre ambas ciudades, recibieron su título de la mejor, para que se llamaran más bien sobre la Ciudad de Dios. En el décimo libro no debió considerarse un milagro que en el sacrificio de Abraham, la llama enviada del cielo corriera entre las víctimas divididas (Cap. 8); ya que esto le fue mostrado en una visión. En el libro decimoséptimo, lo que se dijo de Samuel, No era de los hijos de Aarón (Cap. 5, n. 2); más bien debió decirse, No era hijo de sacerdote. Pues era más legítimo que los hijos de los sacerdotes sucedieran a los sacerdotes fallecidos: ya que entre los hijos de Aarón se encuentra el padre de Samuel; pero no fue sacerdote, ni era hijo de Aarón en el sentido de que él mismo lo hubiera engendrado, sino como todos los de ese pueblo son llamados hijos de Israel. Esta obra comienza así: La gloriosísima ciudad de Dios.

CAPÍTULO XLIV. A Orosio, contra los Priscilianistas y Origenistas, un libro.

Entre tanto, respondí con la mayor brevedad y claridad posible a la consulta de un tal Orosio, un presbítero español, sobre los priscilianistas y ciertos conceptos de Orígenes que la fe católica desaprueba. El título de esta obra es "A Orosio, contra los Priscilianistas y Origenistas". La consulta misma está adjunta al inicio de mi respuesta. Este libro comienza así: "Responderte a ti que preguntas, amadísimo hijo Orosio".

CAPÍTULO XLV. A Jerónimo presbítero dos libros; uno sobre el Origen del Alma, y otro sobre la Sentencia de Santiago.

También escribí dos libros (Epistt. 166, 167) al presbítero Jerónimo, que residía en Belén: uno sobre el Origen del Alma humana; el otro sobre la Sentencia del apóstol Santiago, donde dice: "Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un solo punto, se hace culpable de todos" (Santiago II, 10); consultándole sobre ambos temas. Pero en el primero de ellos, la cuestión que propuse no la resolví yo mismo; en el segundo, sin embargo, no oculté lo que me parecía sobre su resolución: pero consulté si él también lo aprobaría. Respondió alabando mi consulta, pero dijo que no tenía tiempo para responder. Yo, mientras él vivía, no quise publicar estos libros, no fuera que en algún momento respondiera, y se publicaran junto con su respuesta. Sin embargo, tras su fallecimiento, publiqué el primero para que quien lo lea sea advertido de no buscar en absoluto cómo se da el alma a los nacidos, o al menos aceptar sobre este asunto tan oscuro aquella solución de la cuestión que no sea contraria a las cosas más claras que la fe católica conoce sobre el pecado original en los niños, que sin regenerarse en Cristo, sin duda son condenados: el segundo, para que también se conozca la solución que nos pareció sobre la cuestión que allí se trata. Esta obra comienza así: "Nuestro Dios que nos llamó".

CAPÍTULO XLVI. Al obispo donatista Emerito, después de la conferencia, un libro.---[No existe.]

Al obispo donatista Emerito, quien en nuestra conferencia que tuvimos con ellos parecía defender principalmente su causa, escribí un libro bastante útil algún tiempo después de esa misma conferencia, ya que abarca con conveniente brevedad los asuntos por los cuales son vencidos o se demuestra que han sido derrotados. Este libro comienza así: Si incluso ahora, hermano Emerito.

CAPÍTULO XLVII. De los Hechos de Pelagio, un libro.

Por el mismo tiempo en Oriente, es decir, en Siria Palestina, Pelagio fue llevado por algunos hermanos católicos a los Actos episcopales, y en ausencia de aquellos que habían presentado un escrito contra él, ya que no pudieron asistir al día del sínodo, fue escuchado por catorce obispos; donde, al condenar él mismo las doctrinas que se leían en su contra en el escrito, las cuales eran enemigas de la gracia de Cristo, fue declarado católico. Pero cuando esos mismos Actos llegaron a nuestras manos, escribí un libro sobre ellos, para que no se pensara que, al ser él absuelto, los jueces también aprobaban las mismas doctrinas, las cuales, si él no las hubiera condenado, de ninguna manera habría salido absuelto por ellos. Este libro comienza así: Después que llegaron a nuestras manos.

CAPÍTULO XLVIII. Sobre la Corrección de los Donatistas, un libro.

Al mismo tiempo, también escribí un libro sobre la Corrección de los Donatistas (Epist. 185, ad Bonif.), debido a aquellos que no querían que fueran corregidos por las leyes imperiales. Este libro comienza así: Alabo, y me congratulo, y admiro.

CAPÍTULO XLIX. Sobre la Presencia de Dios, a Dardano, un libro.

He escrito un libro sobre la Presencia de Dios, donde nuestra intención se centra principalmente en vigilar contra la herejía pelagiana, aunque no se menciona expresamente; pero en él también se discute de manera laboriosa y sutil sobre la presencia de la naturaleza, a

quien llamamos Dios supremo y verdadero, y sobre su templo. Este libro comienza así: Confieso, hermano amadísimo Dardano.

CAPÍTULO L. Contra Pelagio y Celestio, sobre la Gracia de Cristo y sobre el Pecado Original, a Albina, Piniano y Melania, dos libros.

Después de que la herejía pelagiana, junto con sus autores, fue convicta y condenada por los obispos de la Iglesia Romana, primero por Inocencio y luego por Zósimo, con la cooperación de las cartas de los concilios africanos; escribí dos libros contra ellos, uno sobre la Gracia de Cristo, otro sobre el Pecado Original. Esta obra comienza así: Cuánto nos alegramos por vuestra salud corporal y, sobre todo, espiritual.

CAPÍTULO LI. Actos con Emerito donatista, un libro.

Algún tiempo después de la conferencia que tuvimos con los herejes donatistas, surgió la necesidad de viajar a Mauritania Cesariense. Allí, en la misma Cesarea, vimos a Emerito, obispo de los donatistas, uno de los siete que habían elegido para la defensa de su causa, y quien había trabajado arduamente en la misma. Lo que discutimos con él, en presencia de los obispos de esa provincia y del pueblo de la Iglesia de Cesarea, en la cual fue ciudadano y obispo de los mencionados herejes, está documentado en los Actos eclesiásticos que se encuentran en mis obras. Donde, al no encontrar qué responder, escuchó todo mi discurso sobre los maximianistas en sus oídos y en los de todos los presentes, como si fuera mudo. Este libro o estos Actos comienzan así: A los gloriosísimos emperadores Honorio por duodécima vez y Teodosio por octava vez cónsules.

CAPÍTULO LII. Contra el Sermón de los Arrianos, un libro.

Entre tanto, llegó a mis manos un cierto sermón de los arrianos, sin el nombre de su autor. A este, a petición e insistencia de quien me lo envió, respondí con la mayor brevedad y rapidez posible; adjuntando el mismo sermón al inicio de mi respuesta, y añadiendo números a cada sección, para que, al ser revisados, se pueda fácilmente advertir a qué parte he respondido. Este libro, después del sermón que se adjunta al inicio, comienza así: A la discusión anterior de ellos, respondo con esta discusión.

CAPÍTULO LIII. Sobre las Nupcias y la Concupiscencia, al conde Valerio, dos libros.

Escribí dos libros para el ilustre conde Valerio, cuando escuché que los pelagianos le habían escrito algo sobre nosotros, afirmando que condenábamos el matrimonio al sostener el pecado original. El título de estos libros es "Sobre el Matrimonio y la Concupiscencia". Defendemos la bondad del matrimonio, para que no se piense que la concupiscencia de la carne y la ley en los miembros que se opone a la ley de la mente son un defecto de este, ya que el mal de la libido es bien utilizado por la castidad conyugal para procrear hijos. Para que fueran dos libros, el primero llegó a manos de Juliano el pelagiano, y escribió cuatro libros en su contra, de los cuales alguien extrajo algunos fragmentos y los envió al conde Valerio, quien a su vez nos los envió a nosotros. Cuando los recibí, respondí a los mismos con otro libro. El primer libro de esta obra comienza así: "Herejes nuevos, amadísimo hijo Valerio". Y el segundo así: "Entre las preocupaciones de tu milicia".

CAPÍTULO LIV. Los siete libros de las locuciones.

He hecho siete libros sobre los siete libros de las Sagradas Escrituras, es decir, los cinco de Moisés, uno de Josué y otro de los Jueces, anotando las expresiones de cada uno que son menos comunes en nuestra lengua: las cuales, al no prestarles suficiente atención, buscan el sentido quienes leen las palabras divinas, siendo un tipo de expresión, y a veces extraen algo que, aunque no se aleja de la verdad, no se encuentra que el autor de quien esto fue escrito haya tenido esa intención, sino que parece más creíble que lo haya dicho por el tipo de expresión. Sin embargo, muchas cosas oscuras en las Sagradas Escrituras se aclaran al conocer el tipo de expresión. Por eso, deben conocerse esos mismos tipos de expresiones donde las sentencias son claras; para que también donde están ocultas, ese conocimiento mismo acuda en ayuda, y las revele a la intención del lector. El título de esta obra es, Locuciones sobre el Génesis; y así sobre cada uno de los libros. Pero lo que puse en el primer libro (Núm. XVIII) que está escrito, Y Noé hizo todas las cosas que le mandó el Señor, así lo hizo (Gén. VI, 22), y dije que esa expresión es similar a lo que en la creación de la criatura: después de que se dice, Y así fue hecho, se añade, y Dios hizo (Id. I); no me parece de todo modo similar a lo mismo. En definitiva, allí también el sentido está oculto; aquí es solo la expresión. Esta obra comienza así: Locuciones de las Escrituras.

CAPÍTULO LV. Libros de las siete cuestiones.

1. Al mismo tiempo escribí también siete libros de Cuestiones sobre los mismos Libros divinos, que quise llamar así porque lo que se discute allí lo propuse más como cuestiones a investigar que como problemas resueltos; aunque me parece que en ellos se tratan muchos más temas de tal manera que no sin razón pueden considerarse también resueltos y expuestos. También comenzamos a considerar los libros de los Reyes de la misma manera; pero sin avanzar mucho, nos enfocamos en otros asuntos que más urgían al espíritu. En el primer libro, donde se trata de las varas variadas que Jacob colocaba en el agua, para que las ovejas las vieran al concebir mientras bebían, y dieran a luz crías variadas (Cuest. 93); no explicamos bien la razón por la cual no las colocaba de nuevo cuando volvían a concebir, es decir, cuando concebían otras crías, sino en la concepción anterior. Pues la exposición de otra cuestión (Cuest. 95), donde se pregunta por qué Jacob dijo a su suegro, Y me has engañado cambiando mi salario diez veces (Gén. XXXI, 41), está suficientemente aclarada, demostrando que esta, como debía resolverse, no fue resuelta.

2. En el tercer libro, donde se trata del sumo sacerdote, cómo engendraba hijos, teniendo la necesidad de entrar dos veces al día en el sanctasanctorum, donde estaba el altar del incienso, para ofrecer incienso por la mañana y por la tarde (Éxodo 30, 7-8), donde no podía, como dice la Ley, entrar impuro; y la misma Ley dice que el hombre se vuelve impuro incluso por el acto conyugal, al que ordena lavarse con agua, pero incluso lavado dice que es impuro hasta la tarde (Levítico 15, 16); de donde dije, que era consecuente que o bien fuera continente, o bien se interrumpiera el incienso algunos días (Cuest. 82): no vi que no fuera consecuente. Pues puede entenderse así lo que está escrito, "Será impuro hasta la tarde", que por la misma tarde ya no sería impuro, sino hasta esa hora, para que en el tiempo vespertino ofreciera incienso puro, habiéndose unido a su esposa después del incienso matutino. Asimismo, donde se preguntó cómo el sumo sacerdote estaba prohibido de entrar por el funeral de su padre (Levítico 21, 11), cuando no debía ser sacerdote (cuando era uno solo), sino después de la muerte del sacerdote padre; dije, que por esto era necesario, aún no sepultado el padre, inmediatamente después de su muerte, constituir a su hijo, quien sucedería al padre; también por la continuidad del incienso, que era necesario ofrecer dos veces al día (Cuest. 83); el sacerdote está prohibido de entrar por la muerte del padre aún no sepultado. Pero poco atendí, que esto podría haberse ordenado más bien para aquellos que serían sumos

sacerdotes, no sucediendo a sus padres sumos sacerdotes, sino sin embargo de los hijos, es decir, de los descendientes de Aarón, si acaso el sumo sacerdote no tuviera hijos, o los tuviera tan reprobos que ninguno de ellos debiera suceder al padre: como Samuel sucedió al sumo sacerdote Elí (1 Samuel 1); aunque no era hijo del sacerdote, pero sin embargo era de los hijos, es decir, de los descendientes de Aarón.

3. También sobre el ladrón a quien se le dijo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43), mencioné como algo casi seguro que no fue visiblemente bautizado (Quaest. 84), aunque es incierto, y más bien se debe creer que fue bautizado, como también discutí en otro lugar posteriormente. Asimismo, lo que dije en el quinto libro, donde se mencionan las madres en las genealogías evangélicas, que no se mencionan sino con los padres (Quaest. 46, n. 2), es cierto, pero no se relaciona con el tema que se estaba tratando. Se trataba, sin embargo, de aquellos que tomaban por esposas a las mujeres de sus hermanos o parientes, aquellos que habían muerto sin hijos, debido a los dos padres de José, de los cuales uno es mencionado por Mateo y el otro por Lucas. Sobre esta cuestión he discutido cuidadosamente en esta obra, cuando revisamos nuestro trabajo contra Fausto el maniqueo. Esta obra comienza así: "Cuando las Escrituras santas, que se llaman Canónicas."

CAPÍTULO LVI. Sobre el Alma y su Origen, cuatro libros.

En el mismo tiempo, un tal Vicente Víctor en Mauritania Cesariense encontró a un cierto presbítero español llamado Pedro, con una pequeña obra mía, donde en un lugar sobre el origen del alma de cada ser humano, si proviene de aquella única del primer hombre y luego se propaga a través de los padres, o si, como a aquel único, se le da a cada uno sin propagación, confesé no saber; sin embargo, sé que el alma no es cuerpo, sino espíritu. Y contra esto mío, escribió a ese mismo Pedro dos libros, que el monje Renato me envió desde Cesarea. Después de leerlos, respondí con cuatro escritos; uno a Renato el monje, otro al presbítero Pedro, y dos al mismo Víctor. Pero al de Pedro, aunque tiene la extensión de un libro, sin embargo, es una carta que no quise separar de las otras tres. En todos ellos, en los que se discuten muchas cosas necesarias, defendí mi duda sobre el origen de las almas, que se dan a cada ser humano, y mostré muchos errores y perversidades de su presunción. Sin embargo, traté a este joven, no con una condena precipitada, sino con la mayor suavidad posible, y recibí de él una respuesta de corrección. El libro de esta obra dirigido a Renato comienza así: Tu sinceridad hacia nosotros. Al de Pedro, sin embargo, así: Al muy amado hermano y copresbítero Pedro. El primero de los dos últimos dirigidos a Vicente Víctor comienza así: Lo que pensé que debía escribirte.

CAPÍTULO LVII. A Pollentio, sobre los Matrimonios Adúlteros, dos libros.

He escrito dos libros sobre los Matrimonios Adúlteros, tanto como pude según las Escrituras, deseando resolver la cuestión más difícil. Si lo he hecho de la manera más clara posible, no lo sé; más bien, siento que no he alcanzado la perfección en este asunto, aunque he desvelado muchos de sus aspectos, lo cual podrá juzgar cualquiera que lo lea con inteligencia. El primer libro de esta obra comienza así: La primera cuestión es, hermano amadísimo Polencio. El segundo, sin embargo, así: En respuesta a lo que me escribiste.

CAPÍTULO LVIII. Contra el Adversario de la Ley y los Profetas, dos libros.

Mientras tanto, un libro de un cierto hereje, ya sea marcionista o de cualquiera de aquellos cuyo error sostiene que este mundo no fue creado por Dios, ni que el Dios de la Ley dada por

Moisés, y de los Profetas relacionados con esa misma Ley, sea el verdadero Dios, sino un demonio maligno; cuando se leía en la plaza marítima de Cartago, con muchos congregados y escuchando atentamente, llegaron a él unos hermanos cristianos muy diligentes, y me lo enviaron para que lo refutara sin ninguna demora, rogándome mucho que no postergara mi respuesta. Lo refuté en dos libros, que titulé Contra el Adversario de la Ley y los Profetas, porque el códice mismo que fue enviado no tenía el nombre del autor. Esta obra comienza así: Libro que me enviasteis, hermanos amadísimos.

CAPÍTULO LIX. Contra Gaudencio, obispo de los Donatistas, dos libros.

Por el mismo tiempo, Dulcicio, tribuno y notario, estaba en África como ejecutor de las órdenes imperiales dadas contra los Donatistas. Habiendo enviado cartas a Gaudencio, obispo Donatista de Tamugada, uno de aquellos siete que en nuestra conferencia eligieron como defensores de su causa, exhortándolo a la unidad católica y disuadiéndolo de incendiarse a sí mismo y a los suyos junto con la iglesia en la que se encontraba, añadiendo también que si se consideraban justos, debían huir según el mandato del Señor Cristo en lugar de quemarse en fuegos impíos; él respondió con dos cartas: una breve, debido a la prisa del mensajero, según afirmó; y otra extensa, como si respondiera de manera más completa y cuidadosa. El mencionado tribuno pensó que debía enviármelas para que yo mismo las refutara; y refuté ambas en un solo libro. Cuando este libro llegó a manos del mismo Gaudencio, respondió lo que le pareció, sin dar una respuesta razonada, sino más bien declarando que no podía ni responder ni callar. Aunque esto podía ser suficientemente evidente para los lectores inteligentes al comparar nuestras palabras con las suyas, no quise dejar sin respuesta lo que fuera que él escribió. De ahí que estos dos libros nuestros estén dirigidos a él. Esta obra comienza así: Gaudencio, obispo Donatista de Tamugada.

CAPÍTULO LX. Contra la Mentira, un libro.

Entonces, también escribí un libro contra la mentira, cuya obra surgió por la razón de que, para investigar a los herejes priscilianistas, quienes creen que deben ocultar su herejía no solo negándola y mintiendo, sino incluso perjurando, a algunos católicos les pareció que debían simular ser priscilianistas para penetrar en sus escondites. Prohibiendo que esto se hiciera, compuse este libro. Este libro comienza así: Me enviaste muchas cosas para leer.

CAPÍTULO LXI. Contra las dos Epístolas de los Pelagianos, en cuatro libros.

Siguen cuatro libros que escribí contra dos epístolas de los pelagianos dirigidas al obispo de la Iglesia Romana, Bonifacio; ya que, habiendo llegado a sus manos, él me las envió, encontrando en ellas mi nombre interpuesto calumniosamente. Esta obra comienza así: Te conocía, en verdad, por la fama más célebre que te proclamaba.

CAPÍTULO LXII. Contra Juliano, seis libros.

Mientras tanto, los cuatro libros de Juliano el pelagiano, que mencioné anteriormente, también llegaron a nuestras manos; en los cuales descubrí que lo que había sido extraído de ellos por quien los envió al conde Valerio no estaba todo escrito de la misma manera en que Juliano lo había dicho, sino que algunas de esas cosas habían sido alteradas en cierta medida. Escribí entonces seis libros contra esos cuatro; pero los dos primeros de los míos refutan la impudencia de Juliano con testimonios de los santos que defendieron la fe católica después de los Apóstoles, ya que él pensó que debía imputarnos como dogma de los maniqueos el que

decimos que el pecado original se transmite desde Adán, y que se borra por el baño de la regeneración, no solo en los mayores, sino también en los pequeños. Sin embargo, mostré en la parte posterior de mi primer libro cuánto el mismo Juliano, con algunas de sus sentencias, ayuda a los maniqueos. Los otros cuatro de los nuestros corresponden individualmente a cada uno de los suyos. Sin embargo, en el quinto volumen de esta obra tan grande y elaborada, donde mencioné que un esposo deforme solía presentar a su esposa una pintura hermosa durante el acto conyugal para no engendrar hijos deformes (Cap. 14, n. 51); puse el nombre del hombre que solía hacer esto como si fuera cierto, cuando es incierto, porque mi memoria me falló. Sin embargo, Sorano, autor de medicina, escribió que un rey de Chipre solía hacerlo, pero no expresó su nombre propio. Esta obra comienza así: Tus injurias y palabras maldicientes, Juliano.

CAPÍTULO LXIII. A Laurencio, sobre la Fe, la Esperanza y la Caridad, un libro.

También escribí un libro sobre la Fe, la Esperanza y la Caridad, cuando aquel a quien fue escrito me pidió que tuviera alguna obra mía que no se apartara de sus manos: lo que los griegos llaman Enchiridion. Donde me parece haber abarcado con suficiente diligencia cómo debe ser adorado Dios, lo que la Sagrada Escritura define como la verdadera sabiduría del hombre. Este libro comienza así: No se puede decir, amadísimo hijo Lorenzo, cuánto me deleita tu erudición.

CAPÍTULO LXIV. Sobre el cuidado que se debe tener por los difuntos, al obispo Paulino, un libro.

He escrito un libro sobre el cuidado que se debe tener con los muertos, después de haber sido consultado por carta sobre si beneficia a alguien después de la muerte que su cuerpo sea sepultado en la memoria de algún santo. Este libro comienza así: Durante mucho tiempo, a tu Santidad, copiscopo venerable Paulino.

CAPÍTULO LXV. Sobre las ocho Cuestiones de Dulcicio, un libro.

El libro que he mencionado sobre las ocho Cuestiones de Dulcicio no debería ser mencionado en esta obra entre mis libros, ya que está compuesto de cosas que he escrito anteriormente en otros; a menos que se encontrara en él algo de nuestra propia discusión interpuesta, y a una de esas cuestiones no le di respuesta de algún otro de mis opúsculos, sino que respondí con lo que en ese momento pude ocurrir. Este libro comienza así: En cuanto a lo que me parece, amadísimo hijo Dulcicio.

CAPÍTULO LXVI. A Valentiniano y con él a los monjes, sobre la Gracia y el Libre Albedrío, un libro.

Para aquellos que, cuando se defiende la gracia de Dios, piensan que se niega el libre albedrío, defienden el libre albedrío de tal manera que niegan la gracia de Dios, afirmando que se concede según nuestros méritos, escribí un libro cuyo título es, Sobre la Gracia y el Libre Albedrío. A los monjes de A drumeto, en cuyo monasterio había comenzado una disputa sobre este asunto, les escribí, de modo que algunos de ellos se vieron obligados a consultarme. Este libro comienza así: Para aquellos que el libre albedrío del hombre.

CAPÍTULO LXVII. A los mencionados anteriormente, sobre la Corrección y la Gracia, un libro.

Escribí otro libro para ellos, que titulé "De la Corrección y la Gracia", cuando se me informó que alguien allí había dicho que nadie debe ser reprendido si no cumple con los mandamientos de Dios; sino que se debe orar solamente por él, para que los cumpla. Este libro comienza así: Leídas vuestras cartas, Valentín, hermano amadísimo.

Recordé haber dictado estas noventa y tres obras en doscientos treinta y dos libros, cuando revisé estas, sin saber si aún dictaría algunas más; y publiqué la revisión de las mismas en dos libros, a petición de los hermanos, antes de comenzar a revisar las cartas y sermones al pueblo, algunos dictados, otros dichos por mí.